ESQUILO

TRAGEDIAS



TRADUCCION NUEVA
DEL GRIEGO POR
LECONTE DE LISLE

LIBROS CÉLEBRES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

Director literario: V. Blasco Ibáñez

EN ESTA COLECCIÓN

HOMERO: *Ilíada.*—Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de Germán Gómez de la Mata.—2 tomos.

HOMERO: *Odisea.*—Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de N. Hernández Luquero.—2 tomos.

ESQUILO: *Tragedias.*—Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de E. Díez-Canedo.—Un tomo.

EURÍPIDES: *Obras completas.*—Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de Germán Gómez de la Mata. —4 tomos.

Tomo I.—Hécaba. Orestes. Las fenicias. Medea.
Tomo II.—Hipólito. Alcestes. Andrómaca. Las suplicantes. Ifigenia en Aulide.
Tomo III.—Ifigenia en Tauride. Reso. Las troyanas. Las bacantes. Los Heracleidas.
Tomo IV.—Helena. Ion. Heracles furioso. Electra. El cíclope.

JENOFONTE: *La vida y las doctrinas de Sócrates.*—Versión española y nota preliminar de J. Deleito y Piñuela.—Un tomo.

ARISTÓFANES: *Comedias.*—Versión española de R. Martínez Lafuente.—3 tomos.

Tomo I.—Lysistrata. Los acarnienses. Las nubes.
Tomo II.—Los caballeros. La paz. Las avispas. Pluto.
Tomo III.—Las tesmóforas. Las aves. La asamblea de las mujeres. Las ranas.

LA CANCIÓN DE ROLDÁN.—Versión de Francisco Manuel Balbín de Villaverde.—Un tomo.

HESIODO: *La Teogonía.—El escudo de Heracles.—Los trabajos y los días.*—BIÓN: *Idilios.*—MOSCO: *Idilios.*—HIMNOS ÓRFICOS: *Los perfumes.*—Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de Germán Gómez de la Mata.—Un tomo.

TEÓCRITO: *Idilios y epigramas.*—TIRTEO.—ODAS ANACREÓNTICAS. —Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de Germán Gómez de la Mata.—Un tomo.

EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE.—Traducción directa y literal del árabe por el doctor J. C. Mardrus. Versión española de V. Blasco Ibáñez. Prólogo de E. Gómez Carrillo.—23 tomos.

Tomo I.—Historias del rey Schahriar y su hermano el rey Schazamán, del mercader y el efrit, del pescador y el efrit, del mandadero y las tres doncellas, y de la mujer despedazada, de las tres manzanas y del negro Rihán.
Tomo II.—Historias del visir Nureddin, de su hermano y de Hassán Badreddin, y del jorobado, el sastre, el corredor nazareno, el intendente y el médico judío.
Tomo III.—Historias de Dulce-Amiga y de Ghanem ben-Ayub y de su hermana.
Tomo IV.—Historia del rey Omar Al-Nemán y de sus dos maravillosos hijos.
Tomo V.—Fin de la historia del rey Omar Al Nemán...
Tomo VI.—Historias de los animales y de las aves, de Alí ben-Bekar y la bella Schamsennahar, y de Kamaralzamán y la princesa Budur.
Tomo VII.—Historias de Feliz-Bello y Feliz-Bella, de Grano-de Belleza y de la docta Simpatía.
Tomo VIII.—Aventuras del poeta Abu-Nowas. Historias de Sindbad el marino y de la bella Zumurrud.
Tomo IX.—Historias de las seis jóvenes de distintos colores, de la ciudad de bronce, de Ibn Al-Mansur, de Wardán el carnicero y de la princesa subterránea.
Tomo X.—El falso califa. Historias de Rosa en-el cáliz, del caballo de ébano y de los artificios de Dalila la Taimada.
Tomo XI.—Historias de Juder el pescador y de Abu-Kir y Abu-Sir.
Tomo XII.—Anécdotas morales

del jardín encantado. Historias de Abdalah de la Tierra y de Abdalah del Mar, del joven amarillo, y de Flor-de-Granada y de Sonrisa-de-Luna. La velada de invierno. El Felah de Egipto y sus hijos blancos.

Tomo XIII.—Historia de Califa y del califa. Aventuras de Hassán Al-Bassri.

Tomo XIV.—El diván de las gentes alegres y despreocupadas. Historia del dormido despierto. Los amores de Zein-Al-Mawassif. Historias del joven holgazán y del joven Nur y de la franca heroica.

Tomo XV.—Consejos de la Generosidad y de la Experiencia. Historias del espejo de las vírgenes y de Aladino y la lámpara mágica.

Tomo XVI.—La parábola de la verdadera ciencia. Farizada la de sonrisa de rosa. Historias de Kamar y de la pierna de carnero. Las llaves del destino.

Tomo XVII.—El diván de los fáciles donaires y de la alegre sabiduría. Historias de la princesa Nuernnahar y de la bella gennia y de Sarta-de-perlas.

Tomo XVIII.—Las dos vidas del sultán Mahmud. El tesoro sin fondo El adulterino simpático. Palabras bajo las noventa y nueve cabezas cortadas. La malicia de las esposas.

Tomo XIX.—Historia de Alí Babá y de los cuarenta ladrones. Los encuentros de Al-Rachid en el puente de Bagdad. Historia de la princesa Suleika.

Tomo XX.—Los ocios encantadores de la adolescencia desocupada. Historia del libro mágico.

Tomo XXI.—Historia espléndida del príncipe Diamante. El maestro de las divisas y de las risas. Historia de Obra Maestra de los Corazones.

Tomo XXII.—Historias de Baibars, de la rosa marina y la joven de China, y del pastel hilado con miel de abejas.

Tomo XXIII.—Los tragaluces del Saber y de la Historia. El fin de Giafar. Historia del príncipe Jazmín y de la princesa Almendra. Conclusión.

SHAKESPEARE: *Obras completas.*—Traducción de R. Martínez Lafuente.—Doce tomos.

Tomo I.—William Shakespeare, por Víctor Hugo. Hamlet, príncipe de Dinamarca. Los dos hidalgos de Verona.

Tomo II.—Otelo, el moro de Venecia. Medida por medida. Cuento de invierno.

Tomo III.—Romeo y Julieta. Bien está lo que bien acaba. Comedia de equivocaciones.

Tomo IV.—El mercader de Venecia. Penas de amor perdidas. Cimbelino.

Tomo V.—Macbeth. Troilo y Crésida. Enrique VIII ó Todo es verdad.

Tomo VI.—El rey Lear. Coriolano. Como gustéis.

Tomo VII.—La fiera domada. La duodécima noche. Mucho ruido para nada.

Tomo VIII.—Sueño de una noche de verano. La tempestad. Las alegres comadres de Windsor.

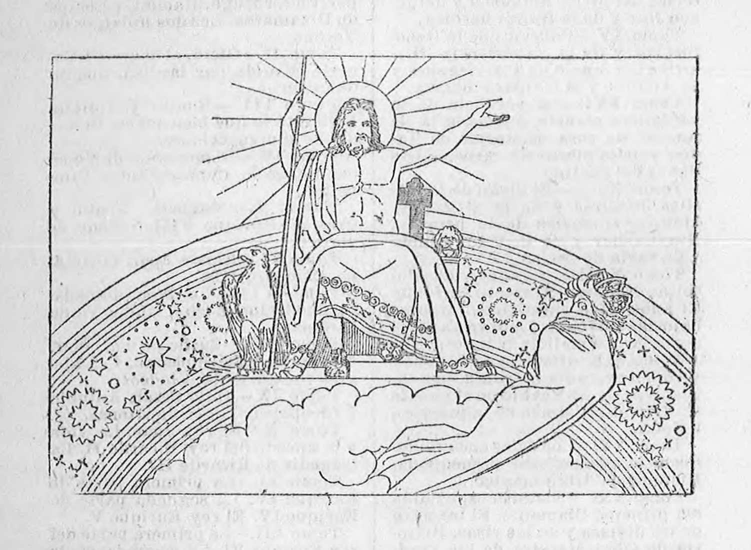
Tomo IX.—Julio César. Antonio y Cleopatra. Timón de Atenas.

Tomo X.—El rey Juan. La vida y la muerte del rey Ricardo II. La tragedia de Ricardo III.

Tomo XI.—La primera parte de Enrique IV. La segunda parte de Enrique IV. El rey Enrique V.

Tomo XII.—La primera parte del rey Enrique VI. La segunda parte del rey Enrique VI. La tercera parte del rey Enrique VI.





ESQUILO

TRAGEDIAS

Traducción nueva del griego por

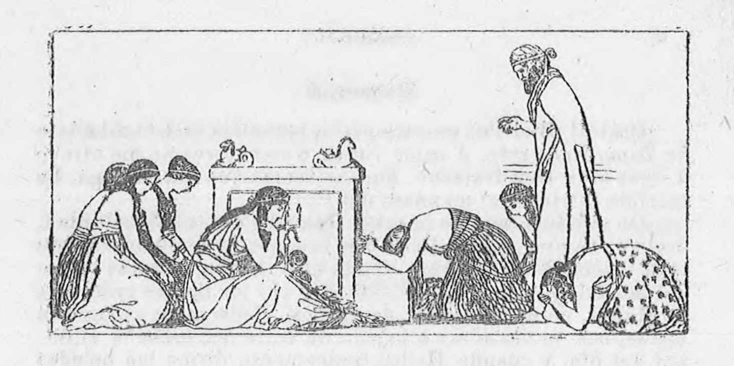
LECONTE DE LISLE

Puesta en castellano por E. Díez-Canedo



PROMETEO
SOCIEDAD EDITORIAL
Germanías, 33.—VALENCIA





I

PROMETEO ENCADENADO

Prometeo.
Hefestos.
Hermes.
Océano.
Io.
Cratos.
Bia.
El coro de las Ninfas Oceánidas.

CRATOS

Hemos llegado al último sendero de la tierra, á la comarca Escita, á la soledad nunca hollada.

¡Hefestos! Haz lo que el Padre te ordenara llevar á cabo. Con lazos inquebrantables de cadenas de acero, clava en las altas rocas escarpadas á este Salvador de hombres. Te ha robado el esplendor del Fuego, que todo lo crea, tu Flor, para dársela á los mortales. Castiga el ultraje que hizo á las Deidades. Aprenda así á acatar la tiranía de Zeus, y guárdese de mostrarse benévolo á los hombres.

HEFESTOS

¡Cratos! ¡Bia! Por vuestra parte, cumplido está el mandato de Zeus. Nada más. A estos riscos tormentosos no me atrevo á ligar á un Dios fraterno. Pero es fuerza que así lo haga. Es terrible infringir el mandato del Padre.

¡Oh sublime hijo de la sabia Temis! Contra mi voluntad, mal que te pese, con indisolubles cadenas he de ligarte á esta roca inaccesible al hombre, donde ni oirás voz, ni verás rostro del mortal, y consumido lentamente por las llamas ardorosas de Helios, perderás la flor de tu piel. Feliz serás cuando la noche, con su vestidura alhajada de estrellas, esconda el fulgor del día, y cuando Helios nuevamente disipe las heladas matinales. ¡Siempre te agobiará la horrorosa angustia de tu miseria presente, y he aquí que no ha nacido aún Aquel que ha de libertarte! Tal es el fruto de tu amor á los hombres. Dios eras, y no temiste la cólera de los Dioses. Dones harto grandes hiciste á los Vivos. Por eso en esta roca lúgubre, en pie, sin doblar la rodilla, insomne, te consumirás en lamentos infinitos, en gemidos inútiles. Implacable es el espíritu de Zeus. Aspera es la tiranía reciente.

CRATOS

¡Ea! ¿qué te detiene? Le compadeces en vano. ¿No aborreces al Dios que, por horror á los Dioses, ha entregado á los mortales lo que era tuyo?

HEFESTOS

Grande es la fuerza de la sangre y de la amistad.

CRATOS

Cierto; mas, ¿te es lícito menospreciar el mandato del Padre? ¿No sería esto más espantoso?

HEFESTOS

Siempre fuiste duro y lleno de audacia.

CRATOS

Compadecerle no es remediarle. ¿De qué le ha de servir? No te conmuevas en vano.

HEFESTOS

¡Oh detestabilísima tarea de mis manos!

CRATOS

¿Por qué? En verdad, esto te diré: la causa de sus males no entra en tu arte.

HEFESTOS

¡Duro empeño! ¡Que otro no pueda acabarlo!

CRATOS

Todo les está permitido á los Dioses. Esto se les niega. Ninguno es libre, sino Zeus.

HEFESTOS

Lo sé. Nada tengo que decir.

CRATOS

Apresúrate, pues. Lígale con cadenas, no sepa el Padre que vacilas.

HEFESTOS

He aquí las cadenas; dispuestas están.

CRATOS

Tómalas. Con ayuda del martillo, remáchalas con gran fuerza en derredor de sus brazos. Clávale á estas rocas.

HEFESTOS

Voy á hacerlo, y de prisa.

CRATOS

¡Clava más fuerte! ¡Aprieta! ¡No desmayes! Habilidad tiene hasta para salir de lo inextricable.

HEFESTOS

Ligado está indisolublemente este brazo.

CRATOS

Clava el otro sólidamente. Sepa que su inteligencia es menos pronta que la de Zeus.

HEFESTOS

Ciertamente, á no ser él, nadie podrá echármelo en cara.

CRATOS

Ahora húndele con rudeza en el pecho el diente sólido de esta cuña de acero.

HEFESTOS

¡Ay, ay, Prometeo! Me duelo de tus males.

CRATOS

¿Qué tardas? ¡Gimes por los enemigos de Zeus! Teme que hayas de gemir por ti mismo.

HEFESTOS

Ves con tus ojos un espectáculo horrible.

CRATOS

Le veo sufrir equitativa pena por su crimen. Encadénale en derredor de los costados y por debajo de las axilas.

HEFESTOS

Ello ha de ser. No me mandes más.

CRATOS

Quiero mandarte y seguir aguijándote. Baja, y estrecha violentamente sus muslos con esos anillos.

HEFESTOS

Hecho está, y con prontitud.

CRATOS

Trábale fuertemente los pies. Terrible es el que vigila tu tarea.

HEFESTOS

Dura es tu palabra como tu rostro.

CRATOS

Sé débil, pero no me eches en cara lo rudo de mi naturaleza ni mi inflexibilidad.

HEFESTOS

Vamos. Encadenados están todos sus miembros.

CRATOS (*á Prometeo*)

¡Habla ahora aquí con insolencia! ¡Roba lo que es de los Dioses para dárselo á los Efímeros! ¿Qué pueden los hombres para libertarte de tu suplicio? Mal nombre te dieron los Demonios al llamarte Prometeo. Un Prometeo te haría falta para arrancarte de estas ligaduras.

PROMETEO

¡Oh Eter divino, Vientos rápidos, Manantiales de los ríos, Sonrisas infinitas de las olas marinas! ¡Y tú, Gea, madre de todo! ¡Y tú, que con tus ojos abarcas el orbe del mundo, Helios! ¡Sed testigos! ¡Miradme! ¡Soy Dios, y ved lo que sufro por obra de los Dioses! ¡Ved cómo, agobiado por tales ignominias, habré de gemir en el curso de los años innumerables! Tal es el vergonzoso encadenamiento que ha meditado contra mí el nuevo Pritáneo de los Felices. ¡Ay! ¡ay de mí! De mis males presentes y futuros me quejo. ¿Cuándo vendrá el término fatal de tanta miseria? ¿Qué dije? Preveo con certeza lo que ha de ser. No hay para mí calamidad inesperada. Conviene soportar fácilmente el destino que se me ha dado, porque la fuerza de la necesidad es invencible. Pero ni hablar puedo, ni callar, en este estado. ¡Porque aumenté los bienes de los mortales, vedme, infeliz, ligado al tormento! En hueca cañaheja me llevé la fuente oculta del Fuego, señor de todas las artes, el bien mayor que puedan tener los Vivos. ¡Por este crimen sufro, sujeto en pleno espacio por estas cadenas!

¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿Qué ruido es ese? ¿Qué vago aroma se esparce hasta mí? ¿Es un Dios, un Ser vivo, un Ser intermedio?

¿Viene á contemplar mis miserias en esta altura? ¿Qué quiere? Mirad al Dios encadenado, ultrajado, al enemigo de Zeus, horror de los demás Dioses que frecuentan las reales moradas de Zeus, á causa de su amor harto grande por los Vivos. ¡Ay! ¡ay de mí! Oigo de nuevo el rumor de las aves que llegan. El Eter vibra con el latido leve de sus alas. ¡Todo lo que se me acerca, me espanta!

El coro de las Oceánidas

Estrofa I

Nada temas. Esta muchedumbre alada es tu amiga y se llega velozmente á esta roca, pese á la voluntad paterna. Rápidos vientos nos han conducido. El resonar del acero penetró hasta la hondura de nuestros antros, rechazó al pudor venerable y nos trajo, descalzas, en este aligero carro.

Prometeo

¡Ay! ¡ay de mí! ¡Raza de Tetis, la de prole numerosa, hijas del Padre Océano que rueda en curso infatigable alrededor de la tierra, mirad! ¡Ved qué cadenas me tienen ligado á la cúspide suma de esta roca escarpada, como miserable centinela!

El coro de las Oceánidas

Antistrofa I

Viéndolo estoy, ¡oh Prometeo! Una espantosa nube preñada de llanto me llena los ojos, al contemplar, en esos vínculos de acero, tu cuerpo que se consume en esa roca. Nuevos timoneles rigen el Olimpo. Zeus tirano impera con leyes recientes, aboliendo las antiguas Cosas augustas.

Prometeo

En la tierra, en el Hades morada de los Muertos, en el inmenso Tártaro, ¿por qué no me precipitó, cargado de indisolubles y rudas cadenas? ¡Ningún Dios, nadie se regocijaría de mis males! Ahora, juguete miserable de los Vientos, padezco torturas gratas á mis enemigos.

EL CORO DE LAS OCEÁNIDAS

Estrofa II

¿Quién es, entre los Dioses, tan duro de corazón, que se goce al ver tales torturas? ¿Quién no se indigna de tus males, á no ser Zeus? Furibundo siempre, en su inflexible voluntad, doma la Estirpe Urania. Nunca cederá, como su corazón no se sacie de venganza, ó si otro no se adueña de su poder inaccesible.

PROMETEO

Un día, en verdad, por más que me halle ignominiosamente cargado de sólidas cadenas, ese Pritáneo de los Felices necesitará de mi ayuda, para que yo le revele el designio que ha de despojarle de cetro y honores. Pero ni encantamientos, ni palabras de miel, ni rudas amenazas me doblegarán. Nada le enseñaré, como antes no me haya librado de estas ligaduras crueles y haya expiado mi ignominia.

EL CORO DE LAS OCEÁNIDAS

Antistrofa II

Intrépido eres, en verdad. No te doblegas en tan rudo suplicio. Pero hablas harto libremente. El espanto me llena el corazón. Temo por tu destino. ¿Cuándo me será dado ver el término fatal de tus miserias? Impenetrable es el espíritu del Hijo de Cronos; nada puede conmover su corazón.

PROMETEO

Sé que Zeus es duro. Ha sometido á su voluntad toda la justicia. Pero un día tendrá espíritu humilde, cuando se sienta herido. Olvidada será su inexorable cólera. Querrá que yo acepte la concordia y su amistad.

EL CORO DE LAS OCEÁNIDAS

Revélanoslo todo. Cuéntanos por qué culpa te ha castigado Zeus tan cruel é ignominiosamente. Háznoslo saber, si el relatarlo no te entristece.

PROMETEO

Ciertamente, es cruel para mí referirlo, pero también el callar es duro. Por una y otra parte, dolor igual.

En otro tiempo, cuando los Demonios se irritaron por vez primera, cuando la disensión entró en ellos, los unos querían derribar á Cronos para que Zeus reinase. Oponíanse los otros, pues no querían que Zeus mandara jamás á los Dioses. Yo, con mejor consejo, no logré persuadir á los Titanes, hijos de Urano y de Gea. Despreciando mis razones pacíficas, pensaban, en la violencia de su espíritu, que prevalecerían, no por la habilidad, sino por la fuerza. Muchas veces mi madre Temis y Gea, que tiene una sola forma con mil nombres, me habían pronosticado lo futuro: que no prevalecerían ni por la fuerza ni por la violencia, sino por la astucia. Yo así les hablé. No me creyeron digno de ser atendido. Y juzgué preferible, acompañado por mi madre, unirme á Zeus que lo deseaba. Y merced á mis consejos, la negra y profunda sima del Tártaro se tragó al viejo Cronos y á sus compañeros. De tal modo he servido al tirano de los Dioses. Este horrible castigo es la recompensa que me da. Vicio contagioso es, propio de tiranos, el de no dar fe á sus amigos. Si preguntáis por qué tan afrentosamente me trata, yo os lo diré. En cuanto se hubo sentado en el trono paterno, repartió los honores entre los Demonios y estableció su tiranía. Y para nada se curó de los desventurados hombres, cuya raza quiso destruir para crear otra nueva. A tal designio nadie se opuso mas que yo. Yo solo me atreví. Salvé á los Seres Vivos. No cayeron, fulminados, en las tinieblas del Hades. Por eso me oprimen tormentos tan horrorosos, que lastima el verlos. No me han juzgado digno de la compasión que para los Mortales tuve. Vedme aquí cruelmente atormentado. ¡Vergonzoso espectáculo para Zeus!

El coro de las Oceánidas

¡Espíritu de hierro y de roca, oh Prometeo! ¿Quién, contigo, no se ha de indignar de tus males? No he deseado verlos. Desde que los he visto, la tristeza me agobia el corazón.

Prometeo

¡Ciertamente, para los que me aman, soy miserable espectáculo!

El coro de las Oceánidas

¿Nada más hiciste por los hombres?

Prometeo

He impedido que los mortales prevean la muerte.

El coro de las Oceánidas

¿Con qué remedio les curaste de ese mal?

Prometeo

Les he dado ciegas esperanzas.

El coro de las Oceánidas

Gran merced les hiciste.

Prometeo

También les he traído el Fuego.

El coro de las Oceánidas

¿Los Efímeros poseen ahora el Fuego llameante?

Prometeo

Por él conocerán artes numerosas.

El coro de las Oceánidas

¿Y por tales crímenes te atormenta Zeus, sin que le conmuevan tus males? ¿No sabes el término de tu suplicio?

Prometeo

No lo tendrá si él no quiere.

El coro de las Oceánidas

¿Y querrá? ¿Cuál es tu esperanza? ¿No ves que has faltado? Aunque hubieses obrado mal, no me sería grato decírtelo. Fuera cruel. Dejémoslo todo. Piensa cómo has de librarte de dolores.

Prometeo

Fácil es, cuando tenemos el pie fuera del mal, dar consejo y reconvenir al que sufre. Yo nada de esto ignoraba. Quise y supe lo que quería. No he de negarlo. Al salvar á los hombres, concitaba sobre mí tales miserias; pero no pensaba que me atormentarían así, que me consumiría en la cima de esta

roca solitaria. No lloréis, pues, mis miserias presentes. Antes bajad á la tierra, hacia el destino que me oprime. Sabed cuánto me espera todavía. ¡Llegaos á mí! Venid en ayuda del que hoy padece. La desgracia camina, errante siempre. Ya en uno, ya en otro, se ceba.

El coro de las Oceánidas

¡Prometeo! No queremos desobedecerte. He aquí que abandonando prontas, con planta ligera, el rápido carro y el Eter puro que cruzan las aves, nos llegamos á esta áspera roca con el deseo de saber tus infortunios.

Océano

¡Prometeo! Buscándote, tras largo caminar llego á ti, conducido por esta rápida Ave que guío con mi sola voluntad y sin freno. Compadezco tu suerte, sábelo. Pienso que el parentesco me mueve; pero, además, por nadie me intereso como por ti. Ya sabes que mis palabras son veraces. No acostumbro halagar con mentiras. ¡Ea! Dime cómo se te ha de ayudar. Nunca dirás que tienes amigo más seguro que Océano.

Prometeo

¡Cómo! ¿Tú también viniste á contemplar mi suplicio? ¿Cómo osaste dejar el Río que lleva tu nombre, y tus antros familiares, abovedados de roca, para venir á esta región, madre del hierro? ¿Viniste para asistir á mi destino, ó para compadecerte de él? ¡Míralo! Contempla al amigo de Zeus. ¡Le ayudé á fundar su tiranía, y por él sufro estos males!

Océano

Viéndolo estoy, Prometeo, y quiero aconsejarte lo mejor, pese á tu habilidad. Conócete, confórmate á los pensamientos nuevos. Hay un tirano nuevo entre los Dioses. Si lanzas palabras amargas y fieras, Zeus las oirá, por mucho que esté en las alturas, lejos de ti. Entonces, su furor presente, causa de estas torturas, no será ya mas que un juego. ¡Oh desgraciado! Desecha la cólera que alimentas en tu espíritu. Antes procura el fin de tus males. Te digo, al parecer, algo que ya de nada sirve. Empero tú ves, Prometeo, lo que ocasionan palabras

sin freno. No eres humilde. No cedes al sufrimiento, y quieres añadir nuevos males á los que padeces. Si has de creerme, no te revuelvas contra el aguijón. Ten presente que un monarca despiadado manda sin dar cuentas á nadie. Ahora te dejo, é intentaré libertarte de tu suplicio. Tranquilízate. No hables con demasiada amargura. ¿No sabes de cierto, sapientísimo como eres, que voces temerarias atraen castigos?

PROMETEO

¡Te envidio! Nada tienes ya que temer, después de haberlo trazado todo, de haberte atrevido á todo conmigo. ¡Vete ya! No te preocupes por esto. No has de persuadir á Zeus, que es inexorable. Cuida de no atraer sobre ti la desgracia por haber venido.

OCÉANO

Más prudente eres para los otros que para ti. Por hechos juzgo, no por palabras. No intentes impedírmelo. Seguro estoy de que por mí Zeus te libertará del suplicio.

PROMETEO

Gracias. Gracias he de darte sin cesar. No dudo de tu activa benevolencia, pero no has de lograrlo. Te cansarás, sin que me sirvas. Quédate en paz, á un lado. Si soy infeliz, no quiero que la desgracia llegue á otros. ¡No! Harto afligido estoy con los dolores de Atlas, mi hermano, que, por las regiones de Héspero, se alza sosteniendo en los hombros la columna de Urano y de la tierra, carga abrumadora. Contemplo también, lleno de compasión, al hijo de Gea, morador de los antros Cilicios, monstruo guerrero de cien cabezas, cuyo ímpetu lo derribaba todo; al impetuoso Tifón, que se alzó contra todos los Dioses, vomitando exterminio por sus fauces horribles. El lampo de Gorgona surgía, flamígero, de sus ojos, mientras que su asalto violento amenazaba la tiranía de Zeus. Pero el Dardo vigilante, el Rayo que se precipita respirando llama, se echó sobre él, aplastando sus insolencias tumultuosas. Herido á través del pecho y consumido por el Rayo, perdió sus fuerzas, quebrantado por el trueno. Ahora su cuerpo yace, inútil y abyecto, en los estrechos del mar, aplastado por las raíces del Etna, mientras Hefestos, asentado en las cumbres, forja las masas de hierro al rojo blanco. De allí se precipitarán un día los Ríos de fuego, devorando con sus mandíbulas ardientes los llanos extensos de la fecunda Sicilia. Tifón

vomitará así su furor en torbellino de llama desbordante, aun consumido por el rayo de Zeus. Tú no eres inexperto. No te faltarán mis advertencias. Guárdate, como quiera que sea. Por mi parte, sufriré el destino presente, hasta que la mente de Zeus deje de estar irritada.

OCÉANO

¡Prometeo! ¿no sabes que las palabras son médicos de una enfermedad, que es la cólera?

PROMETEO

Cierto, si el corazón se apacigua; si no, se choca así con la furiosa hinchazón del espíritu.

OCÉANO

Pero ¿qué peligro puede haber en un esfuerzo, en una tentativa osada? Dímelo.

PROMETEO

Trabajo inútil, simplicidad estúpida.

OCÉANO

Déjame afrontar el riesgo. No parecer prudente es ventajosísima prudencia.

PROMETEO

Se me imputará tu culpa.

OCÉANO

Con esas razones, me rechazas.

PROMETEO

Mira que la compasión que me tienes no excite el rencor contra ti.

OCÉANO

¿El rencor de Aquel que ha poco ganara el Trono omnipotente?

PROMETEO

Teme que su corazón se irrite.

OCÉANO

¡Prometeo! Tu destino me servirá de lección.

PROMETEO

¡Ve! ¡apresúrate! Piensa siempre lo mismo.

OCÉANO

Me apresuro á tu voz. He aquí el Cuadrúpedo alado que atraviesa el amplio camino del Eter, ansioso de reposar en el establo conocido.

EL CORO DE LAS OCEÁNIDAS

Estrofa I

¡Prometeo! Gimo por tu suerte deplorable. Riego mis mejillas con lágrimas que salen de mis ojos delicados, como fuentes húmedas. Zeus, que decretó tan lamentables dolores, se gloría de su poder dominador de los Dioses antiguos.

Antistrofa I

Ya toda la región lúgubremente resuena, llorando tu antigua gloria y la grandeza de tus hermanos. Todos los que habitan la tierra de la santa Asia, en largo gemir, lloran contigo por tus miserias.

Estrofa II

Los habitantes de la tierra de Colcos, las Vírgenes intrépidas en el combate, y la muchedumbre de los Escitas que pueblan, en la extremidad terrestre, la laguna Meótides.

Antistrofa II

Y la flor belicosa de Arabia, y todos los que moran en la ciudadela cercana al Cáucaso, multitud guerrera, estremecida de lanzas agudas.

Epodo

Antes que á ti, otro Titán sólo he visto, abrumado por los mismos males y por la eterna afrenta de los Dioses: Atlas, que, dotado siempre de inmenso vigor, sostiene en los hombros el grave polo Uranio. El hervor marino resuena estre-

llándose en él. Estremécese el Abismo. La negra sima del Hades retiembla. ¡Los manantiales de los Ríos de curso sagrado lloran tan lamentable suplicio!

PROMETEO

No creáis que calle por menosprecio ó por insolencia; royéndome estoy el corazón con el pensamiento al verme tan afrentosamente torturado. Empero ¿quién sino yo ha discernido sus honores á esos Dioses nuevos? Pero he de callar. No os diré lo que ya sabéis. Antes, oíd los males que estaban entre los Vivos, llenos tiempo atrás de ignorancia, vueltos por mí sagaces é inteligentes. Nada les he de echar en cara; pero, al hablar de lo que les di, pruebo el amor que les tengo.

En el principio, miraban en vano y no veían; escuchaban y no oían. Por mucho tiempo, semejantes á las visiones de los sueños, confundíanlo todo ciegamente. Ni las casas hechas de ladrillo y expuestas al sol, ni las armaduras de madera conocían. Moraban so la tierra, en el fondo de los tenebrosos reductos de los antros, como las hormigas largas y sutiles. Nada sabían, ni del invierno, ni de la primavera florida, ni del estío fructuoso. Vivían sin pensar, hasta el día en que les enseñé el levantarse cierto de los astros y su puesta irregular. Encontré para ellos el Número, lo más ingenioso que existe, y la disposición de las letras, y la memoria, madre de las Musas. Uní el primero en yugo á los animales destinados á servir, para que pudiesen reemplazar á los hombres en los trabajos más duros. Al carro llevé los caballos portadores de freno, ornato de los ricos. Yo hallé, y nadie más, esos otros carros de los navegantes que cortan el mar, volando merced á sus velas. ¡Desventurado! Yo que todo esto inventé para los Vivos, nada encuentro ahora que á mí mismo me liberte del suplicio.

EL CORO DE LAS OCEÁNIDAS

Indigno suplicio padeces. Desvaría, turbado, tu espíritu. Tienes, mal médico, enferma la mente, y no encuentras en ella remedio que pueda sanarte.

PROMETEO

Si quieres oir lo que falta, te admirarán las artes y recursos que he inventado. He aquí el mayor:

Si alguien, en otro tiempo, enfermaba, no había remedio, ni alimento, ni bálsamo, ni nada que pudiese beber. Por falta

de socorro morían, antes de que yo les hubiese enseñado las mixturas de los medicamentos saludables, que alejan ahora de ellos toda enfermedad. Instituí los numerosos ritos de la adivinación. Fuí el primero que indicó, en los sueños, las cosas que habían de ocurrir, y expliqué á los hombres las revelaciones obscuras. Fijé para los viajeros los azares de los caminos y el cierto sentido del vuelo de las aves de uñas encorvadas, las que son propicias, las que son contrarias, la clase de alimento de cada cual, sus odios, amores y reunión. Enseñé asimismo la lisura de las entrañas y el color de ellas que agrada á los Demonios, y la cualidad favorable de la bilis y el hígado, y los muslos cubiertos de grasa. Quemando los luengos lomos, enseñé á los hombres el arte difícil de prever. Les he revelado los presagios del Fuego, que, tiempo atrás, eran obscuros. Tales son las cosas. ¿Y quién puede decir que ha encontrado antes de mí todas las riquezas ocultas para los hombres debajo de tierra: el bronce, el hierro, la plata, el oro? Nadie. Cierto estoy, á menos que quiera gloriarse en vano. Escucha, en fin, una sola palabra en compendio: todas las artes, Prometeo se las ha revelado á los Vivos.

EL CORO DE LAS OCEÁNIDAS

No desdeñes tu propio dolor, puesto que ayudaste á los hombres más de lo que convenía. Espero que lograrás libertarte de tus cadenas, y que no has de ser menos poderoso que Zeus.

PROMETEO

La inevitable Moira no ha de llevar á cabo así las cosas. La fatalidad lo ha decidido. Miserias infinitas y desgracias me consumirán, hasta que sea libertado de mis cadenas. Harto flaca es la ciencia contra la necesidad.

EL CORO DE LAS OCEÁNIDAS

Y á la necesidad, ¿quién la rige?

PROMETEO

Las tres Moiras y las Erinnias, que nada trascuerdan.

EL CORO DE LAS OCEÁNIDAS

Y Zeus, ¿les está sometido?

PROMETEO

Ciertamente. No puede rehuir lo fatal.

EL CORO DE LAS OCEÁNIDAS

¿Qué puede haber que sea fatal para Zeus, sino el mandar siempre?

PROMETEO

No lo inquieras. No insistas en ello.

EL CORO DE LAS OCEÁNIDAS

¿Sin duda es algo sagrado lo que ocultas?

PROMETEO

Habla de otra cosa. No es tiempo de que ésta se revele. Callarla debo en absoluto. Si para mí la guardo, libertado seré de estos vínculos ignominiosos y de este suplicio.

EL CORO DE LAS OCEÁNIDAS

Estrofa I

¡Nunca Zeus, señor de todo, se oponga con su poderío á mi voluntad! ¡Nunca deje yo de honrar á los Dioses y de asistir á los festines sagrados en que se degüellan los bueyes, junto al inagotable caudal del Padre Océano! ¡Nunca les ofenda con mis palabras! ¡Persista en mí este deseo, sin borrarse jamás!

Antistrofa I

¡Grato es vivir una larga vida llena de certidumbre y de esperanza, y que nutra el corazón una alegría luminosa! Me da horror verte abrumado de infinitos males. No has respetado bastante á Zeus. ¡Seguro de tu sabiduría, amaste demasiado á los mortales, oh Prometeo!

Estrofa II

¡Oh amigo, mira cuán funesto es el resultado! ¿Qué socorro, qué protección esperas de los Efímeros? ¿No ves la imbecilidad inerte, semejante al sueño, que oprime á la ciega raza de los mortales? Nunca la voluntad de los hombres perturbará el orden señalado por Zeus.

Antistrofa II

¡Lo he reconocido al contemplar tu suplicio, oh Prometeo! ¡Cuán diferente armonía me acariciaba los oídos al cantar en torno á tus baños y á tu lecho, según el rito nupcial, en aquel tiempo en que, habiéndola persuadido con presentes, te desposabas con Hesiona, hija de mi Padre!

Io

¿Qué tierra es ésta? ¿Cuál es esta raza? ¿Quién es éste, así atado á la roca tempestuosa con estas cadenas? ¿Por qué crimen estás castigado? ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡he aquí que otra vez el Tábano me punza, desdichada! ¡El! ¡El espectro de Argos, hijo de Gea! ¡Huye, oh tierra! ¡Veo ¡oh terror! al Boyero de ojos innumerables que me mira! Se acerca con su astuto mirar. Aunque muerto, no le esconde la tierra. ¡Escapado del Hades, me persigue, desdichada, hambrienta, vagabunda, por las arenas del mar!

Estrofa

La siringa encerada deja oir el canto del sueño. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¿adónde me llevan tan largas correrías? ¡Hijo de Cronos! ¿por qué á tales miserias me ligaste? ¿Por qué excitas así, con el terror, mis furores y mi demencia? ¡Haz que el fuego me consuma, que la tierra me trague, ó arrójame como pasto á los animales marinos! ¡No te niegues á este deseo, oh Rey! Extenuada estoy por mis carreras vagabundas. No sé cómo ni en dónde me veré libre de mis males.

El coro de las Oceánidas

¿No escuchas la voz de la Virgen de cuernos de vaca?

Prometeo

¿Cómo podría no oir á la Virgen hostigada por el Tábano, á la hija de Inaco? Abrasó de amores el corazón de Zeus, y hela aquí violentamente probada, en harto luengas correrías, por el odio de Hera.

Io

Antistrofa

¿Por qué has pronunciado el nombre de mi padre? Díselo

á una desdichada. ¿Quién eres? ¿Quién eres tú, ¡oh desdichado! tú que sabes mi nombre, tú que das nombre al mal que los Dioses envían, al mal que me seca y muerde con furiosos aguijones? ¡Ay! A saltos he venido, excitada por las quemaduras del hambre, domada por la voluntad rencorosa de Hera. ¡Ay! ¿Qué desdichados padecen los males que me agobian? Pero dime con claridad lo que aún me queda que sufrir, dime si hay alivio ó remedio para mi mal. Si lo sabes, habla, díselo á la desdichada Virgen vagabunda.

PROMETEO

Lo que deseas, claramente te lo diré, sin ocultarte nada, con sencillez, como es ley entre amigos. Ves aquí á Prometeo, á Aquel que ha dado el Fuego á los Vivos.

IO

¡Oh tú que te has revelado para el bien común de los hombres, infeliz Prometeo! ¿por qué causa sufres así?

PROMETEO

Apenas he dejado de deplorar mis miserias.

IO

¿No me harás, pues, tal merced?

PROMETEO

Habla, ¿qué pides? Todo por mí lo sabrás.

IO

Dime quién te ligó á esa roca escarpada.

PROMETEO

La voluntad de Zeus y las manos de Hefestos.

IO

Pero ¿de qué crímenes sufres la pena?

PROMETEO

Esto solo puedo contestarte.

Io

Hazme saber el término de mis correrías y lo que durará mi mal.

Prometeo

Más te vale ignorarlo que saberlo.

Io

Nada me ocultes de lo que tengo que sufrir.

Prometeo

No te rehuso tal merced.

Io

Pues ¿qué tardas? Dímelo todo.

Prometeo

No es mala voluntad. Temo turbar tu espíritu.

Io

Me place oirlo. No te pares en más.

Prometeo

Puesto que así lo quieres, he de hablar. Escucha.

El coro de las Oceánidas

No, todavía no. Concédeme una parte de gozo. Sepamos, primero, por ella misma, su fatal destino y sus males. Luego le dirás el resto de sus miserias.

Prometeo

A ti te toca, Io, satisfacerlas. Hermanas de tu padre son, en efecto. Grato es deplorar el propio destino y mover al llanto á quien nos oye.

Io

No sé cómo pudiera negarme. Claramente sabréis lo que me preguntáis, por amargo que me sea el referir de qué modo mi espíritu fué turbado por un Dios y cuán miserablemente transformada he sido.

Incesantes apariciones nocturnas erraban por mi aposento

virginal, acariciándome con dulces palabras: «¡Oh venturosa doncella! ¿por qué tanto tiempo conservas la virginidad, cuando tan ventajosas nupcias se te ofrecen? Zeus se abrasa por ti, herido por el dardo del deseo. Quiere poseer á Cipris contigo. ¡Oh doncella, no esquives el lecho de Zeus! Ve á los profundos prados de Lerna, donde están las cercas y los establos de tu padre, para que la mirada de Zeus deje de arder anhelosa.» Y todas las noches ¡desdichada! me sentía hostigada por tales sueños, hasta que hube de referir á mi padre mis nocturnas apariciones. Envió él numerosos mensajeros á Pito y á Dodona, para saber lo que fuese grato á los Dioses que se hiciera. Y volvían con oráculos ambiguos y palabras obscuras é ininteligibles. Al cabo manifestóse claramente á Inaco la revelación, y tuvo que echarme de mi vivienda y de mi patria para que fuese, vagabunda, á los confines de la tierra. El rayo llameante de Zeus había de venir, como él no obedeciese, á aniquilar á toda nuestra raza. Contra su voluntad, contra la mía, persuadido por aquel oráculo de Loxias, me arrojó de sus moradas. Constreñíale el mandato de Zeus. Tuvo que cumplirlo. Y luego mi aspecto y mi mente se transformaron, y corrí, de un brinco furioso, cornuda como ves, picada por el aguijón del Tábano, hacia la suave orilla del manantial Cerneo, en el valle de Lerna. El Boyero Argos, prole de Gea, me seguía henchido de cólera, espiando mis huellas con sus ojos innumerables. El destino, bruscamente, le quitó la vida. Yo, furiosa siempre por el divino aguijón, corro de tierra en tierra. Todo lo sabes. Si puedes decir cuáles serán mis miserias futuras, dímelo. No me halagues, compadecido, con palabras engañosas. La mentira pienso que es mal vergonzoso en extremo.

EL CORO DE LAS OCEÁNIDAS

¡Calla, calla! ¡Termina! ¡ay! ¡nunca, nunca pensé que tal relato llegase á mis oídos, ni que males tan tristes de ver y tan tristes de pasar, expiaciones tales, tales espantos, habían de helarme el pecho con doble aguijón!

PROMETEO

Gimes, y te das harta prisa en aterrarte. Espera que sepas lo que falta.

EL CORO DE LAS OCEÁNIDAS

Habla, que lo sepa. Grato es al enfermo el saber con certeza y de antemano lo que ha de sufrir aún.

PROMETEO

Fácilmente obtuvisteis de mí lo que pedíais, deseosas de oirla ante todo relatar sus propias miserias. Sabed lo demás ahora, los males que esta Virgen ha de soportar por mandato de Hera. Tú, hija de Inaco, guarda en tu mente mis palabras, para que conozcas el término de tus correrías.

Cruzarás primeramente llanuras no labradas, vuelta al nacer de Helios. Llegarás de tal suerte á los Escitas nómadas, que al amparo de sus techos de trenzado mimbre, habitan, en las altas regiones, carros de sólidas ruedas, armados con arcos que lanzan lejos las flechas. Te aconsejo que no te aproximes. Ve adelante, corriendo á lo largo de las rocas que el mar embiste. Moran á la izquierda los cálibes que labran el hierro. Esquívalos. Son feroces é inaccesibles para los extraños. Y llegarás al río Ibristes, digno de su nombre. No intentes cruzarlo, que no es fácil, antes que hayas llegado al Cáucaso mismo, á la más alta sierra, allí donde el río vierte la violencia de sus aguas, á la cima del monte. Has de caminar por las cumbres elevadas, hacia el Mediodía. Hallarás la muchedumbre de las Amazonas, que desprecian varones, y que un día poblarán á Temiscira, cabe el Termodonte, allí donde se abre la dura mandíbula del mar Salmidesio, funesta al nauta, madrastra de naves. De buen grado te mostrarán el camino. Llegarás al istmo Cimerio, á las bocas estrechas del mar. Déjalo y pasa con valor los estrechos Meóticos. Grande renombre te alcanzará entre los mortales tal paso, de que ha de venir el nombre de Bósforo. Abandonando luego la tierra de Europa, pisarás el continente de Asia. ¿No veis en todo esto la violencia inmutable del Tirano de los Dioses? El Dios ha querido unirse á esta mortal y la ha abrumado con tales aflicciones. ¡Oh doncella! cruel enamorado hallaste, porque aún no has oído sino el comienzo de tus miserias.

IO

¡Ay! ¡Desgraciada de mí! ¡Ay!

PROMETEO

¿Lloras de nuevo y gimes? ¿Qué harás cuando escuches lo demás de tus males?

EL CORO DE LAS OCEÁNIDAS

¿Tienes más desgracias que predecirle?

PROMETEO

Todo un mar tempestuoso de crueles dolores.

IO

¿Para qué me sirve la vida? ¡Y no he de precipitarme bruscamente de esta peña rugosa, para libertarme, estrellándome en el sendero de todas mis fatigas! ¡Más vale súbita muerte que ser presa de adverso destino mientras me dure la vida!

PROMETEO

¡Más crudamente padecerías mis dolores, que yo no puedo morir! Esto sería, en verdad, refugio á mis males. Mas no tiene término mi suplicio, como no caiga Zeus de la tiranía.

IO

¿Llegará el día en que Zeus no mande?

PROMETEO

Pienso que te regocijarás al ver tal caída.

IO

¿Cómo no regocijarme, si cruelmente torturada estoy por Zeus?

PROMETEO

En verdad, ello ha de ser. Sábelo por mí.

IO

¿Quién le desposeerá del Cetro tiránico?

PROMETEO

Su propia demencia.

IO

¿De qué modo? Habla, si no hay en ello peligro.

PROMETEO

Tales nupcias celebrará que le hagan gemir.

Io

¿Divinas ó mortales? Habla, si es lícito.

Prometeo

¿A qué preguntar? No me es dado decirlo.

Io

¿Y por tal Esposa caerá del trono?

Prometeo

Un hijo concebirá más poderoso que el padre.

Io

¿Y él no puede esquivar tal destino?

Prometeo

No, antes de que yo me vea libertado de cadenas.

Io

¿Quién pudiera liberarte contra Zeus?

Prometeo

Es fatal que uno de tu raza lo haga.

Io

¿Qué dices? ¿Un hijo mío ha de liberarte?

Prometeo

El décimotercero de tu raza.

Io

No es de fácil alcance tu oráculo.

Prometeo

No intentes, pues, penetrar tus desgracias futuras.

Io

Después de habérmelo prometido, no te niegues.

PROMETEO

Una entre dos revelaciones te haré.

IO

¿Cuál? Déjame que escoja.

PROMETEO

Consiento en ello. Elige. Te diré claramente lo que aún te queda por sufrir, ó te diré quién ha de libertarme.

EL CORO DE LAS OCEÁNIDAS

Hazle una revelación, y consiente en hacerme la otra. No desoigas mi ruego. Revélale el resto de sus males y á mí tu libertador.

PROMETEO

Ya que lo deseáis, no me niego. Deciros he lo que me preguntáis. A ti, primero, Io, te referiré tus andanzas inquietas. Grábalas en tu mente para recordarlas.

Cuando hayas cruzado el estrecho que ambos continentes separa, ve hacia Oriente, por el camino de Helios. Alejándote del mar resonante, llegarás á los Prados Gorgoneos de Cistenes, que pueblan las Forcidas, las tres ancianas Doncellas, semejantes á cisnes, con un ojo común y un solo diente, á las que jamás alumbran con sus rayos Helios ni la nocturna Selene. Próximas viven sus hermanas, las tres aladas Gorgonas, con cabellera de serpientes, funestas á los hombres, que ningún mortal mira sin lanzar el aliento vital. Este lugar te describo para que lo temas. Pero he aquí otro espectáculo espantoso: ¡los perros mudos de Zeus, de hocicos agudos, los Grifos! Húyelos. Huye también de la hueste de los Jinetes Arimaspes, de un solo ojo, que moran á orillas del río Plutón, que arrastra oro. Guárdate de acercarte á ellos. En las extremidades de la tierra, llegarás á los pueblos negros que habitan en las fuentes de Helios, allí donde está el río Etíope. Baja por sus orillas hasta que llegues á la catarata en que el Nilo derrama, desde los montes de Biblos, su agua venerable, dulce de beber. Desde allí, pasarás á la tierra triangular del Nilo, en que la suerte os ha de dar morada á ti, Io, y á tu raza. Si son mis palabras obscuras y difíciles de comprensión, recuérdamelas y pregunta. Más espacio tengo de lo que quisiera.

El coro de las Oceánidas

Si algo olvidaste en el relato de sus andanzas lamentables, habla. Si todo lo dijiste, acuérdate de contestar á nuestra demanda.

Prometeo

Ha oído el relato entero de sus correrías errantes. Para que sepa que no son vanas mis palabras, le diré por lo que ha pasado antes de llegar aquí. Esta prueba le daré de lo que predije. Para evitar una abundancia harto grande de palabras, pasaré sin más á sus últimas correrías errantes.

Llegaste á la tierra de los Molosos, á la elevada Dodona, en donde se hallan el Oráculo y la mansión de Zeus Tesprocio, y la fatídica Encina, prodigio increíble. Supiste por ellos con claridad que estabas destinada para esposa ilustre de Zeus, y su revelación te sonreía. Desde allí, presa de furor, llegaste al mar, al amplio estrecho de Rea. Después, tu correr vagabundo te llevó lejos. En lo porvenir, sábelo, este mar ha de llamarse Jónico, cual monumento de tu viaje para los mortales todos. Sean para ti estas palabras testimonio de mi previsión, que penetra más allá de lo que manifiestamente se muestra. A todas os diré lo demás, á vosotras y á ella. Vuelvo á mi relato primero. Una ciudad existe, Canobos, la postrera de Egipto, situada en un cúmulo de tierra, en la embocadura misma del Nilo. Allí Zeus, acariciándote con la mano y rozándote apenas, apaciguará tu mente. De Zeus concebirás al negro Epafo, quien gozará de todo el país que riega el Nilo, de largo curso. Después de él, á la quinta generación, cincuenta hijas tuyas volverán contra su voluntad á Argos, para esquivar nupcias con sus primos. Movidos éstos por el deseo, tales como gavilanes que á palomas hostigan, las perseguirán ansiosos de nupcias que no hubieran debido procurar. Y los Dioses destruirán sus cuerpos, y la tierra Pelasga los recibirá, domados por la acción sanguinaria de las mujeres, durante la vigilia nocturna, audaz y llena de lazos. Cada mujer matará á su marido, degollándole con dos heridas de espada. ¡Tal Cipris concedan á nuestros enemigos! Pero el amor enternecerá á una de estas doncellas. No matará á su marido, vacilante en su corazón, y preferirá que antes la acusen de flaqueza que de crueldad. Engendrará la raza de los Reyes de Argos, á cuyo cuento se requerirían numerosas palabras; de ella saldrá el ilustre Arquero que me ha de libertar de mis males. La antigua Titánide Temis, mi madre, me ha revelado este oráculo. Harto tiempo sería necesario para referir en qué forma y lugar ha de acaecer todo esto. De nada te sirviera el saberlo.

Io

¡Ay! ¡ay de mí! ¡Las convulsiones me agitan de nuevo! ¡La locura atormenta mi espíritu y el aguijón del Tábano me punza y quema! El corazón, espantado, me golpea el pecho. ¡Los ojos, extraviados, me dan vueltas! ¡Me arrancan de mí misma! Ya no puedo hablar. ¡Mis gritos confusos se estrellan en las olas de mi dolor terrible!

El coro de las Oceánidas

Estrofa

Sabio, en verdad, fué el primero que pensó y dijo: La unión entre iguales es la mejor. El que vive de su trabajo no ha de procurar la alianza del orgulloso de sus riquezas ni del pagado de su nacimiento.

Antistrofa

¡Oh Moiras! ¡nunca, nunca me vea compartir el lecho de Zeus, ni me una jamás á marido Uranio! ¡Espantada estoy de ver á esta Virgen enemiga de los hombres, Io, así atormentada por las tremendas correrías de Hera!

Epodo

¡Nada temo de unión entre iguales, mas libre me vea del amor de los Dioses omnipotentes y de su presencia fatal! Invencible es tal encuentro y sin salida semejante camino. No sé qué hacerme ni cómo esquivar la voluntad de Zeus.

Prometeo

Un día, empero, Zeus, pese á la tenacidad de su espíritu, se tornará humilde, merced á las nupcias que medita y que le derribarán de la tiranía. Cumpliráse entonces la maldición que su padre Cronos lanzara al caer de su antiguo trono. Ninguno de los Dioses, si no soy yo, puede saber de cierto cómo evitar tal desgracia. Yo lo sé. ¡Asiéntese ahora en las resonantes alturas, orgulloso de lanzar con sus manos el Dardo que fuego vomita! De nada le servirá esto. No por ello dejará de caer en irremediable ruina. Suscitando está ahora por sí mismo un temible adversario, un invencible y prodigioso ene-

migo, que ha de inventar una llama más terrible que el Rayo, de resonar que ha de vencer al del trueno, y que romperá la lanza de Poseidón, el Tridente marino que sacude los continentes. Zeus, abrumado, sabrá la distancia que hay de mandar á obedecer.

El coro de las Oceánidas

En verdad, hablas contra Zeus como te place.

Prometeo

Me place, pero ha de cumplirse.

El coro de las Oceánidas

¿Esperas, pues, que alguno mande un día sobre Zeus?

Prometeo

Entonces pasará por dolores más terribles que los míos.

El coro de las Oceánidas

¿Cómo pronuncias sin temor tales palabras?

Prometeo

¿Qué puedo temer? No es morir mi destino.

El coro de las Oceánidas

Pero te abrumará con daños más horribles.

Prometeo

Hágalo así. Todo lo espero.

El coro de las Oceánidas

Prudente es el que teme á Adrastea.

Prometeo

¡Teme, invoca, asegúrale que ha de reinar siempre! A mí me inquieta Zeus menos que nada. ¡Obre! Mande por algún tiempo aún como quiera. No siempre ha de mandar en los Dioses. Mas viendo estoy al mensajero de Zeus, al servidor del

nuevo Tirano. Sea como quiera, sabré qué extraordinario mensaje me trae.

HERMES

¡A ti te hablo, Engañador, oh indomabilísimo, culpable para con los Dioses, que diste á los Efímeros parte de nuestros honores, Ladrón del Fuego! Te ordena el Padre que le digas cuáles son esas nupcias que proclamas, por las que ha de perder su poderío. Dímelo claramente, punto por punto, ¡Prometeo! No me obligues á hacer dos viajes. Sabes que no ha de ser mayor la clemencia de Zeus.

PROMETEO

Hinchada y llena de orgullo es tu palabra, tal como cumple á un esclavo de los Dioses. Reciente tiranía ejercéis, recientes sois vosotros mismos y os juzgáis, en vuestras ciudadelas, al abrigo de la desgracia; pero ¿no he visto ya caer dos tiranos? El tercero es el que ahora manda. También á él he de verle caer rápida é ignominiosísimamente. ¿Piensa que temo y tiemblo ante los nuevos Dioses? Nada temo en absoluto. Vuélvete tú por el camino que trajiste. Nada sabrás de lo que me has preguntado.

HERMES

Por tenacidad semejante fuiste precipitado á tales tormentos.

PROMETEO

Sábelo: no cambiaría mi suplicio por tu servil condición. Pienso que vale más ser esclavo de esta roca que fiel emisario de tu padre Zeus. Así, á las ignominias con ignominias hay que responder.

HERMES

Parece que te regocijan los males que ahora sufres.

PROMETEO

¡Regocijarme! ¡Vea yo á mis enemigos, y á ti el primero, regocijarse así!

HERMES

¿Crees que tengo parte alguna en tu desgracia?

PROMETEO

Para decirlo con claridad, odio á todos los Dioses que, colmados de mis beneficios, me atormentan injustamente.

HERMES

Veo cuán grande es tu demencia.

PROMETEO

¡Sí tal, si es demencia odiar á los enemigos!

HERMES

Insoportable fuera, á gozar de próspero destino.

PROMETEO

¡Ay! ¡ay de mí!

HERMES

Zeus no conoce semejantes lamentos.

PROMETEO

El tiempo, que no se para, lo revela todo.

HERMES

Aún no te enseñó á ser prudente.

PROMETEO

¡Si así fuera, no te hubiese dado respuesta, esclavo!

HERMES

¿Nada quieres, pues, decir de cuanto pregunta el Padre?

PROMETEO

¡Gracias he de dar á Zeus porque me atormente!

HERMES

¿Te burlas de mí como de un niño?

PROMETEO

¿No eres un niño y más insensato que un niño si algo es-

peras saber de mí? Por ningún tormento, por ninguna treta podrá Zeus constreñirme á que hable, como no se hayan roto primero las cadenas que me oprimen. ¡Así, que la llama ardiente me fulmine, que Zeus lo sacuda y revuelva todo con el blanco torbellino de la nieve y los truenos subterráneos! Nada podrá doblegarme. No he de decirle por quién manda el destino que se vea despojado de la tiranía.

HERMES

Piénsalo. ¿De qué te ha de servir eso?

PROMETEO

Todo está desde tiempo atrás meditado y resuelto.

HERMES

¡Atrévete por una vez ¡oh insensato! á buscar prudencia en los males que sufres!

PROMETEO

¡Me cansas, y es en vano, como si reconvinieses al mar! Nunca imagines que, espantado por la voluntad de Zeus, tenga yo corazón de mujer, y levantando como mujer las manos, suplique al que tanto detesto que me libre de mis cadenas. Lejos estoy de ello.

HERMES

Me parece que bastante hablé y harto inútilmente. En nada te apaciguas ni cedes á mis ruegos. He aquí que, tascando el freno, como potro apenas domado, te resistes con violencia y luchas contra las riendas. Te rebelas por tu insensatez. Inútil es de por sí la tenacidad á quien no razona. Mira, si no acatas mis consejos, qué tormenta, qué inevitable desbordamiento de males va á caer sobre ti. Lo primero, con la llama del Rayo y con el trueno hundirá el Padre estas agrias escarpaduras. Precipitará tu cuerpo, que se llevarán estos brazos de piedra. Soterrado por mucho tiempo, renacerás á la luz; pero el Perro alado de Zeus, el águila ensangrentada, desgarrará voraz el vasto despojo de tu cuerpo. Todos los días llegará, como huésped no invitado, á devorar y comerse tu hígado negro. Y no esperes término á este suplicio, antes de que un Dios quiera ponerse en tu lugar y descienda al sombrío Hades, á la niebla profunda del Tártaro. Así, pues, delibera. No es engañosa y vana amenaza, sino palabra harto real. La

boca de Zeus no sabe mentir, y cuanto dice se cumple. Piensa tú y delibera, si no prefieres la tenacidad á la prudencia.

EL CORO DE LAS OCEÁNIDAS

Parécenos que Hermes habla con acierto. Quiere que rechaces la tenacidad para dar oídos á la prudencia y á la sabiduría. Obedece. Vergonzoso es que el sabio se aparte de la recta razón.

PROMETEO

Sé todo lo que dice y repite. Justo es que un enemigo reciba ultraje de su enemigo. ¡Ahora láncese contra mí la Sierpe llameante, sacudido sea el Eter por el trueno y el torbellino de los vientos violentos, arranque la tempestad de sus cimientos con todas sus raíces á la tierra, invadan las olas del mar, en ronco hervor, los caminos de los astros Uranios, precipite Zeus mi cuerpo á la profundidad del negro Tártaro en remolino irresistible! ¡Pero no ha de darme muerte!

HERMES

En verdad, tales deben ser las palabras y resoluciones de la mente presa de locura. Nada falta. Delira en su mal y nada quita de su furor. Empero vosotras, que gemís por sus miserias, abandonad pronto este paraje, para que el horrendo rugido del trueno no conturbe vuestra razón.

EL CORO DE LAS OCEÁNIDAS

Habla de otra suerte. Dame otros consejos que me convenzan. Intolerable es lo que me dices. ¿Cómo me puedes ordenar un acto cobarde? Con él, si es necesario, quiero sufrir, porque he aprendido á detestar traidores. La más inmunda enfermedad es la traición.

HERMES

Acordaos de lo que he anunciado. Si sois presa de Até, no acuséis por ello á la Fortuna. Nunca digáis que Zeus os ha precipitado bruscamente en la desgracia; porque, ciertamente, os envolverá también la red inmensa de la desgracia, no de pronto ni con engaño, sino á sabiendas y por vuestra propia locura.

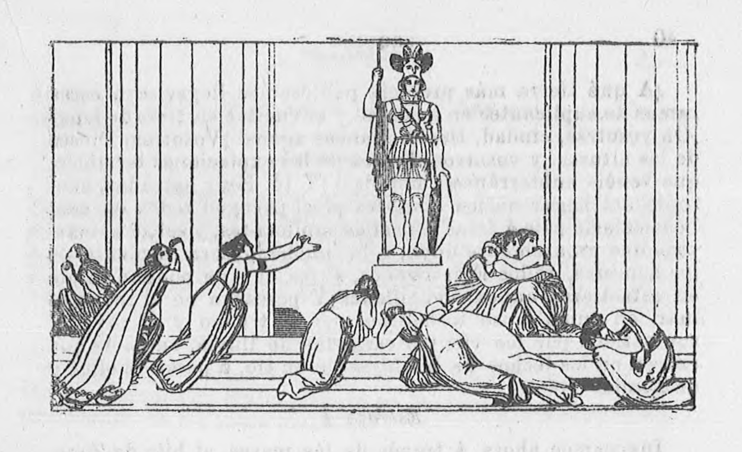
PROMETEO

He aquí que la tierra se conmueve, no de palabra, sino en

realidad. El ronco estrépito del trueno muge. Las espirales llamean. Los torbellinos arrastran el polvo. Los soplos todos de los vientos se revuelven y chocan en furioso combate, y el Eter se confunde con el mar. Así Zeus se arroja manifiestamente contra mí para infundirme espanto. ¡Oh sagrado respeto de mi madre! ¡oh Eter movible! ¡luz común á todos! ¡ved las iniquidades que padezco!

FIN DE «PROMETEO ENCADENADO»





II

LAS SUPLICANTES

El coro de las Danaides.
Dánao.
Pelasgo, rey de los argivos.
Un Heraldo.

El coro de las Danaides

¡Mírenos con benevolencia Zeus, Dios de los suplicantes, á las que en nuestras naves llegamos de las arenosas bocas del Nilo! Dejando la tierra divina limitada por Siria, huimos, no por haber cometido asesinato, ni condenadas á destierro por sentencia popular, sino para escapar de hombres, para evitar las nupcias fraternas, impías, execrables, con los hijos de Egipto. Dánao, nuestro padre, inspirador de tal designio, guió nuestra flota, y deliberando acerca de esto, entre dos males escogió el más noble: la fuga por las ondas marinas para tocar en tierra argiva, de donde nuestra raza se gloría de proceder, del contacto del hálito de Zeus y la Vaca atormentada.

¿A qué tierra más propicia pudiéramos llegar, con estas ramas de suplicantes en la mano y envueltas en tiras de lana? ¡Oh vosotras, ciudad, tierra, blancas aguas! ¡Vosotros, Dioses de las alturas, y vosotros, Dioses de las expiaciones terribles, que tenéis subterráneas moradas! ¡Y tú, Zeus salvador, custodio del hogar de los hombres píos! ¡Acoged todos en este hospitalario país á estas doncellas suplicantes, y echad al mar, para que prontamente huya, á la muchedumbre insolente de los hombres, de los Egiptógenos, antes de que pongan el pie en esta tierra nunca mancillada! ¡Y perezcan en el revuelto mar, en tumultuoso torbellino, por el trueno y el rayo, y combatidos por los vientos cargados de lluvia, antes de que entren en los lechos de las hijas de su tío, á pesar de ellas y de Temis!

Estrofa I

Invocamos ahora, á través de los mares, al hijo de Zeus, nuestro vengador, concebido al contacto, al hálito de Zeus, por la Vaca nuestra abuela, que pacía flores, á aquel que, en la hora de la concepción, fué dignamente llamado por el destino: ¡Epafo!

Antistrofa I

Al invocarle hoy en los pastizales herbosos de nuestra madre antigua, recordaremos nuestras antiguas desgracias. Y pruebas ciertas hemos de dar de nuestro origen, y veraces han de ser nuestras palabras, por extrañas é inesperadas que fueren, y todos han de saberlo todo, en la sucesión de los tiempos.

Estrofa II

Si hay aquí un habitante de esta tierra, observador de los pájaros, que oiga mi quejido lamentable, oir creerá la voz de la mujer desgraciada del pérfido Tereo, del ruiseñor perseguido por el gavilán.

Antistrofa II

Arrojada de los lugares y de los ríos que frecuentara, gime sin tregua, pensando en la muerte de su hijo que pereció, ofreciéndose á la cólera y cayendo en manos de su inicua madre.

Estrofa III

Y yo también busco los modos Jonios, y desgarro esta suave faz, cogida á orillas del Nilo, y este seno que se nutrió de lágrimas; y alimento flores de luto, pensando en los amigos

de la que huyó de la tierra natal, si hay quien de ella se acuerde.

Antistrofa III

¡Dioses generadores, si protegéis á la equidad, oidme! No dejéis que se cumpla lo que va contra la justicia. Sed enemigos de la violencia, y condenadla antes de estas nupcias. Después del combate, hay un altar tutelar, una muralla para los vencidos y para los que huyen, un santuario de los Demonios.

Estrofa IV

¡Séanos en verdad benévola la voluntad de Zeus! No es fácil de reconocer. Brilla empero en la obscuridad, pese al negro destino de las razas mortales.

Antistrofa IV

El destino se precipita y hiere seguro en cuanto ha sido decretado en la mente de Zeus; pero las vías del Pensamiento divino, impenetrables á la mirada, son inaccesibles y están envueltas en sombra.

Estrofa V

Desde lo alto de sus torres precipita á los Vivos en la ruina, y toda fuerza es vana contra los Demonios. Sentado en la sumidad de las sagradas viviendas, el Pensamiento divino cumple toda su voluntad.

Antistrofa V

¡Ojalá mire la insolencia de los hombres y esta raza de Egipto, furiosa y siempre hostigada, á causa de mis nupcias, por el inevitable aguijón del deseo, y que ahora conoce por fin su derrota!

Estrofa VI

Tales son mis calamidades lamentables, mis lágrimas amargas y crueles. ¡Ay! ¡ay de mí! Viva, lloro por mí con lúgubres palabras. ¡Oh tierra de Apis, te imploro! ¡Entiende, ¡ay! mi voz extranjera! He aquí que desgarro y lacero las vestiduras de lino y los velos Sidonios.

Antistrofa VI

Ofrendas consagran á los Dioses aquellos que, salvos mer-

ced á dichoso destino, han salido del espanto de la muerte. ¡Ay! ¡ay! ¡ay de mí! Difícil es penetrar lo que nos está reservado. ¿Adónde ha de llevarme esta tormenta? ¡Oh tierra de Apis, te imploro! ¡Entiende ¡ay! mi voz extranjera! He aquí que desgarro y lacero las vestiduras de lino y los velos Sidonios.

Estrofa VII

Ciertamente, el remo y esta morada de velas de lino que protegía mi flaqueza contra el mar me han conducido aquí, con ayuda de los vientos, sin pasar tormenta. Con esto á nadie acuso. ¡Pero que el Padre Zeus, omnividente, dé término dichoso á tal destino, y que podamos, noble raza de madre venerable, esquivar, vírgenes y libres, el lecho de esos hombres!

Antistrofa VII

¡Míreme la casta hija de Zeus con puros y tranquilos ojos, á mí que la suplico! ¡Que defienda, Virgen, á unas vírgenes contra persecución y violencia, y que podamos, noble raza de madre venerable, esquivar, vírgenes y libres, el lecho de esos hombres!

Estrofa VIII

Pero si los Dioses Olímpicos nos desprecian, hemos de ir, muertas por la soga, con ramas suplicantes, ante la sombría Raza subterránea herida por Zeus, ante el Zeus de los Muertos, para todos hospitalario. ¡Ah Zeus! La cólera que hostigaba á Io precipitábanla los Dioses. ¡También de tu esposa procede tal calamidad Urania, porque la tempestad con violencia se ha lanzado sobre nosotras!

Antistrofa VIII

Ciertamente, Zeus oiría reconvenciones amargas si despreciase al hijo de la Vaca, que él mismo tiempo atrás engendró, y apartase la faz de nuestro ruego. Pero, invocado, escúchenos desde la altura. ¡Ah Zeus! La cólera que hostigaba á Io precipitábanla los Dioses. ¡También de tu esposa procede tal calamidad Urania, porque la tempestad con violencia se ha lanzado sobre nosotras!

DÁNAO

Hijas, tenéis que ser prudentes. Vinisteis á través de las olas, sabiamente conducidas por vuestro anciano padre. Ahora

que estáis en tierra, obrad con previsión, circunspección, y conservad mis palabras en vuestra mente.

Una polvareda veo, mensajera muda de una muchedumbre. Los cubos de las ruedas chirrían al girar sobre los ejes. Veo una multitud armada de escudos, que blande lanzas, y veo caballos y carros redondos. Acércanse sin duda á nosotros los príncipes ds esta tierra, advertidos de nuestra llegada por los mensajeros; mas ya se muestren benévolos ó animados por un espíritu duro, conviene á todo evento, doncellas, que nos acojamos á aquella altura consagrada á los Dioses que presiden los Juegos. Un altar es más seguro que una torre y más firme broquel. Id á toda prisa, llevando piadosas en las manos suplicantes las tiras de lana blanca, ornamentos de Zeus, protector de los suplicantes. Contestad á los huéspedes con palabras respetuosas y tristes, como la necesidad pide y conviene á extranjeras. Hacedles ver claramente que vuestro destierro no está manchado de sangre. Ante todo, no sean arrogantes vuestras palabras, modesta sea vuestra frente y tranquilo vuestro mirar. No empleéis largas razones, que aquí son odiosas. Tened en cuenta que es fuerza ceder, porque sois extranjeras y lanzadas estáis á destierro. No conviene á los humildes un habla arrogante.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Padre, hablas con prudencia á espíritus prudentes. Observaremos tus sabios consejos, recordándolos. ¡Mire por nosotras nuestro Padre Zeus!

DÁNAO

No te detengas, apresura tu acción.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Quisiera estar ya allá sentada junto á ti.

DÁNAO

¡Oh Zeus, ten piedad de nosotros, que nos vemos agobiados de males!

EL CORO DE LAS DANAIDES

¡Mírenos con ojos benévolos! Si él lo quiere, todo tendrá suceso feliz.

DÁNAO

Ahora, invocad al Ave de Zeus.

EL CORO DE LAS DANAIDES

¡Invocamos á los rayos salvadores de Helios, al divino Apolo, al Dios en otro tiempo proscrito del Urano! ¡Apiádese de nosotras él, que ha conocido males semejantes!

DÁNAO

¡Apiádese de nosotros, y socórranos con benevolencia!

EL CORO DE LAS DANAIDES

¿Á cuál de los Demonios he de invocar además?

DÁNAO

Veo el Tridente, signo del Dios.

EL CORO DE LAS DANAIDES

¡Él, que felizmente nos ha traído aquí, séanos propicio en la tierra!

DÁNAO

Hermes es éste, según uso de los helenos.

EL CORO DE LAS DANAIDES

¡Ojalá nos anuncie que libres estamos de mal!

DÁNAO

Venerad el ara común de todos estos Inmortales. En este sagrado lugar sentaos como bandada de palomas azorada por aquellos gavilanes, los enemigos, los parientes vuestros, mancilla de su raza. ¿Es puro el pájaro que del pájaro se alimenta? Pues, ¿cómo ha de ser puro el que quiere desposarse con mujer, contra la voluntad de ella y la de su padre? Aun muerto, en el Hades, si tal crimen cometió, no quedará sin castigo. Allí es, dicen, donde hay otro Zéus, sumo juez de los crímenes entre los muertos. Observaos y acogeos á aquel lugar, para que tenga esto término feliz.

EL REY PELASGO

¿De qué país sois vosotras que no vestís á la usanza helénica, sino que lleváis vestidos y velos bárbaros? No es, en efecto, esa vestidura de Argos, ni de parte alguna de la Héla-

de. Que intrépidamente hayáis osado venir á esta tierra, sin guías, sin heraldos, sin huéspedes que os protejan, es maravilla. Ciertamente, á la verdad, unos ramos, según costumbre de los suplicantes, depositados están junto á vosotras en los altares de los Dioses que presiden los Juegos. La tierra de Hélade sólo eso reconoce en vosotras. No puedo sino suponer lo restante, á menos que vuestras palabras me instruyan.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Verdad dijiste en cuanto á nuestros vestidos; pero ¿á quién hablo ahora? ¿A un mero ciudadano, á un portavara, guardián de templos, ó al jefe de la ciudad?

EL REY PELASGO

Contesta á lo que te dije y habla sin temor. Hijo soy de Palecton, natural de esta tierra, Pelasgo, príncipe de este país; y habita esta tierra la raza de los pelasgos, así llamados con justicia del nombre de su rey; y mando en todo el país que bañan, hacia Poniente, el Algos y el Estrimón. Abarcan mis confines el país de los perrebios, y del otro lado del Pindo las comarcas vecinas de los peonios y los montes Dodóneos, y tengo por límite las olas del mar; pero mucho más allá se extiende mi poder. Esta tierra es la de Apis, llamada así en memoria de un médico. Porque Apis, médico y adivino, hijo de Apolo, como llegase de Neupaktia, libertó el país de monstruos devoradores de hombres, producto de un suelo ensangrentado por antiguas matanzas y venenosos dragones terribles. Apis, cortando y purificando, curó esos males y mereció gran loa de los argivos, y por gratitud conservamos su memoria en nuestras plegarias. Ahora que sabes con certeza quién soy, di cuál es tu raza y sigue hablando. Nuestra ciudad, empero, no gusta de largas razones.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Claras y breves han de ser mis palabras. Nos gloriamos de ser argivas de raza, tenemos origen en la Vaca de irreprochable posteridad, y probaré la certeza de cuanto digo.

EL REY PELASGO

Increíble es lo que me estáis diciendo, extranjeras. ¿De Argos procede vuestra raza? Pues más semejanza tenéis con las libias que con las mujeres de este país. Sólo el Nilo pudo

criar tal familia, y ese es el carácter del tipo ciprio, tal como la obra del hombre lo imprime en la mujer. He oido referir que las indias nómadas que habitan la tierra vecina á los etiopes, viajan en camellos, que llevan asimismo carga. Existen también las amazonas vírgenes que se nutren con carne. Por tales os tendría si estuvieseis armadas de arcos. Pero sepa yo ampliamente por vosotras cómo es vuestra raza de origen argivo.

El coro de las Danaides

Dícese que en otro tiempo nació en esta tierra argiva la Guardadora del umbral de Hera, Io, cuyo renombre es grande.

El rey Pelasgo

¿Trátase de la unión de Zeus con una mortal?

El coro de las Danaides

Al pronto, no tuvo Hera noticia de tal amor clandestino.

El rey Pelasgo

¿Cuál fué el término de la disensión real?

El coro de las Danaides

La Diosa Argiva transformó á la mujer en vaca.

El rey Pelasgo

¿Se aproximó, así, Zeus á la mujer cornuda?

El coro de las Danaides

Diz que, para fecundarla, tomó forma de toro.

El rey Pelasgo

¿Qué hizo entonces la Esposa poderosa de Zeus?

El coro de las Danaides

Dió á la Vaca un guardador que todo lo veía.

El rey Pelasgo

¿Quién fué el Boyero que tenía ojos en derredor de la cabeza?

EL CORO DE LAS DANAIDES

Argos, hijo de Gea, que fué muerto por Hermes.

EL REY PELASGO

¿Qué hizo después Hera con la Vaca sin ventura?

EL CORO DE LAS DANAIDES

Infligióle el mosquito que al picar enfurece á los bueyes y que los habitantes del Nilo llaman Tábano.

EL REY PELASGO

Luego la echó de esta tierra, en largas correrías.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Cierto; dijiste lo que iba yo á decir.

EL REY PELASGO

Llegó después á Canobos y á Menfis.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Y Zeus, tocándola con la mano, engendró un hijo.

EL REY PELASGO

¡Cómo! ¿un hijo de Zeus se ha gloriado de haber nacido de una vaca?

EL CORO DE LAS DANAIDES

Épafo se llamó, y fué la salvación de ella.

EL REY PELASGO

. . . .

EL CORO DE LAS DANAIDES

Libia. Una gran tierra lleva su nombre.

EL REY PELASGO

¿Y cuál fué el hijo que tuvo?

EL CORO DE LAS DANAIDES

Belo no más, que tuvo dos hijos, uno de los cuales es mi padre.

EL REY PELASGO

Dime el nombre de ese varón sapientísimo.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Dánao, y su hermano tuvo cincuenta hijos.

EL REY PELASGO

Dime complaciente el nombre de aquél.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Egipto. Y ahora que ya no desconoces mi antigua raza, protege y salva á una familia de argivos.

EL REY PELASGO

Ciertamente, me parecéis, como nosotros, hijas antiguas de esta tierra; pero ¿cómo osasteis dejar las moradas paternas? ¿Qué destino súbito os ha perseguido?

EL CORO DE LAS DANAIDES

Rey de los pelasgos, diversos son los males de los hombres, y no siempre tiene la desgracia igual vuelo. Porque ¿cómo se hubiera nunca previsto nuestra fuga inesperada hacia esta tierra de Argos á la que nos liga un origen antiguo, y que hubiésemos de arribar á ella para huir de nupcias odiosas?

EL REY PELASGO

¿Y qué pedís á estos Dioses que presiden los Juegos, teniendo en la mano esas ramas recién cortadas y envueltas en lana?

EL CORO DE LAS DANAIDES

Que no seamos esclavas de los hijos de Egipto.

EL REY PELASGO

¿Es por causa de odio ó para evitar el incesto?

El coro de las Danaides

¿Quién quisiera pagar por tener á parientes por dueños?

El rey Pelasgo

Así es, empero, como acrecientan los vivos sus riquezas.

El coro de las Danaides

Y así es como se evita cómodamente la pobreza.

El rey Pelasgo

¿Y cómo podría yo auxiliaros benévolamente?

El coro de las Danaides

No nos entregues á los hijos de Egipto que han de requerirnos.

El rey Pelasgo

Peligrosa resolución demandas, y de ella espero una guerra.

El coro de las Danaides

La Justicia protegerá á sus aliados.

El rey Pelasgo

Si en el comienzo hizo suya su causa.

El coro de las Danaides

Respeta la popa de tu ciudad, ornada de ramos.

El rey Pelasgo

¡Me espanta verlas dar sombra á esas aras!

El coro de las Danaides

Terrible es la cólera de Zeus, protector de suplicantes.

Estrofa I

Hijo de Palecton, escúchame benévolamente, ¡oh rey de los pelasgos! Mírame suplicante, desterrada, errabunda, como

novilla manchada de blanco en alta roca: muge sin socorro y cuenta su peligro al boyero.

EL REY PELASGO

En torno á las aras de los Dioses que presiden los Juegos veo esa muchedumbre de doncellas suplicantes, á la sombra de las ramas recién cortadas. Que esas extranjeras no vengan á ser causa de ruina para nosotros y que no salga de aquí una guerra inesperada. Ciertamente, nuestra ciudad no la necesita.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Antistrofa I

¡Temis, Diosa de los suplicantes, hija de Zeus dispensador de bienes, mire mi fuga inocente! Y tú, anciano, aprende esto de quien es más joven que tú: Si respetas á un suplicante, de nada carecerás, porque es voluntad de los Dioses aceptar las sagradas ofrendas de un hombre pío.

EL REY PELASGO

No os habéis sentado como suplicantes en el lugar de mis moradas. Si falta de hospitalidad existe, la ciudad entera es responsable de ello, y todo el pueblo ha de sentir la inquietud, para evitar la expiación. Por mi parte, ninguna promesa os haré, pero deliberaré acerca de ello con todos los ciudadanos.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Estrofa II

Tú eres la ciudad, tú eres el pueblo, tú eres el Pritano soberano que manda en el ara y en el hogar. Solo eres en tu voluntad, solo estás sentado en el trono en que todo lo riges. Teme tú solo el mal entero.

EL REY PELASGO

¡Caiga sobre mis enemigos! No puedo sin peligro daros ayuda, y es inhumano despreciar vuestros ruegos. Mi espíritu está lleno de dudas y temores, y no sé lo que hay que hacer ó no hacer.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Antistrofa II

Al que desde lo alto vela por nosotras, mírale, al guarda-

dor de los infelices refugiados como suplicantes junto á sus pórticos que les rehusan la justicia que se les debe. La cólera de Zeus, protector de los suplicantes, sigue á los lamentos vanos de los infelices.

EL REY PELASGO

Pero ¿quién ha de contradecir á los hijos de Egipto cuando afirme que, según la ley de esta ciudad, por ser de la misma sangre, sometidas estáis á ellos? Necesario es, por tanto, que les opongáis vuestras propias leyes, si queréis probar que ningún derecho tienen sobre vosotras.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Estrofa III

¡Jamás me vea sometida á tales hombres! ¡Antes huir, á la luz de los astros, cruzando los mares, de esas nupcias odiosas! Mas tú harás compañera tuya á la Justicia, y juzgarás como quiere la majestad de los Dioses.

EL REY PELASGO

No es fácil de juzgar esta causa. No me hagas juez. Ya te lo dije; aun cuando pudiese, nada decidiría sin el pueblo, para que un día, si alguna desgracia ocurriere, no pueda decirme: «Por honrar á extranjeras perdiste á tu ciudad.»

EL CORO DE LAS DANAIDES

Antistrofa III

Zeus pesa mi causa y decide según equidad entre mis allegados y yo. Dispensa el castigo á los malos y la justicia á los buenos. Puesto que aún está todo pendiente, ¿por qué no haces tú lo que es justo?

EL REY PELASGO

Como el buzo cuya mirada lúcida no ha de enturbiar el vino, he de sumirme en profunda reflexión para que todo se concilie felizmente, sin riesgo de la ciudad ni mío, y sin atraer guerra y venganza; no debo entregaros á vosotras que estáis sentadas en los altares de los Dioses, ni debo ofender al Dios vengador, terrible para todos, que ni en el Hades mismo abandona á los muertos. ¿No han de inquietarme, según opinión vuestra, tales cuidados salvadores?

EL CORO DE LAS DANAIDES

Estrofa I

Ten esos cuidados y sé para nosotras, como es justo, protector bueno y misericordioso. No me pierdas, fugitiva, arrojada de la tierra natal por violencia impía.

Antistrofa I

No consientas que me arranquen, ante tus ojos, de las aras de tantos Dioses como á una presa. Tú, que estás revestido de todo el poder de esta tierra, medita en la insolencia de aquellos hombres y guárdame de su cólera.

Estrofa II

No consientas que, suplicante, arrebatada sea de las imágenes de los Dioses contra todo derecho y justicia, como yegua arrastrada con violencia, cogiéndome de mis tiras de variados colores y de mis vestiduras.

Antistrofa II

Sabe que, según lo decidas, otro tanto ha de ocurrir á tus hijos y á tu vivienda. Medita en tu espíritu qué tal es la ley justa de Zeus.

EL REY PELASGO

Así lo creo yo también. Todo se compendia en esto. Con los Dioses ó con los perseguidores de estas mujeres, la guerra es terrible y de todo punto necesaria. Todos los clavos hincáronse en la nave, y ésta se desliza por los rodillos. No hay para esto fin sin tormento. Riquezas arrebatadas, asoladas viviendas, las calamidades mayores seguidas van de mayor abundancia si Zeus, dispensador de bienes, lo quiere así. Si la lengua habló de manera inoportuna, palabras pueden tornar benignos á los que fueron por palabras dolorosamente ofendidos. Para que la sangre de mis allegados no se vierta, he de ofrecer á todos los Dioses múltiples sacrificios y numerosas víctimas, remedio á toda calamidad. Ciertamente, quisiera verme libre de semejante guerra. Prefiero desconocer los males á pasarlos. ¡Tenga esto, contra mi esperanza, término dichoso!

EL CORO DE LAS DANAIDES

Oye mis últimas palabras.

EL REY PELASGO

Te escucho, habla, nada se me escapará.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Cinturones tengo que sujetan mis vestiduras.

EL REY PELASGO

Ciertamente. Así cumple á mujeres.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Sabe, pues, que hay en ello excelente ayuda para nosotras.

EL REY PELASGO

Explícate. ¿Qué quieren decir esas palabras?

EL CORO DE LAS DANAIDES

Si nada cierto nos prometes...

EL REY PELASGO

¿En qué te pueden ayudar esos cinturones?

EL CORO DE LAS DANAIDES

Han de servir para dar ornatos nuevos á estas imágenes.

EL REY PELASGO

Hablas con enigmas. Dime cómo ha de ser.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Nos ahorcaremos en seguida de estos Dioses.

EL REY PELASGO

He oído tus palabras. Me llenan la mente de horror.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Las entendiste. Me expliqué con la mayor claridad.

EL REY PELASGO

Inextricables son, por mil razones, tantas dificultades. La abundancia de males me aplasta como un torrente. Sumergido estoy en un mar furioso de calamidades inmensas, y no tienen puerto mis desgracias. Cierto, vosotros lo dijisteis, si no os doy ayuda cometo un crimen inexplicable; pero si delante de nuestros muros presento batalla á los hijos de Egipto, tus allegados, ¿no es lamentable desdicha que por mujeres ensangrienten los hombres la tierra? Hay que temer, sin embargo, la cólera de Zeus que á los suplicantes protege, porque es el espanto supremo de los mortales. Así, pues, tú, anciano, padre de estas vírgenes, coge presto esas ramas en tus brazos y llévalas á los altares de los demás Dioses nuestros, para que todos los ciudadanos vean esos signos de vuestra llegada y no se rechace mi ruego en favor de vosotros, ya que el pueblo siempre se complace en vituperar á sus jefes. De tal modo, fácilmente se conmoverá al ver esas ramas, y sentirá odio contra la insolencia de vuestros enemigos, y será más benévolo para con vosotros, porque de ordinario mueven á interés los más débiles.

DÁNAO

Digno es de innumerables acciones de gracias el haber encontrado tan venerable protector; mas dame servidores y guías de esta tierra, para que sepamos hallar las moradas y altares de los Dioses que protegen á la ciudad y que vayamos seguros, porque es de extraños nuestro aspecto y el Nilo no cría una raza semejante á la de Inaco. Es de temer que la confianza atraiga el riesgo; ocurre que por ignorancia se da muerte á un amigo.

EL REY PELASGO

¡Id con él, hombres! Bien habló el extranjero. Conducidle á los altares de la ciudad y á las moradas de los Dioses. Decid brevemente á quien hallareis que guiáis á un marino, suplicante de los Dioses.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Tus palabras y tus órdenes bastan para nuestro padre; pero ¿mi parte cuál ha de ser? ¿En dónde hallaré mi seguridad?

EL REY PELASGO

Deja aquí esas ramas, indicios de tu desdicha.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Las dejo, confiada en tus palabras y en tu poder.

EL REY PELASGO

Retírate á este vasto bosque.

EL CORO DE LAS DANAIDES

¿Cómo ha de protegerme ese bosque profano?

EL REY PELASGO

No te hemos de entregar á las aves de rapiña.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Pero ¿y si fuese á hombres, más de temer que dragones terribles?

EL REY PELASGO

Contesta con augurio mejor á palabras de buen augurio.

EL CORO DE LAS DANAIDES

No te asombre que, llenas de terror, nos falte paciencia.

EL REY PELASGO

La desconfianza para con los Reyes no tiene límite.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Devuélveme la alegría con palabras y actos.

EL REY PELASGO

No ha de dejaros solas por mucho tiempo vuestro padre. Por lo que á mí toca, después de convocar al pueblo que mora en este país, intentaré persuadir á los ciudadanos para que os sean benévolos y enseñaré á vuestro padre lo que hay que decir. Quedaos aquí entretanto, y rogad á los Dioses del país que vuestros deseos se cumplan. Yo voy á disponerlo todo. ¡Lógreseme el intento, la persuasión y la fortuna!

EL CORO DE LAS DANAIDES

Estrofa I

¡Rey de los Reyes, el más feliz de los Bienaventurados,

Fuerza potentísima de los Poderosos, riquísimo Zeus, escucha, acoge mis plegarias! Desvía la insolencia de esos hombres que justamente odias, abisma en el mar purpúreo su nave de negros remeros.

Antistrofa I

Mira benévolo á esta raza antigua de doncellas, originaria de una mujer que amaste. Acuérdate de Io, á quien tocó tu mano, y por la cual nos gloriamos de pertenecer á esta tierra en que estamos.

Estrofa II

Caminamos por los lugares antiguos, por los pastizales floridos de nuestra madre, por la pingüe pradera en que Io, por el tábano hostigada, emprendió la huída, vagabunda y furiosa, á través de innúmeras razas mortales. Por dos veces, de la ribera á la ribera opuesta, cruzó el estrecho que lleva su nombre.

Antistrofa II

Desde Frigia, rica en rebaños, por tierras de Asia, recorrió Tentras, ciudad de los Misios, y los valles Lidios, y los Cilicios montes, y las comarcas Panfilias, y los ríos de inacabable curso, y la tierra de la riqueza, y la tierra fecunda en frutos de Afrodita.

Estrofa III

Hostigada por el aguijón del Boyero alado, llegó al bosque floreciente de Zeus, al pastizal fecundado por las nieves derretidas y recorrido por la fuerza de Tifón, á las aguas del Nilo, vírgenes de enfermedad; pero estaba siempre enfurecida, presa de los dolores ardientes de la implacable Hera.

Antistrofa III

Y los vivos que moraban en esta tierra sintieron la mente sobrecogida por el terror pálido al ver á tan extraño animal, partícipe de la raza del hombre y del bruto, mitad mujer y mitad vaca, y se quedaban atónitos ante tal prodigio. ¿Y quién fué entonces el que apaciguó á Io vagabunda y miserablemente hostigada por el tábano?

Estrofa IV

Zeus, el eterno Rey. La violencia del tormento cesó por el poder y el hálito divinos, y se aquietó la amargura lamenta-

ble de las lágrimas, y recibiendo ciertísimamente la carga de Zeus, concibió ella un hijo ilustre.

Antistrofa IV

Que había de ser felicísimo durante una larga vida. Y toda la tierra gritó: ¡En verdad, este hijo es de Zeus! ¿Quién hubiera, si no, reprimido las mañas furiosas de Hera? Obra es ésta de Zeus; y quien dijere que somos la raza nacida de Epafo ha de decir verdad.

Estrofa V

¿A cuál otro de los Dioses invocaré más justamente? ¡Es el Padre, fuente de toda generación, señor por su propio poder, celador de las cosas antiguas, Zeus benevolentísimo!

Antistrofa V

No hay poder más alto que el suyo, nadie se sienta por cima de él, á nadie respeta. Lo que dice se cumple en seguida; lo que piensa realízase sin tardanza.

DÁNAO

¡Tened ánimo, hijas! Los ciudadanos se nos muestran propicios. El pueblo ha decidido y decretado.

EL CORO DE LAS DANAIDES

¡Salve, anciano, mensajero sobre todos querido! Mas dinos qué decreto se ha dado y hacia qué parte ha levantado más manos el pueblo.

DÁNAO

Han acordado los argivos no dividirse, y ello ha rejuvenecido mi viejo corazón, pues el Eter se ha erizado con las manos erguidas de todo el pueblo, el cual, unánime, ha decretado que podríamos vivir libres en esta tierra, protegidos contra los ultrajes de los mortales todos, y que ni ciudadanos ni extranjeros podrían hacernos caer en servidumbre, como á su presa. Si, por añadidura, algún ciudadano dejase de darnos auxilio contra la violencia, se vería, por sentencia del pueblo, privado del derecho de ciudadanía y condenado á destierro. Tal es la resolución que el rey de los pelasgos ha hecho que se tome

en favor nuestro, anunciando la ira extrema de Zeus, protector de los suplicantes, y que la ciudad no había de mantenerse por mucho tiempo en pie, mancillada dos veces por el abandono de su derecho y por el ultraje á la hospitalidad, manantial inagotable de calamidades. Y el pueblo argivo, después de oirle, y sin esperar la voz del heraldo, decretó, á manos levantadas, que había de ser así. El pueblo de los pelasgos ha oído favorablemente tales palabras, dichas para persuadir, y Zeus ha acogido nuestros deseos.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Hagamos por los argivos felices augurios, como premio de su benevolencia. ¡Reciba Zeus hospitalario estas palabras sinceras de boca de sus huéspedes! Logradas se vean así nuestras preces, sin impedimento, hasta el fin.

Estrofa I

Y ahora, Dioses nacidos de Zeus, oid las preces que derramamos por esa raza: ¡Jamás, entre clamores tumultuosos, la ciudad pelasga sea devorada por el fuego! ¡Siegue Ares feroz á los mortales en otras campiñas! ¡Porque ellos se han apiadado de nuestra miseria, salvándonos por su benévola decisión, porque han respetado á este lamentable rebaño, á las suplicantes de Zeus!

Antistrofa I

No han juzgado en favor de los hombres, menospreciando el derecho de las mujeres; que han mirado al divino Vengador, al Centinela que nadie puede engañar, á Aquel á quien morada ninguna vió en pie sobre su techo sin derrumbarse, porque su carga es pesada. Respetaron á sus allegadas, suplicantes del ilustre Zeus; por lo cual, en los altares puros, apaciguarán á los Dioses.

Estrofa II

Á la sombra de estas ramas suplicantes, mi anhelo volará impetrando su recompensa. ¡Nunca el contagio despueble á la ciudad de sus ciudadanos, nunca la sedición ensangriente la tierra con asesinatos domésticos, no vea cogida la flor de su juventud, y no corte esa flor el amante de Afrodita, el azote de los mortales, Ares!

Antistrofa II

¡Ardan los altares, cercados de sacrificadores venerables,

para que la República prospere! ¡Honren á Zeus el grande, al grandísimo Dios hospitalario, que, por la ley antigua, estableció los Destinos! Roguemos por que siempre, aquí, se multipliquen las generaciones y por que Artemis Hécate proteja el parto de las mujeres.

Estrofa III

¡Nunca se precipite aquí la matanza, derribando guerreros, saqueando la ciudad, enemiga de los Coros y de la Cítara, y no desencadene armado de todas armas al lamentable Ares en medio de los clamores públicos! ¡Caiga lejos del vigor de los guerreros el enjambre horrible de las enfermedades, y sea siempre el Licio Apolo favorable á toda esta juventud!

Antistrofa III

¡Entreabra Zeus en toda estación la tierra en abundosa fecundidad! ¡Crien por doquiera los rebaños qne pastan innumerables hijuelos, y colmado se vea cada cual de bienes por los Dioses! ¡Concierten las Musas, divinas Cantoras, sus voces, y únase armónico el son de la lira al cantar de sus bocas sagradas!

Estrofa IV

¡Observe equitativamente el pueblo que manda en la ciudad, guardador del interés común, los derechos ciudadanos! ¡Muéstrese conciliador con los extranjeros antes de armar á Ares, y háganle justicia, antes de que á ello los constriña!

Antistrofa IV

¡Honren siempre los Argivos á los Dioses de este país con ofrendas de laureles y con hecatombes, á usanza de sus padres! El respetar á los padres es, en verdad, el tercero de los preceptos de Temis venerabilísima!

DÁNAO

Alabo esas preces sagradas, hijas queridas; mas no os espantéis si oís á vuestro padre anunciaros nuevas inesperadas. Desde la altura que os recibiera, diviso una nave. Fácil es de reconocer; no me engaño. He aquí las maniobras y las velas. Vuelta está de este lado la proa, harto obediente al timón que desde la popa la gobierna, porque tal nave nada tiene de amiga para nosotros. Visibles aparecen ya los marinos con sus cuer-

pos negros cubiertos por blancas vestiduras. He aquí que se distingue claramente lo restante de la flota; pero la nave que viene á la cabeza de las demás ha replegado velas y adelanta á fuerza de remos. Calma y prudencia os son precisas, y no os olvidéis de rogar á los Dioses en tanto peligro. Yo pronto volveré con los protectores que nos dan su ayuda.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Quizá un heraldo ó un jefe vengan á reclamarnos y quieran conducirnos á servidumbre.

DÁNAO

No lo harán; no les tengáis miedo alguno.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Empero, si tardan en darnos socorro, vale más que nos confiemos á la protección de estos Dioses.

DÁNAO

Tened buen ánimo. En el tiempo, en el día señalado, el mortal que ha ofendido á los Dioses recibe castigo.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Estrofa I

¡Padre, temo que esas naves que rápidas vuelan arriben dentro de pocos instantes! Me sobrecoge el terror. ¿Tendré aún que volver á la fuga espantada? Padre, me muero de susto.

DÁNAO

Ya que el decreto de los argivos está confirmado por el sufragio suyo, tened firme esperanza; combatirán por vosotras, hijas, seguro estoy de ello.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Antistrofa I

La raza de Egipto es funesta, feroz é insaciable de lucha. Pero á quien lo sabe se lo digo. Por su furor impulsados, se

han dado á la mar en sus naves sólidas y obscuras, con ese negro y numeroso ejército.

DÁNAO

Pero aquí encontrarán brazos múltiples ejercitados en pleno calor del día.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Estrofa II

¡No me dejes aquí sola, te lo ruego, Padre! La mujer sola carece de fuerza: Ares le falta. Estos, ladinos é impuros como cuervos, no respetan la santidad de los altares.

DÁNAO

Esto nos ha de servir, hijas, si los detestan los Dioses tanto como vosotras los aborrecéis.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Antistrofa II

Ni los tridentes, ni estos santuarios divinos por nosotros reverenciados han de parar su mano. Harto feroces son, harto henchidos están de impiedad y violencia. Impudentes como perros, no han de escuchar á los Dioses.

DÁNAO

Pero dicen que son los lobos más fuertes que los perros y que el fruto del papiro no vale tanto como la espiga.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Semejantes á fieras, impíos y feroces, tienen alma enfurecida y es de temer su violencia.

DÁNAO

No es tan pronta la navegación de una armada navál. Hay que hallar fondeadero en que puedan agarrar los cables que sujetan á tierra los navíos. No echan anclas en seguida los pilotos, y menos aún cuando arriban á costa sin puerto. A la hora en que declina Helios hacia la sombra, la noche suele dar in-

quietudes al canto piloto. Así, pues, el ejército no desembarcará sobre seguro sin haber hallado para sus navíos un fondeadero del que puedan fiarse. Tú, entretanto, cuídate, sobrecogida de terror, de no olvidar á los Dioses é implorar su ayuda. No ha de quejarse la ciudad de vuestro mensajero, pues aunque anciano, ni palabra ni prudencia me faltan.

EL CORO DE LAS DANAIDES

Estrofa I

¡Oh tierra montuosa, justamente venerable! ¿por qué tenemos que pasar? ¿Adónde huir en la tierra de Apis, en dónde hallar, sea donde fuere, una caverna? ¡Si pudiese, como humareda obscura, acercarme á las nubes de Zeus y desaparecer! ¡Me aniquilaría como el polvo que vuela sin alas!

Antistrofa I

Ya no me queda valor si no huyo. Mi corazón sombrío, sobrecogido está de espanto. Este refugio, por mi padre elegido, ha de perderme. Perezco de temor. Preferiría correr la suerte fatal, colgada de este lazo, á sentirme cogida con violencia por uno de esos hombres odiosos. ¡Muérame primero y que Hades sea mi señor!

Estrofa II

¿Quién me daría una morada aérea en que las nubes lluviosas se truecan en nieve, una áspera roca abrupta, inaccesible á las cabras, sola, frecuentada por los buitres, desde la cual pudiese arrojarme antes de pasar por esas nupcias detestadas?

Antistrofa II

No me negaré á servir luego de pasto á los perros y á las aves carniceras de este país. La muerte me libertará de mis sufrimientos lamentables: ¡antes llegue para mí la muerte que el lecho nupcial! ¿Qué otro libertador pudiera yo hallar de tales nupcias?

Estrofa III

Elevad vuestras lúgubres voces hacia el Urano, moved cantos de súplica á los Dioses, que me logren su auxilio y me liberten. Mira, Padre, los propósitos de nuestros enemigos, tú, que no gustas de contemplar con tus ojos severos acciones

violentas. ¡Sé propicio á tus suplicantes, Señor de la tierra, poderosísimo Zeus!

Antistrofa III

La raza orgullosa de Egipto, la raza feroz que me persigue y me estrecha en mi fuga, quiere cogerme con violencia. Pero tú, Zeus, tú tienes el azote de la balanza, y nada hacen sin ti los mortales.

¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡He aquí un raptor, venido de las naves, que me persigue en tierra! ¡Antes, oh raptor, muere! ¡Ay! ¡ay! ¡oh Dioses! Nuevamente lanzo gritos lamentables. He aquí el comienzo de las miserias y las violencias por que he de pasar. ¡Ay! ¡ay! Socorre presto á unas doncellas fugitivas. Nuestros enemigos lanzan clamores terribles en las naves y en la ribera. ¡Protégenos, oh Rey!

EL HERALDO

¡Apresuraos! Caminad pronto hacia la nave.

EL CORO DE LAS DANAIDES

¡Pues, ea, arrancadnos los cabellos, golpeadnos, cortadnos la cabeza ensangrentada!

EL HERALDO

¡Presto, infelices! ¡á la nave! ¡y luego á cruzar las olas saladas! Obedece á mis mandatos sin replicar, y al hierro de mi lanza. Te empujaré ensangrentada á la nave, en que has de permanecer, yacente. Cede á la violencia. Nada de resistencia insensata.

EL CORO DE LAS DANAIDES

¡Ay! ¡ay de mí!

EL HERALDO

Encamínate á la nave, deja estas aras; no las honran hombres piadosos.

EL CORO DE LAS DANAIDES

¡Nunca me tornen á ver las ondas nutricias del Nilo, que rejuvenecen la sangre de los mortales! En esta tierra sagrada, anciano, vástago soy de antiquísima raza.

El Heraldo

¡A la nave! ¡á la nave! Camina pronto, quiéraslo ó no. Arrastradas por fuerza, ¡vamos! ¡Caminad hacia la nave antes de que mis puños os golpeen, infelices!

El coro de las Danaides

Estrofa I

¡Ay! ¡ay de mí! ¿Por qué no pereciste miserablemente en el abismo del mar, lanzado, en medio de vastas tormentas, contra el cabo Sarpedón?

El Heraldo

¡Grita, laméntate, invoca á los Dioses! No esquivarás la nave egipcia. ¡Laméntate, lanza gemidos más amargos que todos los dolores, llámate Lamentación!

El coro de las Danaides

Antistrofa I

¡Ay! ¡ay de mí! ¡El ultraje ladra en la ribera! ¡Tú que me hablas, agua amarga vomitas! ¡Tráguete el gran Nilo, orgulloso, á ti con tu arrogancia!

El Heraldo

Os mando que os dirijáis á la nave, apoyada de proa en la orilla. ¡Ea, presto y sin tardanza! ¡Si no, he de arrastraros con violencia por los cabellos!

El coro de las Danaides

Estrofa II

¡Ay! ¡ay de mí! ¡Padre! El socorro divino no me salvó de la desdicha. ¡He aquí el sueño negro, como araña que me envuelve! ¡oh Dioses, Dioses! ¡Tierra, madre mía! ¡Tierra, madre mía! Desvía esos clamores terribles. ¡Oh Rey, hijo de Gea, oh Zeus!

El Heraldo

No temo á los Dioses de esta tierra. No criaron mi infancia ni han de guiarme á la vejez.

El coro de las Danaides

Antistrofa II

¡He aquí, llena de rabia, junto á mí, esta sierpe de dos pies, que quiere morderme como víbora! ¡Oh Dioses, Dioses! ¡Tierra, madre mía! ¡Tierra, madre mía, desvía esos clamores terribles! ¡Oh Rey, hijo de Gea, oh Zeus!

El Heraldo

Aquella que, desobediente á mis palabras, no se encamine á la nave, ha de ver sin tardanza sus vestiduras en jirones.

El coro de las Danaides

Estrofa III

¡Ay! ¡oh jefes y príncipes de la Ciudad! ¡Sucumbo!

El Heraldo

Pronto veréis á otros príncipes, á los hijos de Egipto. Creedme, no han de faltaros dueños.

El coro de las Danaides

Antistrofa III

¡Perecemos, oh Rey, sucumbimos!

El Heraldo

Vais á ser arrastradas desde aquí por los cabellos, ya que no obedecéis á mis palabras.

El rey Pelasgo

Y tú, ¿qué quieres? ¿Por qué ultrajas con tu insolencia el suelo de los hombres pelasgos? ¿Piensas que estás en una ciudad de mujeres? ¡No eres sino un bárbaro, y osas mofarte de los helenos! Para olvidar tal cosa, ciertamente has de tener perturbado el espíritu.

El Heraldo

Pues ¿qué hice aquí contra justicia?

EL REY PELASGO

Extranjero eres, y no sabes lo que se debe á mis huéspedes.

EL HERALDO

¿Cómo no he de saberlo? Vengo aquí á recuperar lo que se me ha perdido.

EL REY PELASGO

¿A qué protectores de este país hablaste?

EL HERALDO

A Hermes, al sumo protector é investigador.

EL REY PELASGO

¡Te encomiendas á los Dioses y los ultrajas!

EL HERALDO

No respeto mas que á los Demonios del Nilo.

EL REY PELASGO

Parece, al oirte, que nada te importan los Dioses de esta tierra.

EL HERALDO

He de llevarme á éstas, como no me las arrebaten.

EL REY PELASGO

Gemirás, si las tocas, y presto.

EL HERALDO

No son palabras de hospitalidad las que escucho.

EL REY PELASGO

No son huéspedes míos los que ultrajan á los Dioses.

EL HERALDO

¡Ven! Ya se lo dirás á los hijos de Egipto.

EL REY PELASGO

Poco me inquieta semejante cosa.

EL HERALDO

Mas, para que pueda hablarles con claridad, pues conviene que un heraldo sea mensajero fiel, ¿qué he de decirles? ¿Cómo he de anunciarles que vuelvo sin estas doncellas, allegadas suyas? Ares no juzgará en este asunto por mediación de testigos, dinero y confesión. Antes del fin, muchos guerreros han de caer, y ha de haber muchos muertos.

EL REY PELASGO

No necesitas saber mi nombre. Harto lo conoceréis con el tiempo tus compañeros y tú. Si estas doncellas quieren, te las llevarás de buen grado, después de haberlas persuadido con palabras respetuosas. En efecto, la Ciudad ha decidido, por unánime sufragio del pueblo, que estas doncellas no han de ser arrebatadas con violencia ni entregadas contra su voluntad. Un clavo sólido ha fijado tal sentencia, para que persista inquebrantable. No se ha inscrito en tablas de bronce, ni encerrado en un libro, pero bien alto la oyes de boca de un hombre libre. ¡Vete, pues! Quítate pronto de mi vista.

EL HERALDO

Entonces, ya sabrás lo que es la guerra. La fuerza y la victoria estarán de parte de los hombres.

EL REY PELASGO

Hombres encontraréis entre los habitantes de este país, y no hombres que beben vino de cebada. Y vosotras, en unión de vuestras caras compañeras, entrad con firme corazón en la ciudad bien fortificada que ciñen torres de profundos cimientos. Hay en ella múltiples moradas públicas, y yo mismo edifiqué ampliamente la mía. Grato es habitar felices viviendas con gran número de compañeros; pero, si más os place, se os permitirá vivir en casas particulares. Elegid lo que más agradable os sea. Yo seré vuestro protector, con todos los ciudadanos que tomaron esta resolución. ¿Por qué habíais de buscar apoyos más dignos de confianza?

EL CORO DE LAS DANAIDES

¡Colmado te veas de prosperidades por tantos beneficios,

divino rey de los pelasgos! Pero, en tu bondad, envíanos aquí á nuestro padre valeroso, á Dánao, nuestro previsor consejero. Su prudencia será la mejor para decidir qué moradas y lugares hemos de escoger. Todos están prontos á vituperar al extranjero. Que todo suceda lo mejor posible.

El rey Pelasgo

Recibidas seréis con palabras de benevolencia y de alegría por los ciudadanos de esta tierra. Y vosotras, sirvientes queridas, seguíd cada cual, paso á paso, á la hija de Dánao que él os designe.

Dánao

¡Oh hijas! Necesario es que ofrezcáis votos y sacrificios y vertáis libaciones á los argivos como á Olímpicos Dioses, ya que sin vacilar nos salvaron. Con grande favor han escuchado lo que hice en contra de nuestros parientes crueles, y me han dado estos compañeros y estas guardias para honrarme y para que dardo mortal no viniese á herirme por sorpresa, dejando eterna mancilla en este suelo. Después de esto conviene que les deis gracias y les honréis más que á mí mismo. Conservad estas palabras en vuestra memoria, con todos los demás sabios consejos de vuestro padre: sólo el tiempo hace ver cuánto valen los desconocidos. Lengua mordaz tienen todos para el extranjero, y tales palabras excitan sin dificultad á los malévolos. Adviértoos, pues, para que no me cubráis de vergüenza, ya que poseéis la juventud que encanta á los hombres. Hermosa madurez es difícil de guardar; fieras y hombres, cuanto vuela y se arrastra, todo la rodea de lazos. La belleza del fruto en sazón es causa de que se le coja, y no excita deseos vanos. Así, todo el que pasa dispara con sus ojos el dardo del deseo sobre la hermosura y el encanto de las doncellas. No nos atraigamos las desgracias que hemos evitado en nuestra navegación por el vasto mar. Vergüenza sería para nosotros y gozo para nuestros enemigos. Dos viviendas se nos ofrecen: la de Pelasgo y la de la Ciudad, y ambas exentas de pago, circunstancia ventajosa. Observad, pues, los consejos de vuestro padre, ya que poseéis la honestidad, que es un bien más caro que la vida.

El coro de las Danaides

¡Lo demás, de los Dioses Olímpicos! Mas tranquilízate, Padre, por lo que toca á mi juventud. Sin nuevo parecer de los Dioses, no he de abandonar el camino que ya recorrí.

Estrofa I

¡Ea, celebren vuestros cantos á los Dioses felices protectores de Argos, oh vosotros los que pobláis la ciudad y las riberas del antiguo río Erasino! ¡vosotros los que camináis á par nuestro, cantad! Celebremos á la ciudad de los pelasgos y no pensemos ya en dar honor con nuestras alabanzas á la corriente del Nilo.

Antistrofa I

Cantemos antes á los ríos que derraman en esta tierra el caudal de sus aguas y regocijan al suelo con ayuda de sus fértiles limos. Mire la casta Artemis nuestro escuadrón desdichado, y que las nupcias de Citera, si vienen para nosotras, no se nos inflijan, porque sería odioso.

Estrofa II

No menospreciamos á la benévola Cipris, porque, con Hera, goza del más alto favor junto á Zeus. Honrámosla, á la Diosa sutil, manantial de bienes venerables. El Deseo y la suave Persuasión, á quien nada resiste, son los compañeros de su madre querida; pero á Harmonia dió la Moira el lenguaje embelesador de Afrodita y las pláticas amorosas.

Antistrofa II

Temo á los vientos que empujan á las desterradas, á los dolores crueles y á las guerras cruentas. ¿Por qué han hecho nuestros raudos perseguidores tan rápida navegación? ¡Ocurra, pues, lo que dispuso el Destino! Infinito es, inevitable, el pensamiento de Zeus. ¡Logremos al cabo nupcias semejantes á las de tantas otras mujeres anteriores á nosotras!

PRIMER SEMI-CORO

¡Gran Zeus, desvía de nosotros el himeneo de los hijos de Egipto!

SEGUNDO SEMI-CORO

Tal fuera lo mejor; pero ruegas á un Dios inexorable.

PRIMER SEMI-CORO

¿No desconoces las cosas futuras?

SEGUNDO SEMI-CORO

¿A qué tratáramos de penetrar en la mente infinita de Zeus? Formulemos aspiraciones menos grandes.

PRIMER SEMI-CORO

¿Por qué me das ese consejo?

SEGUNDO SEMI-CORO

Teme penetrar en las cosas divinas.

PRIMER SEMI-CORO

¡Desvíe de mí el rey Zeus las nupcias odiosas del hombre á quien huyo, El que libertó de su mal á Io, acariciándola felizmente con la mano, y con suave violencia creó así nuestra raza!

SEGUNDO SEMI-CORO

¡Conceda la victoria á las mujeres! ¡Llévese cada cual su parte en el bien y el mal, y obtenga la Justicia, por mis preces, recompensa legítima de la voluntad tutelar de los Dioses!

FIN DE «LAS SUPLICANTES»





III

LOS SIETE CONTRA TEBAS

Etéocles.
El Explorador.
El Mensajero.
El Heraldo.
Ismene.
Antígona.
El coro de las Vírgenes.

Etéocles

Hombres de Cadmo, según el tiempo ha de hablar quien vela por la cosa pública, en la popa de la Ciudad, empuñado el timón y defendiendo sus párpados contra el sueño. En verdad, si obramos bien, á un Dios lo debemos; pero si ocurre una desgracia—¡tal no suceda!—, Etéocles solo ha de ser presa de los mil clamores de la Ciudad y de las acusaciones tenebrosas de los ciudadanos. ¡Que Zeus Preservador, digno de este nombre, acorra á la ciudad de los cadmeos! Ahora es necesario que cada cual de vosotros, el que aún esté en la flor de la juventud y el maduro por los años, haga ver el crecimiento de sus fuerzas y haga cuanto alcance

por defender, como es justo, la Ciudad y los altares de nuestros Dioses, para que no se vean éstos privados de honores, y á nuestros hijos, y esta tierra maternal, nuestra muy amada nutriz. Ella es, en efecto, la que ha sostenido el peso de vuestra niñez, en tanto que, pequeñuelos, ibais arrastrándoos por su seno, y quien os ha criado para que seáis abnegados guerreros y la defendáis en este peligro. Un Dios nos ha favorecido hasta hoy, y desde que nos vemos sitiados, buena ha sido para vosotros la guerra, por merced de los Dioses. Mas he aquí que ha hallado el adivino, el pastor de aves, que oye, con los oídos y con la mente, sin ayuda del fuego y por arte infalible, á las aves fatídicas. Dice el dispensador de augurios que un grande asalto preparan los argivos contra la Ciudad en las tinieblas de la noche. Corred, pues, todos á las almenas y á las puertas de la muralla. Armados con corazas, erguidos en lo más alto de las torres, en el umbral de las puertas, alzaos firmes y no temáis á la muchedumbre de los sitiadores. Un Dios ha de darnos ventaja. Envié hacia el enemigo espías y exploradores. Seguro estoy de que no errarán el camino, y en cuanto los oiga estaré á cubierto de sospechas.

El Explorador

Etéocles, rey excelentísimo de los cadmeos, heme aquí con nuevas ciertas del ejército enemigo. He presenciado sus preparativos todos. Siete guerreros, jefes violentos, al recoger en un negro escudo la sangre de un buey degollado, tintas las manos en sangre, han jurado por Ares, Enio y Fobo sediento de sangre, que devastarán la Ciudad y derribarán por fuerza la ciudadela de los cadmeos, ó han de morir regando con su sangre esta tierra. Luego, con sus manos, han suspendido del carro de Adrasto los recuerdos que han de enviarse á sus deudos en sus moradas; y lágrimas han vertido, pero sin compasión alguna, en su boca. Su alma de hierro, ardiente y furibunda, ardía con la rabia de los leones que se arrojan unos sobre otros. Sin tardanza supiste ya lo que han hecho. Los dejé echando á suertes las puertas á que cada cual había de conducir su hueste. Así, pues, elige los mejores guerreros de la Ciudad, y ponlos como jefes en los umbrales de sus puertas, y pronto. Ya el ejército de los argivos se acerca y avanza entre el polvo, y la blanca espuma que en copos dejan caer las narices de los corceles mancha la llanura. Pero tú, como hábil piloto de nave, fortifica la Ciudad antes que los torbellinos de Ares se precipiten. Ya, en efecto, el mar terrestre de los guerreros clamorea. Haz presto cuanto se haya de hacer en

contra suya. Yo vigilaré fielmente todo el día, para que sepas con claridad cuanto afuera pasa y no te veas sorprendido.

ETÉOCLES

¡Oh Zeus, y tú, Gea, Dioses protectores de la Ciudad! ¡Imprecación, Erinnis omnipotente de mi padre, no abandonéis á mi Ciudad, presa de enemigos, destruída hasta sus cimientos, y dispersa, á mi Ciudad, en que se habla la lengua de Hélade, en que tenéis vuestras moradas familiares! Nunca esta Ciudad, tierra libre de Cadmo, se halle sometida al yugo de la servidumbre. Sed nuestro apoyo. Suplícoos, por intereses que nos son comunes, ya que una ciudad siempre próspera da honor á los Demonios.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Espantada grito, presa de grandes y terribles aflicciones. El ejército se lanza afuera del campamento. La muchedumbre inmensa de los jinetes abunda y se precipita. El polvo aéreo se me ofrece á la vista, mudo y verídico mensajero. El pisar de los cascos, golpeando la llanura, se aproxima y vuela; tal resuena como torrente irresistible que se despeña de los montes.

¡Ay! ¡ay de mí! Dioses y Diosas, desviad el infortunio que se viene encima. El ejército de los blancos escudos, con un clamoreo que atraviesa nuestras murallas, avanza en orden de batalla y se arroja impetuosamente sobre la Ciudad. ¿Quién nos dará protección? ¿Cuál de los Dioses ó las Diosas nos dará ayuda? ¿Ante qué imágenes de los Demonios he de prosternarme? ¡Oh Bienaventurados, que recibís honores en sitiales espléndidos, he aquí el instante supremo en que tenemos que abrazarnos á vuestras imágenes! ¿Por qué tardamos, nosotros que tan profundamente gemimos? ¿Oís? ¿no oís el ruido estridente de los escudos? ¿Cuándo, sino ahora, hemos de suplicar con coronas y velos?

Tal ruido me espanta. No es, ciertamente, el sonar de una lanza sola. Y tú, ¿qué harás? ¿Abandonar á esta tierra, ¡oh Ares! hijo antiguo de este suelo? ¡Oh Dios que resplandeces con casco de oro, mira, mira la Ciudad que tanto amaste en otro tiempo! ¡Dioses, protectores de esta tierra, venid, venid todos! Ved este tropel de vírgenes que os suplican que apartéis de ellas la servidumbre. En efecto, rodeando la Ciudad, una marejada de guerreros con crinados cascos, tormenta furiosa de Ares, resuena.

Y tú, Zeus, Padre universal, rechaza el asalto de nuestros

enemigos, pues los argivos cercan la ciudad de Cadmo, y el terror de las armas y los frenos en la boca de los caballos claman carnicería. Los siete fieros jefes del ejército enemigo, resplandecientes con el brillar de las armas, cada cual en el puesto que le marcó la suerte, se alzan ante las siete puertas.

¡Y tú, hija de Zeus, amiga del combate, sé protectora de la Ciudad, oh Palas! ¡Y tú, rey hípico, señor del mar, que hieres las olas con el tridente, Poseidón, líbranos, líbranos de terrores! ¡Y tú, Ares, ¡ay! ¡ay de mí! protege ostensiblemente la ciudadela de Cadmo!

Y tú, Cipris, abuela de nuestra raza, desvía de nosotros el infortunio, que de tu sangre salimos. Henos delante de ti, invocando, con preces suplicantes, la ayuda de los Dioses.

¡Y tú, Rey de los lobos, matador de lobos, arruina el ejército contrario! ¡Y tú, hija de Latona, tiende bien tu arco, Artemis cara!

¡Ay! ¡ay! ¡escucho el resonar de los carros en derredor de la Ciudad, oh Hera poderosa! ¡Los cubos chirrían lúgubres en torno á los ejes, Artemis cara!

¡Ay! ¡ay! Erizado está el éter de lanzas furiosas. ¿A qué destino ha de doblegarse nuestra Ciudad? ¿Qué va á suceder? ¿Qué decidieron los Dioses? ¡Ay! ¡ay!

¡Lluvia de piedras se lanza contra las altas almenas, oh Apolo caro! ¡Chocar de escudos cubiertos de bronce resuena en las puertas, y la sagrada señal del combate ha salido de Zeus!

¡Y tú, bienaventurada reina Onca, protege, fuera de murallas, á la Ciudad de las siete puertas!

Estrofa

¡Oh vosotros, Dioses omnipotentes, Dioses y Diosas, sumos guardadores de este suelo, no entreguéis la Ciudad á ese ejército extranjero, para que sea devastada por la guerra! ¡Oid las justas preces de las vírgenes suplicantes!

Antistrofa

¡Oh Demonios caros, protectores de la Ciudad, mostrad cuánto la amáis, que veláis por los altares públicos y los defendéis! Acordaos de los numerosos sacrificios Orgíacos que celebraran los ciudadanos.

ETÉOCLES

Y os pregunto, bestias insoportables, por los sabios aborrecidas: prosternarse aullando y gritando ante las imágenes

de los Dioses que protegen á la Ciudad, ¿es lo mejor que se puede hacer por ella y por el pueblo sitiado? ¡Quieran los Dioses que, en desgracia ó prosperidad, jamás habite yo con mujer hembra! Si la fortuna les favorece, su impudencia es intolerable; si las sobrecoge el terror, tanto más se acrecen los males para la Ciudad y la casa. Ahora, con vuestro tumulto y carreras insensatas, he aquí que habéis lanzado entre los ciudadanos la cobarde indecisión y que grandemente ayudáis á las fuerzas del enemigo. Así, entre nosotros nos desgarramos. Tal ocurre cuando se vive con mujeres. Mas si alguien hay que no obedezca mi mandato, hombre, mujer ó lo que entre ambos está, se ha de dar contra él sentencia de muerte, y nadie escapará del suplicio público de lapidación. Cuidar debe el hombre de que la mujer no se inmiscuya en lo que afuera pasa. Ningún peligro trae cuando permanece encerrada en su vivienda. ¿Oíste ó no oíste? ¿Hablé á una sorda?

El coro de las Vírgenes

Estrofa I

Hijo caro de Edipo, espanto sentí al escuchar el estruendo de los carros resonantes, mientras los cubos rechinan al girar y las cadenas de los bocados endurecidos al fuego suenan en la boca de los caballos incesantemente.

Etéocles

¡Cómo! ¿Puede el marino hallar salvación refugiándose de la proa en la popa cuando la nave se ve asaltada por las olas del mar?

El coro de las Vírgenes

Antistrofa I

He acudido á refugiarme junto á las imágenes antiguas de los Dioses, y confiada en ellos, cuando el resonar de tan terrible lluvia invernizа se ha lanzado sobre nuestras puertas. Sobrecogida entonces de terror, he elevado súplicas á los Dioses, para obtener su ayuda en pro de la Ciudad.

Etéocles

¿Les pedís que defiendan nuestras murallas contra la lanza de los enemigos?

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Ciertamente, á los Dioses les incumbe tal cosa.

ETÉOCLES

Mas diz que los Dioses abandonan una ciudad tomada por asalto.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Estrofa II

¡No la abandone jamás, mientras yo viva, el Senado de los Dioses! ¡Nunca vea yo nuestra Ciudad invadida por el enemigo y presa de llamas ardientes!

ETÉOCLES

No nos traigáis ruina con tanto invocar á los Dioses. ¡Mujeres! La obediencia es madre de la salvación. No digo más.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Antistrofa II

Mas el poder de los Dioses está por encima de todo. Es á menudo consuelo en la tribulación y aparta de nuestros ojos las nubes suspensas de las calamidades amargas.

ETÉOCLES

A hombres toca degollar las víctimas y hacer sacrificios á los Dioses cuando el enemigo se acerca. No debéis vosotras sino callar y permanecer encerradas en vuestras viviendas.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Estrofa III

Vivimos en una ciudad nunca vencida aún por merced de los Dioses y nuestras murallas nos protegen contra la muchedumbre de los enemigos. ¿A qué vituperarnos por nuestra piedad?

ETÉOCLES

No os vitupero porque honréis á la raza de los Dioses, mas no impidáis que los ciudadanos corran á las armas. Permaneced tranquilas, y no os espantéis más de lo justo.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Antistrofa III

Cuando oí tan súbito estruendo, sobrecogida de terror hube de refugiarme en esta ciudad, retiro venerable.

ETÉOCLES

Ahora, si oyereis hablar de muertos y heridos, no os deshagáis en lamentaciones sobre ellos, que Ares se alimenta de la matanza de los vivos.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

¡Ay! ¡oigo el relinchar de los caballos!

ETÉOCLES

¡Oidlo, pero cuidad no lo oigáis en demasía!

EL CORO DE LAS VÍRGENES

La ciudadela gime hasta en sus cimientos, rodeada de enemigos.

ETÉOCLES

Eso á mí me incumbe.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Me muero de espanto; se acrece el ruido en las puertas.

ETÉOCLES

¿No callaréis? No digáis nada por la Ciudad.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

¡Oh vosotros, Dioses todos, no entreguéis las murallas nuestras!

ETÉOCLES

¡Miserables! ¿no callaréis?

EL CORO DE LAS VÍRGENES

¡Oh Dioses de la Ciudad, libradnos de caer en servidumbre!

ETÉOCLES

Vosotras nos vais á reducir á servidumbre, á mí y á toda la Ciudad.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

¡Oh Zeus omnipotente, lanza tu dardo contra nuestros enemigos!

ETÉOCLES

¡Oh Zeus, por qué criaste tal raza de mujeres!

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Tan miserables como los hombres seremos si toman la Ciudad.

ETÉOCLES

¡Más gritos de mal augurio al abrazar las imágenes de los Dioses!

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Espanto y terror extravían mi lengua.

ETÉOCLES

Bien poco es lo que te ruego que me concedas.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Dilo presto, para que lo grabe en seguida en mi mente.

ETÉOCLES

Cállate, desdichada, y no atemorices á los nuestros.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Callo, y sufriré la suerte común.

ETÉOCLES

Prefiero tus últimas palabras á las primeras. Por eso me aparto de estas imágenes, y con preces mejores, á los Dioses suplico que sean nuestros compañeros en el combate. Luego, cuando hayas oído mis votos, entona el canto sagrado, el venturoso Peán, que se eleva en medio de las sacras solemnidades de los helenos, da confianza á los amigos y disipa el temor

que el enemigo inspira: «A los Dioses de la Ciudad y de la Tierra, á los Dioses de los campos y del Agora, á las fuentes de Dirce, al Ismeno, juro, si la victoria es nuestra y la Ciudad salva, degollar ovejas en los altares de los Dioses, sacrificarles toros, y consagrar como trofeos, en sus moradas divinas, las armaduras y despojos tomados al enemigo.» Tales son los votos que hay que ofrecer á los Dioses, sin gemidos, sin lamentos vanos y salvajes. No con ello escaparéis mejor, en efecto, del destino fatal. Y ahora voy á colocar en las siete salidas de las murallas á seis guerreros, y yo el séptimo, que sean los mejores adversarios de los enemigos, antes de que las rápidas nuevas, los rumores que vuelan y se multiplican, lo abrasen todo en esta necesidad.

El coro de las Vírgenes

Estrofa I

Así lo haré; pero los temores no se han calmado en mi corazón, y las inquietudes lo oprimen con espanto, á causa del enemigo que rodea nuestras murallas, tal como la paloma que alimenta á sus hijuelos teme por ellos á las sierpes que se deslizan en el nido. Y he aquí que se aproximan á las torres, en muchedumbre y por masas espesas. ¿Qué será de mí? Por todas partes lanzan contra los ciudadanos las rudas piedras que han cogido. ¡Por todos los medios, ¡oh Dioses! prole de Zeus, defended la Ciudad y el pueblo de Cadmo!

Antistrofa I

¿Qué mejor tierra iréis á buscar, luego que hayáis abandonado al enemigo este país fértil y el manantial de Dirce, la más saludable de todas las aguas que envían Poseidón el que cerca la tierra y los hijos de Tetis? Por eso, Dioses protectores de la Ciudad, enviad á los que están fuera de nuestras murallas el espanto que turba á los guerreros y hace que arrojen las armas, dad la victoria á los nuestros, y protectores de la Ciudad, siempre presentes en vuestras moradas, conmoveos á las preces que os dirigimos alzando la voz.

Estrofa II

Lamentable fuera que la Ciudad Ogigia fuese sumergida en el Hades, presa de la lanza, reducida á servidumbre, man-

cillada por la ceniza, devastada vergonzosamente por el hombre acaieno y la voluntad de los Dioses, y que las mujeres, ¡ay! mozas y viejas, desgarradas las vestiduras, fuesen arrastradas por los cabellos como yeguas! Y la Ciudad entera resonaría con los mil clamores de las cautivas moribundas! Temo tan terrible destino.

Antistrofa II

Lamentable fuera que las vírgenes, antes de la solemnidad de las nupcias, viéranse arrastradas lejos de la casa. En efecto, la muerte sería destino más venturoso; que una ciudad saqueada padece males sin cuento. Violentan, matan, prenden el incendio; el humo infesta la ciudad; Ares, domador de pueblos, furibundo, sofoca la compasión.

Estrofa III

La Ciudad resuena en confuso clamoreo; la muchedumbre enemiga la envuelve en un muro erizado. El hombre mata al hombre con su lanza. Vagidos de criaturas de pecho, ensangrentadas, resuenan. He aquí la rapiña, compañera del tumulto. El que va al saqueo choca contra el que viene del saqueo; los que nada tienen aún, se llaman unos á otros; nadie quiere la parte menor, pero todos la porción más grande de la presa. ¿Quién podría contarlo todo?

Antistrofa III

Toda suerte de frutos derramados por la tierra penetran de dolor al que tropieza en ellos. ¡Espectáculo amargo para las amas de casa! Las aguas cenagosas arrastran los innumerables presentes de la tierra. Las doncellas, bruscamente asaltadas por una desdicha nueva para ellas, serán esclavas miserables de un guerrero feliz, de un enemigo. Y la única esperanza que les queda es la de hundirse en la muerte tenebrosa que da fin á las miserias lamentables.

PRIMER SEMI-CORO

¡Amigas! Ese explorador pienso que nos trae alguna nueva del ejército enemigo. Se acerca con gran presura.

SEGUNDO SEMI-CORO

El mismo rey, el hijo de Edipo se acerca para saber la noticia que el mensajero trae. Como éste, apresura su andar.

El Explorador

Bien enterado, diré claramente lo que el enemigo prepara y quiénes son los que la suerte ha indicado para que ataquen á las puertas. Ya Tideo se estremece de cólera en la puerta Pretida, porque el adivino prohibe que se pase el río Ismeno, pues las señales sagradas no son propicias. Y Tideo, furioso y ávido de lucha, tal como dragón so los ardores del mediodía, lanza gritos y ultraja al prudente adivino Eclides, echándole en cara que rehuye cobarde la muerte y la pelea. Y así gritando, sacude los tupidos airones de su casco; y las campanillas de bronce que penden de su escudo resuenan terroríficas. Ostenta en ese broquel un altivo emblema: el Urano resplandeciente de astros; y en el centro, Selene, brilladora en su plenitud, reina de las estrellas, ojo de la noche, destella. Furibundo y orgulloso de sus armas magníficas, lanza clamores á orillas del río, ávido de lucha, como el potro, jadeante al ser sofrenado, que se excita, deseoso del sonido de la trompeta. ¿Quién le opondrás? ¿Quién va á defender la puerta de Preto, una vez que se rompan las vallas, que tenga fuerza para contenerle?

Etéocles

No me espantan arreos de guerra. Emblemas no causan heridas, campanillas y airones no muerden sin lanza. Esa Noche, al decir tuyo, cincelada en el broquel, resplandeciente con los astros del Urano, es quizá signo fatal á ese hombre. Si la noche cae sobre sus ojos moribundos, presagio verídico y cierto habrá sido ese emblema orgulloso para quien lo ostenta, y él mismo habrá predicho el término de su insolencia. Yo he de oponer á Tideo como defensor de la puerta al valiente hijo de Astaco, vástago de ilustre raza, trono del deber, aborrecedor de impudentes palabras, que desprecia el baldón y no acostumbra ser cobarde. Melanipo, hijo de este suelo, es prole de los guerreros nacidos de los Dientes sembrados, de los que Ares perdonó. Ares decidirá la suerte del combate con sus dados; mas justo es que Melanipo desvíe la lanza enemiga del seno de la madre que le concibiera.

El coro de las Vírgenes

Estrofa I

¡Den los Dioses la victoria á nuestro defensor, al que combate por la Ciudad y por el derecho! Mas temo ver la cruenta degollación de nuestros amigos.

EL EXPLORADOR

¡Ciertamente, concédanle los Dioses victoria feliz! Capaneo ha sido designado por la suerte para la puerta de Electra. Es otro gigante, mayor que el primero, y no es de hombre su insolencia. Lanza contra nuestros muros amenazas horribles. ¡No las cumpla el destino! Dice que ha de derribar á Tebas, consiéntanlo ó no los Dioses. El rayo de Zeus que cayese á la tierra no le detendría. Compara los relámpagos y el fulminar del rayo con los ardores del mediodía. Su emblema es un hombre desnudo, un piróforo, que lleva en la mano una antorcha encendida, y clama en letras de oro: «¡Abrasaré la Ciudad!» Envía contra tal guerrero... Pero ¿quién irá contra él? ¿Quién tendrá intrepidez bastante para afrontar á ese hombre orgulloso?

ETÉOCLES

Frente á tanta insolencia, por nosotros está la ventaja. La lengua es el verdadero revelador de los pensamientos impudentes de los hombres. Capaneo amenaza y se dispone á ejecutar sus amenazas; menosprecia á los Dioses, y aunque mortal, en su orgullo insensato, ultraja gritando á Zeus en el Urano. Cierto estoy de que el rayo caerá sobre él, y en verdad que no es parecido á los ardores de Helios en el centro del día. Un guerrero se le opondrá, el vigoroso Polifonte, harto avaro de palabras, mas baluarte irreprensible, á quien están propicios Artemis benévola y los demás Dioses. Dime quién es el que la suerte indicó para otra puerta.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Antistrofa I

¡Perezca el que amenaza á la Ciudad con tan terribles males! ¡Atraviésele el dardo del rayo antes de que se arroje sobre nuestras moradas y su lanza orgullosa nos eche de nuestras estancias virginales!

EL EXPLORADOR

Diré á quién ha indicado la suerte para las puertas. El tercer lugar le ha correspondido á Eteoclo, el del casco de bronce invertido, para que conduzca su tropa á la puerta Neitida. Contiene á sus caballos, que espumajean so los frenos y quieren lanzarse á las puertas. Silban los bocados con rumor salvaje, henchidos por el furibundo resoplar que brota de sus

narices. No está su broquel ornado con emblema vulgar: un hoplita sube los peldaños de una escalera para derribar una torre enemiga, y grita estas palabras grabadas: «¡El mismo Ares no me rechazaría de estas murallas!» Envía contra ese guerrero á alguno que responda á nuestra confianza y que salve á nuestra Ciudad del yugo de la servidumbre.

ETÉOCLES

Enviaré á éste, mas no sin confianza en su fortuna: Megareo, hijo de Creonte, de la raza de los Dientes sembrados, al que no precederán palabras impudentes. No ha de retroceder, espantado por el resoplar furioso de los caballos. Morirá pagando lo que debe á la tierra que le ha criado, ó colgará en la morada de su padre los despojos cogidos á Eteoclo, la imagen y la ciudad del escudo. ¡Otro ahora! No temas decírmelo todo.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Estrofa II

Suplico á los Dioses que este defensor de nuestro hogar triunfe igualmente y que sufran desgracia nuestros enemigos. Con furibundas ansias se precipitan contra la Ciudad lanzando gritos insensatos; ¡mírelos Zeus vengador en su cólera!

EL EXPLORADOR

El cuarto, que tiene la próxima puerta, la de Ateneo Onca, es Hipomedonte, dotado de alta estatura, el cual avanza gritando. Espantado quedé al verle voltear como inmenso nido de águilas la masa de su escudo, y cierto es lo que digo. No es lerdo el cincelador que grabó en su broquel esta obra: Tifón, cuya boca, de la que mana el fuego, respira negra humareda hermana de la llama multicolor. La cavidad del broquel cóncavo rodeada está de nudos de sierpes entrelazadas. Y el guerrero, henchido del furor de Ares, clama, y ebrio está de pelea como una Tiade, y el espanto le precede. Juzgo que es de temer el choque de tal guerrero, y ya el terror en tumulto está á las puertas.

ETÉOCLES

Ante todo, Palas Onca está en la ciudad baja, cabe la puerta. Odia la insolencia de tal guerrero, y ahuyentará al dragón horrible lejos de sus hijos. Á Hiperbio, hijo esforzado de Enope, he escogido para que luche contra ese hombre, y anhela saber cuál será su destino en tal encuentro. Irrepren-

sible es en cuanto á estatura, valor y armas. Frente á frente los ha puesto Hermes. Ambos guerreros pelearán el uno contra el otro, como los Dioses enemigos que llevan en los escudos. Tiene el uno á Tifón que vomita fuego; mas el padre Zeus álzase en pie en el escudo de Hiperbio, empuñando el dardo flamígero. ¿Ha visto nadie jamás á Zeus vencido? Así está repartida la amistad de los Demonios: nosotros estamos con los vencedores; ellos, con los vencidos, si es verdad que Zeus prevalece sobre Tifón en el combate. Tal ha de ser la fortuna de ambos guerreros enemigos, y Zeus, cuya imagen está en el broquel, será el salvador de Hiperbio.

El coro de las Vírgenes

Antistrofa II

Confío en que el que lleva en su broquel la imagen del Demonio subterráneo, del detestado enemigo de Zeus, esa imagen odiada por los vivos y por los Dioses de larga existencia, ha de caer, y su cabeza antes que ninguna, delante de nuestras puertas.

El Explorador

¡Así sea! Diré ahora el quinto, el que se alza en la quinta puerta, cerca del sepulcro de Anfión, hijo de Zeus. Jura, por la lanza que tiene en la mano, y que es, á lo que asegura, más venerable para él que un Dios y más querida á sus ojos, que ha de saquear la ciudad de los cadmeos, aunque á Zeus le pese. Es hijo de hermosa faz de madre montañesa, un adolescente, el que tales clamores lanza. Pelusilla de vello incipiente multiplicada por el jugo de la edad florece en sus mejillas. Camina con intento furibundo, mirada feroz, sin otra cosa de las vírgenes que el nombre, y no sin amenazas llégase á la puerta. En su escudo de bronce, cobijo esférico de su cuerpo, está, adherido con clavos, el azote de la Ciudad, la Esfinge devoradora de carne cruda, imagen luciente y cincelada. Debajo tiene el monstruo á un hombre, á un cadmeo, de suerte que los numerosos zarpazos le alcanzan. ¡Y no ha venido á esquivar el combate, ni anduvo largo camino para quedar deshonrado, Partenopeo el Arcade! Tal es el guerrero por los argivos acogido, que les paga los cuidados que recibiera en Argos amenazando á nuestros muros. ¡Jamás cumplan los Dioses sus amenazas!

Etéocles

Ciertamente, si cumplieran los Dioses las amenazas impías

que traman nuestros enemigos, ciertamente, pronto habían de perecer nuestros muros hasta los cimientos; pero á ese tal, Arcade, según dices, un hombre opondré que no sabe alardear, sino poner por obra, Actor, hermano de Hiperbio, el cual no ha de permitir sin combate que la injuria se nos abalance por las puertas para acrecentar nuestros males, ni que entre aquí el que lleva en su escudo la imagen del Bruto feroz, del más odioso monstruo. La imagen misma ha de acusar al que le haya traído de afuera, cuando reciba innumerables golpes al pie de nuestras murallas. ¡Que los Dioses cumplan mi augurio!

El coro de las Vírgenes

Estrofa III

¡Entran los clamores en mi corazón y los cabellos se me erizan al oir las resonantes amenazas de esos hombres impíos y aulladores! ¡Húndanlos en este suelo los Dioses!

El Explorador

El sexto diré, hombre sapientísimo y muy esforzado, el adivino, el vigoroso Anfiarao. Designado fué para la puerta Homolois, y denuesta á menudo con injuriosas palabras al robusto Tideo, matador de hombres, perturbador de su ciudad, fuente de todo mal para Argos, evocador de Erinnis, ministro del crimen y consejero de infortunio para Adrasto. Vueltos después los ojos á tu hermano infeliz, el robusto Polinice, le nombra, cortando en dos mitades su nombre, y pronuncia estas palabras: «¡Empresa grata á los Dioses, digna de ser contada para conocimiento de nuestros descendientes, la de devastar, con la invasión de una hueste extranjera, la ciudad natal y los Dioses de la patria! ¿Cómo expiar la derramada sangre materna? ¿Cómo te ha de acatar jamás la patria, sometida por tu violencia? Yo, en verdad, abonaré con mi sangre este suelo, adivino sepulto en tierra enemiga. Combatiremos, y tengo esperanza de muerte no vergonzosa.» Así habla el adivino, agitando el escudo de bronce de perfecta redondez, sin emblema alguno en su círculo. No quiere, en efecto, parecer el mejor, sino serlo. Razonables designios brotan como espigas en los hondos surcos de su alma. Te aconsejo que le opongas adversarios cautos y vigilantes. Es de temer el que teme á los Dioses.

Etéocles

Malo es el destino que hace al hombre justo compañero de

hombres perversos. Lo peor de todo es tener compañeros malos; ningún fruto de ellos se saca, porque el campo de Até no produce sino la muerte. En efecto, cuando un hombre pío sube á una nave con viles marineros capaces de atreverse á todo, con esa raza de hombres impíos perece; ó cuando el justo vive entre ciudadanos inhóspitos y olvidados de los Dioses, él mismo, inocente, queda envuelto en la propia red, y cae, herido como los demás, al azote de un Dios. Tal ese adivino, hijo de Ecleo, varón prudente, justo, esforzado y piadoso, y grande profeta, se ha visto mezclado contra su voluntad con estos hombres impíos é injuriosos; pero cuando vuelvan á emprender su largo camino, huirá también, y por voluntad de Zeus, será como ellos arrastrado. Mas yo espero que no asedie nuestras puertas, no por cobardía, sino por saber que ha de perecer en el combate si los oráculos de Loxias son verídicos. Y acostumbran callar ó decir verdad. He de oponerle, no obstante, un portero inhóspito, el robusto Lastenes, anciano por la prudencia, mas con todo el vigor de la juventud. Su mirar es rápido y no tarda su mano en herir con la lanza el lugar descubierto por el escudo. ¡Pero el suceso de los vivos es don del cielo!

El coro de las Vírgenes

Antistrofa III

¡Dioses, oid nuestras justas preces, haced que la Ciudad sea victoriosa y desviad hacia nuestros enemigos los males que la lanza nos trae! ¡Que Zeus, después de rechazarlos afuera de nuestras murallas, los aniquile con su rayo!

El Explorador

El séptimo diré, el que se alza ante la séptima puerta, tu propio hermano, que lanza imprecaciones y votos contra la Ciudad. Quiere, luego de penetrar en nuestras murallas, proclamado por el heraldo, cantar el Peán de la destrucción, correr sobre ti, y habiéndote matado, caer sobre tu cadáver; ó, si sobrevives al combate, infligirte la ignominia del destierro, con que tú mismo le heriste al arrojarle de esta tierra. Tales son los clamores del robusto Polinice. A todos los Dioses de la patria invoca para que le venguen cumpliendo sus anhelos todos. Lleva rico broquel recién forjado. Un emblema doble aparece en él: un hombre de oro, de aspecto guerrero, que precede á una mujer majestuosa. Dice ella, según las palabras de la inscripción, que es la Justicia: «Conduciré á este hom-

bre y le devolveré su ciudad, para que mande en la morada paterna.» Así están todos ordenados. Mira quién has de oponer á éste. No tendrás que echarme en cara noticias infieles. Ahora, te corresponde á ti el gobierno de la Ciudad.

ETÉOCLES

¡Oh raza lamentable de Edipo, horror de los Dioses y castigada con la demencia por ellos! ¡Ay! ¡eh aquí cómo se cumplen las maldiciones de mi padre! Mas no hay que llorar, ni gemir, ni suscitar insoportables gemidos. Pronto sabremos ¡oh Polinice el bien nombrado! de qué sirve ese emblema, y si las letras de oro grabadas orgullosamente en tu escudo y signo de tu demencia te traen de nuevo aquí. Ciertamente, si la hija de Zeus, la virgen Justicia, asistiese con sus consejos y sus actos á este hombre, lográralo con facilidad; pero ni al dejar la obscura matriz, ni de niño, ni en la adolescencia, ni cuando sus mejillas hubiéronse cubierto de barba espesa, jamás la Justicia le miró ni le juzgó digno de sí; y no ha de ser hoy cuando le dé ayuda, para desdicha de la patria. Ciertamente, se le daría nombre falso á la Justicia si diese ayuda á un hombre que á todo se atreve. Así, pues, confiado, lucharé yo mismo contra él. ¿Quién tiene mayor derecho para obrar de tal suerte? Combatiré, de enemigo á enemigo, de rey á rey, de hermano á hermano. ¡Ea! ¡tráiganme presto mis cnémides, mi lanza y lo necesario para protegerme contra las piedras!

EL CORO DE LAS VÍRGENES

¡Oh hijo de Edipo, el más caro de los hombres, no seas semejante al hombre que tan vergonzosamente habla! Basta que los cadmeos luchen contra los argivos. Expiación tiene su sangre; pero el mutuo exterminio de dos hermanos tal crimen es, que ningún tiempo lo pudiera borrar.

ETÉOCLES

Sopórtese la desdicha sin baldón en buen hora, pues la liberación está en la muerte; mas ¿qué pensarías de los que padeciesen á la vez baldón y desdicha?

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Estrofa I

¿En qué piensas, hijo? Mira que no te arrastre la cólera

ciega, el furor del combate. Sofoca desde el principio un anhelo fatal.

ETÉOCLES

Ciertamente, un Dios lo mueve todo á este fin. ¡Caiga, pues, toda entera, la raza de Layo, odiosa á Febo, en las ondas del Cocito!

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Antistrofa I

Un deseo feroz te arrastra á los frutos amargos del exterminio, á la efusión de una sangre que te está vedado derramar.

ETÉOCLES

La Imprecación fatal de mi padre querido reclama cumplimiento. Me impulsa, enjutos de lágrimas los ojos, á pensar en la venganza más aún que en la muerte.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Estrofa II

No aceleres la tuya. No te llamarán cobarde porque hayas salvado prudentemente tu vida. La negra y tempestuosa Erinnis no entrará en tu morada, si los Dioses aceptan sacrificio de tus manos.

ETÉOCLES

Tiempo ha que nos olvidaron los Dioses. Sólo nuestra muerte demandan. ¿Para qué, pues, halagar cobardemente el término inevitable?

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Antistrofa II

Ciertamente, ahora, un Demonio te urge; mas puede un Dios cambiar de designio y hacer que sople viento más favorable. Ahora, en verdad, es de tormenta.

ETÉOCLES

Las imprecaciones de Edipo forman tormenta tal. Harto verídicas eran aquellas imágenes de mis visiones nocturnas, espectros que se repartían los bienes paternos.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Oye á las mujeres, aunque no te cures de ellas.

ETÉOCLES

Decid lo que queráis, mas con brevedad.

EL CORO DE LAS VÍRGENES.

No vayas á la séptima puerta.

ETÉOCLES

Aguzado estoy, no me harán mella tus palabras.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Con los victoriosos están los Dioses, por cobardes que sean.

ETÉOCLES

No conviene decir tales palabras á un hoplita.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

¡Pero quieres verter sangre de tu hermano!

ETÉOCLES

Con ayuda de los Dioses, no escapará de la muerte.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Estrofa I

Transida estoy de horror. La Diosa destructora de la familia, desemejante á los Dioses, veraz profetisa de males, la Erinnis invocada por la imprecación del padre, cumple las execraciones furiosas de Edipo, castigado con la demencia. Para perder á los hijos, la discordia lo precipita todo.

Antistrofa I

El bárbaro Cálibe, enviado por los escitas, el fiero parti-

dor de haciendas, el Hierro cruel, les dispensará la parte de tierra suficiente á los muertos, pues nada lograrán de sus vastas campiñas.

Estrofa II

Cuando el uno al otro se hubiesen degollado, y cuando el polvo haya bebido la negra sangre del crimen, ¿quién ofrecerá la expiación? ¿Quién los lavará? ¡Oh, nuevas calamidades sobre las calamidades antiguas de esta raza!

Antistrofa II

Antiguo es, en efecto, ese crimen presto castigado, mas pendiente hasta la tercera generación, la culpa de Layo, cometida á pesar de Apolo, quien por tres veces le ordenara, valiéndose de los oráculos Pitios, en donde está el ombligo terrestre, que muriera sin hijos y salvase á la Ciudad.

Estrofa III

Mas arrastrado por amigos insensatos, su propia muerte engendró en el parricida Edipo, quien fecundó incestuoso el seno que le creara, procreando también una estirpe sangrienta. La locura unió á ambos esposos insensatos.

Antistrofa III

Es un mar que agita sus olas de calamidades. La una cae, la otra sube á triple altura y ruge en torno á la popa de la Ciudad, y no tenemos contra él más abrigo que unas angostas murallas. Tiemblo que la Ciudad perezca con sus reyes.

Estrofa IV

Vedlas venir á las catástrofes de las antiguas execraciones. Levántase la tempestad postrera, y no ha de pasar sin que las riquezas harto pesadas de los mercaderes se arrojen fuera de la nave.

Antistrofa IV

¿Cuál de entre los hombres fué más honrado que Edipo por los Dioses, los ciudadanos y la muchedumbre de los vivos, cuando hubo libertado á esta tierra de la Esfinge, azote de los mortales?

Estrofa V

Mas en cuanto hubo llegado á saber, ¡desdichado! que sus

nupcias eran incestuosas, presa de la desesperación y el furor, cometió doble desdicha. Con la mano que á su padre matara se arrancó los ojos, más caros para nosotros que nuestros hijos.

Antistrofa V

Lleno de cólera, lanzó contra sus hijos imprecaciones terribles, y deseó que se repartiesen su hacienda á mano armada. Ciertamente, tiemblo que la rápida Erinnis cumpla sus votos.

EL MENSAJERO

Recobrad ánimo, hijas criadas por vuestras madres, que salva está la Ciudad del yugo de servidumbre. Cayeron las orgullosas amenazas de aquellos hombres fieros; tranquila se halla la Ciudad, y la nave resistió los múltiples embates de las olas. Protégennos nuestras murallas, y hemos fortificado nuestras puertas con guerreros irreprensibles. En seis de ellas hemos prevalecido, pero en la séptima, el rey Apolo, el venerable, ha castigado en la raza de Edipo la antigua culpa de Layo.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

¿Qué nueva desgracia ha caído sobre la Ciudad?

EL MENSAJERO

La Ciudad está salva, pero los reyes nacidos de un mismo incesto...

EL CORO DE LAS VÍRGENES

¡Cómo! ¿qué dices? Me sobrecogen de terror tus palabras.

EL MENSAJERO

Oye con calma. Los hijos de Edipo...

EL CORO DE LAS VÍRGENES

¡Oh desgraciada! ¡preveo la desdicha que vas á anunciarme!

EL MENSAJERO

Muertos ambos cayeron.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

¡A eso han llegado! ¡Horror! Concluye.

EL MENSAJERO

La tierra bebió su sangre, vertida por mutuo crimen.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

¡Así, pues, con sus manos fraternas se han degollado!

EL MENSAJERO

Ciertamente, ambos muertos están.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

¡Un Demonio mismo á la vez los hirió!

EL MENSAJERO

Un destino mismo destruyó la desdichada raza de Edipo. Hay que gemir por ello y regocijarse, pues la Ciudad es salva; pero los jefes, los dos príncipes, con el hierro escito forjado por el martillo, han hecho la partición de los bienes paternos. De ellos tendrán cuanto baste á ser sepulcro suyo, impulsados á la ruina por las execraciones terribles de su padre. La Ciudad es salva; pero, tras mutuo exterminio, la tierra ha bebido la sangre de los Reyes que un mismo padre engendrara.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

Estrofa I

¡Oh gran Zeus! Y vosotros, Dioses protectores de la Ciudad, que guardáis la ciudadela de Cadmo, ¿he de regocijarme y glorificar al salvador de la Ciudad?

Antistrofa I

¿Ó he de llorar á los lamentables jefes de guerra muertos sin hijos, y que, según el sentido veraz de su nombre, por su impiedad perecieron?

Estrofa II

¡Oh negra, infalible Imprecación sobre la raza de Edipo! Frío terrible invade mi pecho. ¡Aprestemos para la tumba el canto de las Tiades, puesto que he visto los muertos ensan-

grentados, exterminados miserablemente! ¡En verdad, sus armas han venido á chocar bajo fúnebre presagio!

Antistrofa II

La execración del padre los ha perseguido inexorablemente hasta el fin. La culpa de Layo, que no acató el oráculo, ha producido sus efectos y más aún. Justas eran mis inquietudes por la Ciudad; los oráculos no me han mentido. ¡Oh vosotros, deplorabilísimos, que cometisteis crimen tan inaudito! ¡Ya no está sólo en palabras esa horrible calamidad!

Epodo

¡Verdad es todo ello! He aquí ante nuestros ojos lo que el mensajero contara. ¡Doble angustia, doble exterminio de dos hombres que se han dado recíproca muerte, calamidad cumplida de un doble destino adverso! ¿Qué diré, si no es que la desgracia ha sucedido á la desgracia en esta familia? ¡Oh amigas, con el viento de las lamentaciones agitad las manos en derredor de vuestras cabezas y haced el ruido de los remos que en el Aqueronte impulsan á la Teoris de negra vela ignorada de Apolo y de Helios hacia la tierra sombría que contiene á todos los mortales! En efecto, he aquí á Antígona é Ismene que avanzan en ese lúgubre deber. Pienso que del fondo de su corazón amante van á exhalar, en su justo dolor, un canto fúnebre por sus hermanos muertos. Mas conviene que cantemos antes que ellas lúgubremente el himno terrible de Erinnis, y que Hades oiga el odioso Peán.

PRIMER SEMI-CORO

¡Ay! ¡oh hermanas desdichadísimas entre cuantas ciñen sus vestiduras! Lágrimas vierto, gimo y nada necesito fingir lamentos.

SEGUNDO SEMI-CORO

Estrofa I

¡Ay! ¡insensatos! ¡sordos á la voz de vuestros amigos, insaciables de males, que quisisteis, con violencia y lucha, ¡oh desdichados! adueñaros de la morada paterna!

PRIMER SEMI-CORO

¡Desdichados, sin duda, los que con doble exterminio han acabado la ruina de su casa!

SEGUNDO SEMI-CORO

Antistrofa I

¡Ay! ¡ay de vosotros que derribasteis la morada paterna, que no pensasteis cada cual sino en la propia monarquía, el hierro es quien os ha conciliado!

PRIMER SEMI-CORO

Ciertamente, la poderosa Erinnis acaba de cumplir la imprecación de Edipo.

SEGUNDO SEMI-CORO

Estrofa II

¡Atravesados los corazones y costados fraternos! ¡Ay! ¡heridos por un Demonio adverso! ¡Ay! ¡Oh maldiciones de un degüello mutuo!

PRIMER SEMI-CORO

El pecho les horadó la herida; heridos quedaron en su raza y en su cuerpo. ¡Inefable furor! ¡Destino terrible suscitado por las execraciones de un padre!

SEGUNDO SEMI-CORO

Antistrofa II

Los gemidos han penetrado en la Ciudad. ¡Las murallas gimen, y todo este suelo amigo de los hombres! Para otros serán estas riquezas por las que han sufrido y que ocasionaron su pelea y su muerte.

PRIMER SEMI-CORO

La hacienda se ha partido entre ambos furiosos, y cada cual ha logrado una mitad; pero sus amigos denuestan al Dispensador; Ares no me agrada.

SEGUNDO SEMI-CORO

Estrofa III

Ambos tendidos yacen, heridos por el hierro. Por el hierro heridos, cada cual tiene su parte. ¿Cuál? preguntarás. ¡Un puesto en la tumba de sus antepasados!

PRIMER SEMI-CORO

Grande lamentación se eleva hacia ellos en la morada, y me desgarra el pecho; y al pensar en tanta miseria, gimo por mí y por sus desgracias, y lágrimas verdaderas derraman mi corazón, que se consume llorando á entrambos Reyes.

SEGUNDO SEMI-CORO

Antistrofa III

Mas fuerza es hablar de ambos hermanos infelices y de los males sin número que por ellos han caído sobre los ciudadanos, y de la matanza de tantos guerreros extranjeros.

PRIMER SEMI-CORO

Entre todas las que han concebido, ¡desdichada la madre que los engendró! Tuvo á su hijo por esposo, y concibió á estos que acaban de expirar, degollados por sus manos fraternas.

SEGUNDO SEMI-CORO

Estrofa IV

¡Ciertamente, sus manos fraternas cometieron el horrible exterminio! ¡Así una discordia furiosa puso fin á su pelea!

PRIMER SEMI-CORO

Apaciguáronse sus odios, mezcláronse sus vidas en la tierra manchada por su sangre. ¡Ciertamente, son de la misma sangre ahora! ¡Amargo conciliador es ese extranjero de ultramar, nacido del fuego, el Hierro agudo! ¡Agrio repartidor de haciendas es Ares, que acaba de cumplir la maldición paterna!

SEGUNDO SEMI-CORO

Antistrofa IV

¡Oh desdichados! cada cual tiene ya su parte de los males que Zeus envía. Bajo su cuerpo tendrán los vastos dominios de la tierra.

PRIMER SEMI-CORO

¡Ay! ¡esta morada florida está de innumerables dolores! Las Imprecaciones victoriosas han lanzado su grito terrible, echan-

do á toda una raza ante sí. ¡El trofeo de Até se alza en la puerta en que cayeron, y el Demonio, viéndolos domados, reposa!

ANTÍGONA

¡Herido, heriste!

ISMENE

¡Mataste, y fuiste muerto!

ANTÍGONA

¡Mataste con lanza!

ISMENE

¡Con lanza te mataron!

ANTÍGONA

¡Sin ventura!

ISMENE

¡Sin ventura!

ANTÍGONA

¡Corred, lágrimas mías!

ISMENE

¡Salid, gemidos!

ANTÍGONA

¡Muerto estás!

ISMENE

¡Después de haber matado!

ANTÍGONA

Estrofa

¡Ay! ¡desvaría de dolor mi mente!

ISMENE

Gime mi corazón dentro de mí.

ANTÍGONA

¡Ay! ¡ay de mí! ¡Cuán digno de lástima eres!

ISMENE

¡Y tú, desgraciado entre todos!

ANTÍGONA

Un hermano te mató.

ISMENE

¡Mataste á un hermano!

ANTÍGONA

¡Cuán lamentable el decirlo!

ISMENE

¡Cuán lamentable el verlo!

ANTÍGONA

¡Y somos testigos de tanto mal!

ISMENE

¡Hermanas junto á hermanos suyos!

EL CORO DE LAS VÍRGENES

¡Oh Moira, dispensadora lamentable de dolores terribles, Sombra venerable de Edipo, negra Erinnis, omnipotente eres en verdad!

ANTÍGONA

Antistrofa

¡Oh desdichas horribles de ver!

ISMENE

¡Así le veo tornar del destierro!

ANTÍGONA

¡No se libró, ha dado muerte!

ISMENE

¡Y en cambio, ha perdido la vida!

ANTÍGONA

Ciertamente, la ha perdido.

ISMENE

¡Y ha quitado la vida á su hermano!

ANTÍGONA

¡Raza miserable!

ISMENE

¡Por tantos males combatida!

ANTÍGONA

¡Doble desgracia lamentable de dos hermanos!

ISMENE

¡Males violentos y lamentables!

ANTÍGONA

¡Tristes si se cuentan!

ISMENE

¡Tristes si se ven!

EL CORO DE LAS VÍRGENES

¡Oh Moira, dispensadora lamentable de dolores terribles, Sombra venerable de Edipo, negra Erinnis, omnipotente eres en verdad!

ANTÍGONA

Tú la conociste al doblegarte á este destino.

ISMENE

Tú, más tarde, la sentiste.

ANTÍGONA

Cuando tornaste á la Ciudad.

ISMENE

¡De lanza armado contra él!

ANTÍGONA

¡Lamentable es el decirlo!

ISMENE

¡Lamentable el verlo!

ANTÍGONA

¡Oh desgracia!

ISMENE

¡Oh miseria!

ANTÍGONA

¡De nuestra raza y de este suelo!

ISMENE

¡Para mí ante todo!

ANTÍGONA

¡Ay! ¡para mí más aún!

ISMENE

¡Ay! ¡Causa de estos lamentables males, Rey Etéocles?

ANTÍGONA

¡Oh los más desdichados é insensatos de todos los hombres!

ISMENE

¡Ay! ¿dónde sepultarlos?

ANTÍGONA

¡Ay! En el más honroso lugar.

ISMENE

¡Ay! Su miseria irá á unirse con su padre.

EL HERALDO

Forzoso me es anunciar lo que han querido y decretado los jefes del pueblo de esta ciudad de Cadmo. Pláceles que Etéocles, por su amor á la patria, sea sepulto en esta tierra venerada. Muerto, fué rechazando al enemigo de la Ciudad. Irreprensiblemente consagrado á los Dioses de sus padres, ha caído

en donde es bien que los jóvenes caigan. He aquí lo que me han mandado que os diga. Ahora, pláceles que el cuerpo de su hermano Polinice sea arrojado de la Ciudad, insepulto, y entregado á los perros, porque hubiese devastado la tierra de los cadmeos si un Dios no se hubiese opuesto á su lanza. Conservará, muerto, tal mancilla. A pesar de los Dioses paternos, les ha inferido el ultraje de haber querido adueñarse de la Ciudad guiando contra ella un ejército extranjero. Por eso, en castigo de su crimen, las aves carniceras serán su inmunda sepultura. No se verterán libaciones sobre sus cenizas, ni habrá gemidos, ni sacros lamentos, y privado será del cortejo de sus amigos, fúnebre honor. Tal es la voluntad de los jefes cadmeos.

ANTÍGONA

Y yo digo á los jefes cadmeos: Si nadie quiere sepultarle conmigo, yo sola lo haré, desafiando todo riesgo. No hay baldón para mí en dar tierra á mi hermano é infringir en esto el mandato de la Ciudad. Grande es la fuerza de la sangre de que ambos nacimos, hijos de madre infeliz y de padre infeliz. Por eso mi alma quiere seguir siendo fiel á tanta desventura, y seré, viva, hermana de ese muerto. No devorarán su carne lobos hambrientos. Nadie lo piense. Yo misma, aunque mujer, abriré su tumba, y le cubriré con el polvo que lleve en un pliegue de mi velo de lino. Nadie me vitupere por ello. Valor tendré para obrar y dar cabo á mi empresa.

EL HERALDO

Te aviso que nada hagas contra la voluntad de los ciudadanos.

ANTÍGONA

Te aviso que no me des vanos consejos.

EL HERALDO

Severo es el pueblo que acaba de escapar de la ruina.

ANTÍGONA

¡Severo, séalo en buen hora! Mas no dejaré insepulto á mi hermano.

EL HERALDO

¿Honrarás, enterrándole, al que es odioso á la Ciudad?

ANTÍGONA

Los Dioses, empero, no le han privado de honores.

EL HERALDO

No, mientras no ha puesto en peligro á esta tierra.

ANTÍGONA

Mal por mal ha devuelto.

EL HERALDO

Contra todos ha combatido para vengarse de uno solo.

ANTÍGONA

La divina Eris habla siempre la última. Yo he de enterrar á éste. No digas más.

EL HERALDO

Haz lo que te convenga. Yo ya te avisé.

EL CORO DE LAS VÍRGENES

¡Ay! ¡ay de mí! ¡Oh terribles Erinnis de Céreso, destructoras de razas, que derribasteis hasta los cimientos la casa de Edipo! ¿Qué va á ser de mí? ¿Qué haré? ¿Qué decisión tomaré? ¿Cómo he de resolverme á no llorarte, ¡oh Polinice! y á no acompañarte hasta la tumba? Mas temo y me paro ante la sentencia terrible de los ciudadanos.

PRIMER SEMI-CORO

Á ti, ¡oh Etéocles! muchos te llorarán; mas por él, ¡desgraciado! nadie ha de gemir, ni más lágrimas fúnebres tendrá que las de su hermana! ¿Quién pudiera resignarse á ello?

SEGUNDO SEMI-CORO

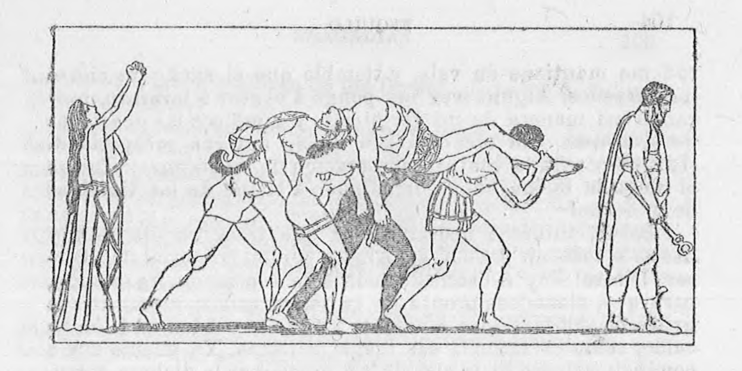
Castigue ó no castigue la Ciudad á los que lloren á Polinice, nosotras, nosotras iremos, con Antígona sola, á formar su cortejo fúnebre y á darle sepultura. Duelo común es este, en verdad, para todos los cadmeos, y á veces la Ciudad ha variado en su justicia.

PRIMER SEMI-CORO

Nosotras, nosotras seguiremos á éste, como la Ciudad y la justicia nos mandan. Cerca de los Dioses felices, cerca del Poder de Zeus, Etéocles es el que ha librado á la Ciudad de los cadmeos de ser derribada é invadida por las olas de los hombres extranjeros.

FIN DE «LOS SIETE CONTRA TEBAS»





IV

AGAMENÓN

Agamenón.
Egisto.
Taltibio.
El Vigía.
Clitemnestra.
Casandra.
El coro de los Ancianos.

El Vigía

Ruego á los Dioses que me liberten de estas fatigas, de este velar sin fin que todo el año prolongo, como un perro, en la más alta sumidad del techo de los Atreidas, contemplando el senado de los Astros nocturnos, los cuales traen á los vivos invierno y verano, Dinastas brilladores que en el Eter destellan, y se levantan y ponen ante mí. Y ahora espío la señal de la antorcha, el esplendor del fuego que ha de anunciar, desde Troya, la toma de la ciudad. En efecto, he aquí lo que el corazón de la mujer imperiosa manda y desea. Aquí y allá, durante la noche, en mi lecho húmedo de rocío y no frecuentado por los ensueños, la inquie-

tud me mantiene en vela, y tiemblo que el sueño me cierre los párpados. Alguna vez me pongo á cantar ó tararear, buscando así manera de no dormirme, y gimo por las desdichas de esta casa, tan menoscabada en su antigua prosperidad. ¡Llegue por fin la venturosa liberación de mis fatigas! ¡Traiga el fuego la buena nueva, irradiando á través de las tinieblas de la noche!

¡Salve, antorcha nocturna, luz que traes un día feliz y fiestas á todo un pueblo, en Argos, por tal victoria! ¡Oh Dioses, Dioses! Voy á decírselo todo á la esposa de Agamenón, para que, alzándose pronta de su lecho, salude á esa luz con gritos de júbilo, en las moradas, ya que la ciudad de Ilión ha caído, como lo anuncia ese fuego brillante. Yo mismo voy á conducir el coro de la alegría y á proclamar la dichosa fortuna de mis señores, pues tuve la suerte muy favorable de ver esa llama. ¡Ocúrrame asimismo que el Rey de estas moradas una, al volver, su mano carísima á mi mano! Lo demás callaré. Un grande buey tengo sobre la lengua. Si esta casa tuviese voz, claramente hablaría. Yo hablo de buen grado con los que saben, mas para los que ignoran, todo lo olvido.

El coro de los Ancianos

He aquí el año décimonono desde que el grande enemigo de Príamo, el rey Menelao y Agamenón, favorecidos por Zeus con doble trono y cetro doble, pareja ilustre y poderosa de los Atreidas, arrastraron lejos de esta tierra las mil naves de la flota argiva, fuerza guerrera, y lanzaron inmenso clamor belicoso desde lo profundo del corazón, tales como buitres que, al echar de menos amargamente á sus hijuelos, alzándose sobre sus nidos, vuelan en círculos y agitan las alas como remos, porque los nidos, vigilados inútilmente, han sido despojados de sus hijuelos. Mas algún Dios oye al cabo, bien sea Apolo, Pan ó Zeus, el agudo lamentar de las aves, y manda á la tardía Erinnis en persecución de los raptores.

Así Zeus hospitalario y omnipotente impulsa á los hijos de Atreo contra Alejandro, á causa de una mujer muchas veces desposada. ¡Cuántas luchas infligidas á dánaos y troyanos, cuántos miembros quebrantados de fatiga, rodillas que chocan contra el suelo, lanzas rotas en las primeras líneas de las batallas! Ahora lo hecho hecho está, y lo que era fatal se ha cumplido. Ni ofrendas sagradas, ni libaciones, ni llantos

han de apaciguar la cólera de los Dioses, privados de la llama de los sacrificios.

Nosotros, rechazados de la expedicion á causa de la vejez de nuestros miembros agotados, permanecemos en nuestras moradas, iguales en fuerza á los niños y apoyados en nuestros cayados; que el corazón que late en el pecho de un niño es semejante al anciano, y Ares en él no reside; y también la ancianidad extrema, cuando su follaje se mustia, camina con tres pies, no más vigorosa que la infancia, como espectro errante en pleno día.

Mas ¡oh tú, hija de Tíndaro, Reina Clitemnestra! ¿Qué sucede? ¿Qué novedad ocurre? ¿Qué llegaste á saber? ¿En qué mensaje fías, que así mandas preparar sacrificios por todas partes? Arden todos los altares, de ofrendas cargados, los altares de todos los Dioses, de los que frecuentan la Ciudad, de los Dioses supernos y de los Dioses subterráneos, y de los doce grandes Uranios. Por todas partes, hacia el Urano, asciende la llama perfumada con el suave alimento del óleo sagrado, y traen las santas libaciones del fondo de la morada real.

Dinos de esto lo que puedas y lo que se te permita decir. Calma la inquietud que ya me traspasa cruelmente, ya consiente á la esperanza dichosa, inspirada por estos sacrificios, que disipe la angustia insaciable que me desgarra el corazón.

Estrofa

Mas yo puedo referir el vigor de los guerreros que se alejaron con dichosos auspicios. Me inspiran los Dioses que cante, y aún para ello tengo fuerza, ambos tronos de los acayos, ambos jefes de la mocedad de Hélade, por presagio irresistible envía contra la tierra de los troyanos, con lanza y mano vengadora: «A los Reyes de las naves, dos reyes de las aves, negro el uno, de blanca espalda el otro, aparécense no lejos de nuestras moradas, por la parte de la mano que rige la lanza. Y estaban devorando, en las moradas resplandecientes, una coneja á punto de parir y toda una raza que no había podido salvarse en huída suprema.» ¡Canta lúgubre canto; mas todo acabe en victoria!

Antistrofa

El sabio Adivino del ejército, cuando hubo mirado las aves, reconoció en ellas á entrambos belicosos Atreidas, jefes, príncipes, devoradores de la coneja, y así les habló, explicando el augurio: «Con el tiempo, esta hueste ha de tomar la ciudad de Príamo, y la Moira devastará violentamente las abundosas

riquezas que los pueblos amontonaran en las mansiones reales, con tal que la ira de los Dioses no empañe el sólido freno forjado en este campamento para Troya. En efecto, la casa de los Atreidas es odiosa á la casta Artemis, pues los alados Perros de su padre han devorado allí una coneja temblorosa, antes de que hubiese parido, y toda su cría. A Artemis le horrorizan festines de águilas.» ¡Canta lúgubre canto; mas todo acabe en victoria!

Epodo

«Esta bella Diosa es benévola para con los débiles hijuelos de los leones salvajes, como para todos los hijuelos que crían los animales de los bosques, mas quiere que los augurios de las águilas, manifiestos á la diestra mano, se cumplan también, aunque infundan temores. Por eso invoco á Peán defensor, para que Artemis no mande á la flota de los dánaos el soplo de los vientos contrarios y las tardanzas de la navegación, ó hasta un sacrificio horrible, ilegítimo, sin festín, causa cierta de cóleras y rencores contra un marido. ¡En efecto, aquí ha de quedar un terrible recuerdo doméstico, lleno de perfidias y vengador de hijos!» Así Calcas, luego de contemplar las Aves en el comienzo de la expedición, anunció las prosperidades y las desgracias fatídicas de las casas reales. ¡Con él canta lúgubre canto; mas todo acabe en victoria!

Estrofa I

¡Zeus! Si hay algún Dios que se complazca en este nombre, con este nombre le invoco. Después de considerarlo, ninguno encuentro comparable á Zeus, si no es Zeus, para aligerar el vano peso de las inquietudes.

Antistrofa I

Aquel que, primero de todos, fué grande, y á todos dominaba con su florida juventud, su fuerza y su audacia, ¿qué pudiera, decaído tanto tiempo ha? El que vino después ha sucumbido, encontrándose con un vencedor; mas quien celebra pío á Zeus victorioso, llévase de seguro la palma de la sabiduría.

Estrofa II

Conduce á los hombres por el camino de la sabiduría y ha decretado que alcanzaran la ciencia por el dolor. El recuerdo amargo de nuestros males llueve en derredor de nuestros corazones durante el sueño, y, á nuestro pesar, la sabiduría

llega. Y gracia tal nos la conceden los Demonios sentados en las alturas venerables.

Antistrofa II

Entonces, el Jefe de las naves argivas, el mayor de los Atridas, sin echar nada en cara al Adivino, consintió en las calamidades posibles, en tanto que el ejército aqueo permanecía inerte, varado en la ribera frente á Calcis, en las corrientes de Aulide.

Estrofa III

Y los vientos contrarios que desde el Estrimón soplaban, trayendo la inacción, agotando los víveres, quebrantando de fatiga á los marinos, sin respetar las naves ni las maniobras, haciendo mayores los retrasos, consumían la flor de los Argivos. Y el Adivino, á tan cruel tormenta, propuso, en nombre de Artemis, un remedio más terrible que el mal, y los Atreidas, golpeando con sus cetros la tierra, no contuvieron sus lágrimas.

Antistrofa III

Entonces, el Jefe, el mayor de los Atreidas, habló así: «Hay riesgo terrible si no se me obedece, mas terrible es asimismo matar á esa niña, ornato de mi casa; mancillar mis manos paternas con sangre de la virgen degollada ante el altar. ¡Desgracias por una y otra parte! ¿Cómo pudiera abandonar la flota y á mis aliados? Lícito es para ellos el desear que tal sacrificio, la sangre de una virgen, calme los vientos y la ira de la Diosa, pues todo sería para mejorar.

Estrofa IV

Cuando así hubo sometido la mente al yugo de la necesidad, mudando designio, sin compasión, furibundo, impío, resolvióse á obrar hasta el fin. Así la demencia, consejera miserable, fuente de discordia, da mayor audacia á los mortales. Y osó degollar á su hija para libertar sus naves y proseguir una guerra emprendida por una mujer.

Antistrofa IV

Y los jefes, ávidos de lucha, no escucharon las preces de la virgen, ni sus tiernas súplicas al padre, y su juventud no los conmovió. Y el padre ordenó á los sacrificadores, después de la invocación, que tendiesen á la doncella en el ara, como á

una cabra, envuelta en sus vestiduras y la cabeza colgando, y que oprimiesen su linda boca para sofocar sus imprecaciones funestas contra su familia.

Estrofa V

Mas, en tanto que vertía en la tierra su sangre de color de azafrán, con un destello de sus ojos transió de lástima á los sacrificadores, hermosa como en las pinturas, y deseosa de hablarles, tal como á menudo encantara con suaves palabras los ricos festines paternos, cuando, casta y virgen, honraba con su voz la vida tres veces dichosa de su padre querido.

Antistrofa V

Lo que luego pasó, ni lo he visto ni lo puedo decir; mas la ciencia de Calcas no era vana y la justicia muestra lo porvenir á los que sufren. ¡Regocíjese aquel que prevé sus males! Es desesperar antes de tiempo. Lo que el oráculo anuncia se cumple manifiestamente. Sea la prosperidad, tal como lo desea Esta que viene, el sostén único de la tierra de Apis.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Heme aquí, Clitemnestra, sumiso á tu voluntad. Conviene, en efecto, honrar á la esposa del jefe, cuando éste ha dejado el trono vacío. Bien hayas recibido nuevas felices, ó sin que te hayan llegado, dispongas estos sacrificios en la esperanza de recibirlas, con alegría te oiré, y no he de hacerte reconvención alguna si callas.

CLITEMNESTRA

¡Nazca, tal como se ha dicho, aurora feliz de la noche materna! Escucha, y una alegría tendrás mayor que tu esperanza: los argivos han tomado la ciudad de Príamo.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿Qué dices? Unas palabras dejaste escapar, y apenas las creo.

CLITEMNESTRA

Digo que Troya es de los argivos. ¿No hablé con claridad?

EL CORO DE LOS ANCIANOS

La alegría me colma y excita mis lágrimas.

CLITEMNESTRA

Ciertamente, tus ojos revelan tu bondad.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Mas ¿tienes prueba segura de tal noticia?

CLITEMNESTRA

La tengo, en verdad, á no ser que un Dios me engañe.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿No diste fácil crédito á una visión en sueños?

CLITEMNESTRA

Nunca tomara por verdad la ilusión de mi mente dormida.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿Ó qué flotante rumor no es causa de tu gozo?

CLITEMNESTRA

¿Seguirás dudando por mucho tiempo de mi prudencia, cual si fuese yo una doncella?

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Pues ¿cuándo se ha ganado la Ciudad?

CLITEMNESTRA

En la misma noche de que ha nacido este día.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Y ¿qué mensajero ha podido llegarse con tal rapidez?

CLITEMNESTRA

Hefesto ha mandado brotar, en el Ida, una luz brillante.

De antorcha en antorcha, y por la carrera del fuego, aquí la ha enviado. El Ida esté frente al Hermayo, colina de Lemnos. Desde esta isla, la gran fogata saltó al tercer lugar, al Atos, montaña de Zeus. La fuerza de la luz, jubilosa y rápida, se ha lanzado desde aquella cumbre sobre la espalda del mar, y como un Helios, ha derramado un esplendor de oro en las cavernas del Macisto. Inmediatamente, sin dejarse vencer por el sueño, han transmitido aquí la noticia. El fulgor, proyectándose á lo lejos hasta el Euripo, ha llevado el mensaje á los vigías del Mesapio; y éstos, á su vez, prendiendo un montón de helechos secos, han suscitado la llama y han hecho correr la noticia. Y la luz, activa y sin desfallecimiento, volando sobre las llanuras de Asopo, como la brillante Selene, hasta la cumbre del Citerón, ha hecho brotar en él otro fuego. Los vigías han acogido esa luz llegada de tan lejos, y han encendido una pira más resplandeciente aún, cuyo esplendor, por encima de la laguna de Gorgopis, lanzándose hasta el monte Egiplaxto, ha excitado á los vigías para que no descuidasen el fuego. Han desplegado con violencia un grande torbellino de llamas que abrasa la ribera, más allá del estrecho de Sarónico, y se extiende hasta el monte Aracneo, próximo á la ciudad. Por último, esa luz que salió del Ida ha llegado á la casa de los Atridas. Tales son las señales que había yo dispuesto para que de una en otra se transmitiese la nueva. La primera ha vencido, y la última también. Tal es la prueba cierta de lo que te he contado. El Rey me lo ha anunciado desde Troya.

El coro de los Ancianos

Gracias daré á los Dioses más adelante, pues quisiera oir y admirar aún esas palabras si las repitieses.

Clitemnestra

En este día los aqueos son dueños de Troya. Paréceme oir los clamores opuestos que llenan la Ciudad. De igual modo, cuando se vierte vinagre y aceite en un mismo vaso, la discordia se interpone entre ambos y no se pueden unir. Así vencedores y vencidos lanzan los gritos discordes de sus destinos contrarios. Echanse, en efecto, los unos sobre los cadáveres de maridos, hermanos, allegados, y los niños sobre los de los viejos. Los que padecen servidumbre lamentan el destino de los que tan caros les eran. Los demás, quebrantados por la fatiga del combate nocturno, y hambrientos, buscan en confusión la comida matinal que la Ciudad posee. Según la suerte,

cada cual entra en las moradas cautivas de los troyanos, al abrigo de lluvias y rocíos, y como el que nada tiene, se va á dormir, sin guardas, la noche entera. Si respetan á los Dioses patronos de la Ciudad conquistada y sus templos, no serán los vencedores á su vez vencidos. No arrastre la codicia desde el primer momento al ejército á cometer acciones impías, en su deseo de botín. En efecto, es necesario que vuelvan en salvo á sus casas, deshaciendo el camino que peligrosamente recorrieron. Si el ejército dejase atrás Dioses ultrajados, la ruina de los vencidos fuera bastante á despertar la venganza, aun cuando no se hubiesen cometido otros crímenes. Tales son mis votos, los de una mujer. ¡Todo suceda manifiestamente para bien! ¡Concedida les sea toda prosperidad! Esto anhelo.

El coro de los Ancianos

Mujer, hablaste con prudencia y como lo hubiese hecho un hombre sabio. Cierto estoy de que cuanto me anunciaste es verdad, y voy á dar gracias por ello á los Dioses, pues de grandes trabajos digna recompensa han obtenido.

¡Oh Rey Zeus! ¡y tú, Noche feliz, que tan alta gloria nos diste, que envolviste en redes las torres troyanas para que nadie, hombre ó niño, pueda evadirse de las amplias mallas de la servidumbre! Gracias doy á Zeus hospitalario que tal quiso y que desde tanto ha tendía el arco contra Alejandro para que la flecha, lanzada antes del momento oportuno, no se perdiese por cima de los astros.

Estrofa I

Los heridos por la venganza de Zeus pueden relatarla, y se les permite seguirla del principio al fin. Si alguno dijere que los Dioses no se curan de los mortales que huellan el honor de las sacras leyes, no es varón piadoso. Verdad manifiesta es para los descendientes de aquellos que atizaban una guerra tanto más inicua cuanto mayores eran las riquezas que en sus casas abundaban. Para que mi vida se vea preservada de infortunio, básteme la sabiduría; pues las riquezas de nada sirven al hombre que, lleno de insolencia, huella, para su propia ruina, el altar venerable de la Justicia.

Antistrofa I

La persuasión del crimen, hija funesta de Até, arrebata con violencia, y vano es todo remedio. La culpa no queda borrada, antes adquiere mayor brillo con horrible luz. Cual mo-

neda alterada por el roce y el uso, el culpable se ennegrece con el juicio por que pasa. El niño ha perseguido á un pájaro escapado, é imprime á la Ciudad imborrable mancha. Ningún Dios escucha ya las súplicas, y todos hacen que desaparezca el impío autor de tales crímenes. Así Páris entró en la morada de los Atridas y mancilló, con el rapto de una mujer, la hospitalaria mesa.

Estrofa II

Esa mujer, dejando á sus conciudadanos chocar de escudos y de lanzas y aprestar de naves, y llevando en dote á Ilión la ruina, se ha entrado rápidamente por las puertas, osando un crimen increíble Y las casas gemían estas predicciones: «¡Ay! ¡Ay de la casa y los jefes! ¡Ay del lecho, paso de sus amores! Ved mudo, deshonrado, sin amarga queja, al Esposo de faz tranquila; pero sigue más allá de los mares á la Esposa que echa de menos, y parece mandar como un espectro en la casa. Odioso le es el encanto de las más bellas estatuas. Ya su belleza no existe, pues no tienen ojos.»

Antistrofa II

Las lamentables apariciones nocturnas no dan sino ilusiones vanas. ¡Vana, en efecto, la visión feliz que se desvanece en alas del sueño, esquivando las manos que la persiguen!— Tales eran los dolores sentados al hogar, en la casa, y otros mayores aún. Por todas partes, casas afligidas, por los que así han dejado la tierra de Hélade. Pesares numerosos han colmado nuestro corazón. ¡Cada cual sabe los que ha enviado, pero sólo vuelven á la casa urnas y cenizas, y no ya seres vivos!

Estrofa III

Ares, que trueca cadáveres por oro, y mide el peso de las lanzas en el combate, no manda desde Ilión á los parientes sino restos miserables consumidos por el fuego y urnas llenas de cenizas en vez de hombres. Lloran unos y loan á un guerrero hábil en el combate. Aquel otro ha sucumbido con gloria en la pelea por una mujer que le era extraña. Así, todos, por lo bajo, murmuran irritados y un rencoroso dolor se alza sordamente contra los príncipes Atridas. Otros tienen sus tumbas en derredor de las murallas de Ilión, y tierra enemiga los sepulta.

Antistrofa III

Terrible es el rencor de los ciudadanos irritados, y cara

cuesta la maldición pública. Inquieto me tiene alguna desgracia escondida en la sombra. Los Dioses vigilan con ojos activos á los que cometieron asesinatos numerosos. Las negras Erinnis mudan la fortuna de un hombre injustamente venturoso; húndenle en tinieblas y desaparece. Terribles son la loa y la envidia exageradas, que el rayo brota de los ojos de Zeus. Felicidad no envidiada prefiero. ¡No sea yo debelador de ciudades, ni sometido esté al yugo de la servidumbre!

Epodo

Rápido rumor ha esparcido por toda la Ciudad la nueva feliz traída por el fuego. ¿Es cierta? ¿Es mentira enviada por los Dioses? ¡Quién sabe! ¿Quién ha de ser tan niño ó tan necio que encienda su espíritu en esa señal de la llama y gima después, viendo desmentida la nueva? Conviene á la mujer, antes de toda certidumbre, derramarse en acciones de gracias por un acontecimiento feliz. La mente de la mujer es propensa á la credulidad, mas victoria que anuncia disípase presto.

CLITEMNESTRA

Pronto hemos de saber si esas transmisiones de antorchas, fuegos y señales portaluces han dicho verdad, ó si ese bienhadado fulgor, como el de los sueños, ha engañado á mi mente. Veo venir de la ribera un heraldo coronado de ramas de olivo. El polvo, hermano sediento del lodo, me da testimonio de ello. No ha de ser ya mudo ese mensaje, y no te lo traerán sólo fuegos alimentados con ramas de los montes y humaredas de pira. Alegría mayor han de darnos sus palabras. Maldijera yo cualquier otra noticia. Así nos las traiga tan felices como las de los fuegos que vimos.

TALTIBIO

¡Salve, oh tierra de la patria, tierra de Argos! ¡Este décimo año me vuelve por fin á tu seno y logra una esperanza mía, después que tantas otras se han roto! No osaba yo, en efecto, esperar ya, muerto en esta tierra de Argos, hallar en ella sepultura muy deseada. Mas ahora, ¡salve, oh tierra! ¡Salve, luz de Helios! ¡Zeus, rey sumo de este país! ¡Y tú, príncipe pitio, que, volviendo contra nosotros tus flechas, no nos persigues ya con tu arco y que por largo tiempo te precipitaste ya contra

nosotros, á orillas del Escamandro! Sé ahora, príncipe Apolo, salvador y protector nuestro. Invoco también á todos los Dioses que presiden los combates, á Hermes, heraldo amado, y á los heraldos venerables, y á los guerreros que nos han enviado. ¡Muéstrense benévolos al regresar del ejército que ha sobrevivido á la guerra! ¡Salve, casa real, techos queridos, templos sagrados de los Dioses, Demonios que miráis el levantarse de Helios! Si jamás, en otro tiempo, acogisteis con ojos amigos al rey de esta tierra, recibidle igualmente ahora que vuelve pasado tanto tiempo. ¡El Rey Agamenón retorna, trayéndoos la luz á esta obscuridad de que todos participáis! Acogedle magníficamente, pues conviene así, ya que ha devastado en su venganza el suelo de Troya con la reja de Zeus. Derribados han sido los templos y las aras de los Dioses, y aniquilada toda la raza que pobló aquella tierra. Luego de imponer tal freno á Troya, ha vuelto el Atreida, el Rey augusto, el hombre feliz. De cuantos mortales existen, ninguno más digno de honor. Ni Alejandro, ni la Ciudad su cómplice, pueden gloriarse de crímenes mayores que los daños sufridos. Lo que arrebató y robó por un crimen, su presa, le ha sido arrancada, y así ha derribado hasta los cimientos la casa de sus padres. Doblemente expiaron su iniquidad los priamidas.

El coro de los Ancianos

¡Salve, oh heraldo, enviado del ejército aqueo!

Taltibio

Feliz soy, y aunque ahora muriese, no detestaría por ello á los Dioses.

El coro de los Ancianos

¿Te atormentaba, pues, la nostalgia de tu patria?

Taltibio

Tanto, que la alegría del regreso me llena los ojos de lágrimas.

El coro de los Ancianos

Así, pues, ¿conocías tan dulce mal?

Taltibio

¡Cómo! Revélame el sentido de tus palabras.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿Eras presa de la nostalgia de quien sentía nostalgia por ti?

TALTIBIO

¿Dices que la patria y el ejército se echaban de menos el uno al otro?

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Cuánto suspiré en el fondo del corazón entristecido!

TALTIBIO

¿De dónde nacía vuestra inquietud por el ejército?

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Ha mucho tiempo que es remedio de mis males el silencio.

TALTIBIO

Pues ¿qué teníais en ausencia de vuestros señores?

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Ahora, según dijiste, lo mejor es morir.

TALTIBIO

Ciertamente, pues buen fin alcanzaron las cosas. Lo que ocurre en un largo espacio de tiempo trae ya bienes, ya reveses. ¿Quién, sino los Dioses, puede pasar todo el tiempo de la vida sin desgracia? En efecto, si quisiera yo recordar nuestras miserias, los accidentes de las naves, los ocios raros y peligrosos, ¿en qué día no habremos sufrido y gemido? En tierra males aún mayores nos asaltaron. Teníamos los lechos bajo las murallas enemigas; los rocíos del Urano y de la tierra nos empapaban, calamidad de nuestras vestiduras, y hacían que se nos erizase el cabello. ¡Y si alguien nos hablara del invierno, matador de aves, intolerable para nosotros por la nieve Idia, ó del calor, cuando el mar, al mediodía, abandonado por el viento, se dormía inmóvil en su lecho! Mas ¿á qué lamentarse ya? El trabajo pasó; pasó también para los que han muerto y que nunca más se cuidarán ya de levantarse. ¿De qué sirve contar los muertos? ¿De qué les sirve el quejarse á los vivos? Antes conviene regocijarse de haber escapado de tantas desdichas. Para nosotros, que estamos salvos, en el ejército

aqueo, el bien prevalece y el mal no puede luchar contra él. Glorifiquémonos á la luz de Helios; ciertamente, ello es justo, después de haber sufrido tanto por tierra y por mar: «Tomada está Troya, y la flota de los argivos ha consagrado los despojos á los Dioses que se honran en Hélade, y los ha colgado en sus casas, como trofeo antiguo.» Oído esto, hay que glorificar á la Ciudad y á los jefes, y honrar á Zeus que lo hizo. Ya todo lo sabes.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Tus palabras me han convencido, no lo niego. El deseo de saberlo todo siempre está despierto en los ancianos. A esta casa real y á Clitemnestra conviene, en verdad, el regocijo; mas yo quiero también participar de su alegría.

CLITEMNESTRA

Tiempo hace ya que dejé lucir mi alegría, desde el punto en que el nocturno mensajero de llama nos hubo anunciado la toma y la ruina de Troya. Entonces, me dijeron, vituperándome: «¿Piensas, por la fe de esas inflamadas antorchas, que Troya ha sido saqueada ya? ¡Dejarse transportar de alegría con tal prontitud, propio es de mujeres!» A juzgar por tales palabras, ciertamente, insensata era yo. Hice, empero, sacrificios, y por todas partes, en la Ciudad, voces de júbilo, como de mujeres, elevaban acciones de gracias en los templos de los Dioses, y cantaban en el instante en que se amortigua la llama olorosa del incienso consumido. Ahora, ¿es necesario que me refieras lo demás? Por el Rey mismo he de saberlo todo. Apresurarme quiero á recibir lo mejor posible al Esposo venerable que vuelve á su patria. En efecto, ¿qué día más grato para una mujer sino aquel en que, trayendo de la guerra un Dios á su marido sano y salvo, le abre las puertas? Ve á decir á mi esposo que venga presto, según el deseo de los ciudadanos, y que hallará en sus moradas á su fiel mujer tal como la dejara, perro de la casa, dulce para él, mala para con sus enemigos, semejante á sí misma en todo lo demás y sin haber violado sello ninguno en tiempo tan largo. Ni conozco más los placeres y pláticas culpables con otro hombre que conozco el temple del bronce.

TALTIBIO

Tal loa de sí mismo, cuando está henchida de verdad, bien puede honrosamente pronunciarla una mujer.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Así acaba de declararte todo su pensamiento, en palabras claras, para que la conozcas. Mas, habla, heraldo; dime si vuelve Menelao con vosotros, sano y salvo de la guerra, aquel rey caro á los argivos.

TALTIBIO

No he de daros nuevas felices, sino falsas; amigos, no gozaríais de ellas mucho tiempo.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Así nos des noticias felices, pero verdaderas! Fácil es descubrir falsedades.

TALTIBIO

Aquel héroe ha desaparecido del ejército aqueo; él y su nave han desaparecido. No digo mentira.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿Se ha separado de vosotros abiertamente al salir de Ilión, ó una tempestad, sufrida por todos, le arrastró lejos de la escuadra?

TALTIBIO

Diste en el blanco, como hábil arquero. Brevemente referiste una gran calamidad.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿Qué dicen de él los demás marinos? ¿Que ha de estar vivo ó muerto?

TALTIBIO

Nadie lo sabe, nadie puede dar noticia cierta de él, á no ser Helios, de quien procede la fuerza generatriz de la tierra.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Dinos cómo ha sobrevenido y cómo ha cesado esa tempestad excitada contra las naves por la cólera de los Demonios.

TALTIBIO

No conviene profanar un día feliz relatando desgracias;

pero tal es el premio de los Dioses. Cuando un mensajero anuncia con rostro entristecido la terrible derrota de un ejército deshecho, la herida de un pueblo todo, ciudadanos innumerables arrojados de mil moradas con el doble látigo blandido por Ares, con la doble lanza sangrienta, ciertamente, el que tales desgracias anuncia puede cantar el Peán de las Erinnis; pero yo, que llego, jubiloso mensajero de victoria, á un pueblo henchido de júbilo, ¿cómo he de mezclar bien y mal con el relato de esa tempestad que la cólera de los Dioses ha precipitado sobre los argivos? El fuego y el mar, que antes se aborrecían, hanse conjurado, y han dado muestra de alianza en la destrucción de la infeliz armada de los argivos. Los furores del mar irritado desencadenáronse en la noche. Los vientos tracios hicieron chocar las naves, rompiéndolas; y otras, clavando violentamente sus espolones, entre torbellinos y torrentes de lluvia, desaparecieron y perecieron, arrastradas al abismo por un terrible piloto. Al volver la brillante luz de Helios, vimos el mar Egeo todo florecido de cadáveres de los héroes aqueos y despojos de naves. Un dios, no un hombre, rigiendo el timón, dejó salva nuestra sola nave y la arrancó del naufragio, ó intercedió por nuestra salvación. La fortuna protectora vino á sentarse, propicia, en nuestro navío, que no se vió tragado por el torbellino de las olas ni estrellado contra las rocas costeñas. Habiéndonos escapado por fin de la muerte en el mar, vueltos á la claridad del día y apenas convencidos de nuestra salvación, pensábamos con pena en el reciente desastre de la escuadra dispersa ó sumergida. Y ahora, si algunos de ellos viven aún, pensarán en nosotros como en muertos. ¿Por qué no? pues nosotros creemos que tal ha sido su destino. Mas que todo haya sido lo mejor. Entonces, ciertamente, puedes esperar que Menelao reaparezca antes que todos. Pues si algún rayo de Helios le ilumina aún, vivo y con los ojos abiertos, por voluntad de Zeus que no ha querido aniquilar á esta raza, esperanzas hay de que vuelva á su morada. Sabe que lo que oíste de mí es la verdad.

El coro de los Ancianos

Estrofa I

¿Quién con tanta verdad la ha llamado así, sino alguien á quien no vemos, y que, previendo el destino, mueve nuestra lengua hasta en las cosas fortuitas? ¿Quién ha llamado á esa

Helena, la esposa causa de la guerra y á quien se busca con la lanza? Ciertamente, perdición de navíos, guerreros y ciudades, ha huído en el soplo del gran Céfiro, lejos de las muelles y ricas colgaduras de la cámara nupcial; é innumerables guerreros portadores de escudos, como cazadores sobre su pista, han perseguido la nave que se iba borrando ante sus ojos hasta las sombreadas riberas del Simois, en donde habían de lanzarse á pugna sangrienta.

Antistrofa I

Lamentable ha sido para Ilión unión tal. La venganza se ha cumplido, infligiéndose á los culpables el castigo de la mesa hospitalaria mancillada y de Zeus hospitalario ultrajado, y castigándose á los priamidas por haber cantado el himno himeneo para honrar á los recientes esposos. En verdad, la antigua ciudad de Príamo ha cantado después un himno más lamentable, gimiendo por Páris, el esposo funesto, porque, desde entonces, ha gemido sin cesar á causa de la miserable matanza de sus ciudadanos.

Estrofa II

Un hombre ha criado un león funesto, que arrancó del pecho amado. En los primeros tiempos de su vida es manso, cariñoso para con los niños y grato á los ancianos. Tiénenle en brazos á menudo, como á recién nacido, juega con la mano que le acaricia y hace halagos, hambriento.

Antistrofa II

Más adelante, crecido, manifiesta el natural de su raza. En pago del alimento que se le da, propórcionase una comida no dispuesta, degollando corderos. Toda la casa está manchada de sangre. El dolor de los siervos es impotente contra tan terrible y mortífero azote. Es un sacrificador de Até el que ha sido criado en la casa.

Estrofa III

Tal ha llegado á Ilión Helena, tranquila como el mar en calma, ornato de la riqueza, encanto de la mirada, flor del deseo perturbador de corazones. Mas cambió, llevando á cabo las nupcias fatales, huésped terrible y funesto enviado á los priamidas por Zeus hospitalario, Erinnis execrable para las esposas.

Antistrofa III

Dicho antiguo es, tiempo ha conocido entre los hombres, que la perfecta felicidad no muere estéril, y que irreparable miseria nace de dichosa fortuna. Yo tengo esta idea muy diversa: que una acción impía engendra toda una generación semejante, al paso que la justicia no engendra en las casas sino una raza tan hermosa como ella misma.

Estrofa IV

Ciertamente, tarde ó temprano, una iniquidad antigua engendra, llegado el momento, una iniquidad nueva entre los hombres perversos: odio á la luz, demonio invencible, indomable, impiedad, audacia, negras discordias en las casas, raza en todo semejante á sus progenitores.

Antistrofa IV

La Justicia resplandece en las viviendas ahumadas y glorifica una vida honrada. Desvía los ojos del oro y de las riquezas que manchan las manos, y busca una santa habitación. Desprecia el poder tildado de infamia, y lo guía todo á su fin.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Ven, Rey, destructor de Troya, hijo de Atreo! ¿Cómo llamarte? ¿Cómo venerarte, ni demasiado, ni con defecto, en la justa medida? Muchos hombres hay que no gustan sino de apariencias y desdeñan la justicia. Todos están dispuestos á llorar con los desgraciados, pero el dolor no muerde el corazón. Con los dichosos todos se regocijan, poniendo rostro semejante al suyo, y condenándose á reir. Mas al que conoce bien á los hombres, los ojos no le engañan, y no se deja halagar por falsa benevolencia y por las lágrimas de una amistad fingida. Yo, no he de ocultártelo, cuando arrastrabas al ejército por causa de Helena, insensato te creí, porque pensé que no era prudente conducir, á pesar suyo, los hombres á la muerte. Ahora, victoriosos, piensan en sus males allá en el fondo de su corazón y con alegría sincera. Más tarde sabrás quién ha obrado bien ó mal entre los ciudadanos que están en la Ciudad.

AGAMENÓN

Ante todo, he de saludar á Argos y á los Dioses de la pa-

tria que, dándome ayuda, han favorecido mi retorno y la justa venganza que he tomado de la ciudad de Príamo. Los Dioses no han discutido la causa. Todos, unánimes, han decretado, echando sus votos en la urna sangrienta, la ruina de Ilión y la matanza de sus guerreros. En la otra urna quedó la esperanza, sin que nadie pusiera en ella mano. Ahora, por el humo se reconoce la ciudad destruída. Las tempestades de la ruina truenan victoriosas en ella, y la movible ceniza exhala allí los vahos de una antigua riqueza. Por eso hay que elevar á los Dioses acciones de gracias. Hemos tendido redes inevitables, y por una mujer, el monstruo argivo, hijo del caballo, ha destruído la ciudad. Todo un pueblo portaescudo, al caer de las Pléyades, se ha precipitado de un salto. El hambriento león ha traspuesto las murallas y ha bebido hasta saciarse la sangre real. Ante todo, debía yo hablar así de los Dioses, mas me acuerdo de tus palabras y digo como tú: A pocos hombres ha sido dado no envidiar á un amigo feliz. Un veneno invade el corazón del envidioso. Doblado está por él su sufrimiento, y gime al agobio de sus propios males, cuando ve la dicha ajena. Digo esto, sabiéndolo, porque he conocido bien el espejo de la amistad, sombra de una sombra, en todos los que parecían ser mis amigos. Ulises no más, que no se había dado al mar con gusto, una vez atado al yugo conmigo, ha sido para mí sólido compañero. De él lo digo, esté vivo ó muerto. De lo demás, de cuanto concierne á la Ciudad y á los Dioses, deliberaremos juntos en el ágora. Haremos que lo bueno siga como hasta aquí y persista; mas si algo necesita remedio, trataremos de curar los males con sabiduría, cortando y quemando. Ahora, entrándome en mi casa, junto á mi hogar, levantaré las manos hacia los Dioses que me han traído de tan lejos de ella. ¡Asista siempre á mi lado la Victoria que hasta hoy me ha seguido!

CLITEMNESTRA

Hombres de la Ciudad, ancianos argivos que aquí estáis, no me avergüenzo ya de revelar ante vosotros mi amor á mi marido. La vergüenza se disipa con el tiempo en el corazón de los hombres. No repetiré lo que otros han sentido, contando mi vida infeliz durante los largos años que él pasara en Ilión. Lo primero es desdicha grande para una mujer el estar sola en la casa, lejos de su marido. Oye innumerables rumores funestos que le traen una noticia siniestra, y después de ella, otra aún peor. Si el Rey hubiese recibido tantas heridas como

la fama traía á esta mansión, más traspasado estuviera que una red. Si hubiese muerto tantas veces como el rumor lo ha esparcido, pudiera, nuevo Gerión de triple cuerpo, gloriarse de haber revestido tres túnicas en la tierra, pues nada diré de la que se lleva bajo tierra, y dentro de cada una hubiese muerto una vez. A menudo han roto con violencia los lazos con que me oprimía el cuello, á causa de tan siniestras voces. Por eso tampoco está aquí, como convendría, Orestes, tu hijo, prenda de mi fe y de la tuya. Mas no te asombres. Edúcale un huésped benévolo, Estrofio el Forense, que me predijo dos riesgos futuros, el que tú corrías ante Ilión y la anarquía del pueblo que turbaba el senado público y lo pisoteaba, tanto más cuanto más bajo hubiese caído, como es natural en los hombres. Tal es la razón sincera de lo que yo hice. En cuanto á mí, secas están las henchidas fuentes de mis lágrimas, y ni una gota queda ya por tantas noches de insomnio que mis ojos sufrieron, mientras te lloraba esperando las señales de las hogueras que nunca aparecían. Me desvelaba el ligero murmurio de los mosquitos al agitar sus alas y veía mayores males caer sobre ti de los que soñaba dormida. Mas después de haber pasado por tantas fatigas, puedo decir, lleno de gozo el corazón: ¡He aquí el hombre, el perro del establo, el cable salvador de la nave, la sólida columna de la elevada mansión, que es como el hijo único para el padre, semejante á la tierra que, contra toda esperanza, surge ante los marinos en brillante luz, pasada la tormenta, como el surtir de un manantial para el viajero sediento! Dulce es para mí que hayas escapado á todos los peligros. Ciertamente, eres digno de que así te salude sin reserva, ya que tantos males he padecido. Ahora, cabeza amada, desciende del carro, mas no pongas en el suelo ¡oh Rey! el pie que derribara á Ilión! Esclavos, ¿qué tardáis? ¿No os ordené que cubrieseis su camino con alfombras? ¡Pronto! Cúbrasele de púrpura el camino, mientras se dirige á la casa que no esperó ver más, para que se le conduzca con honor, que así conviene. En cuanto á lo demás, no se ha de adormecer mi vigilancia, y con ayuda de los Dioses cumpliré lo que quiere el destino.

AGAMENÓN

Hija de Leda, guardadora de mis moradas, hablaste á medida de mi ausencia, largamente; mas, para que con justicia sea loado, es fuerza que otros me rindan tal honor. No me trates, empero, muellemente, á modo de mujer, ó como á rey bárbaro. Nadie se prosterne ante mí lanzando altos clamores, ni se despierten envidias tendiendo alfombras á mi paso. No

es lícito honrar así mas que á los Dioses. No sin temor, yo que soy sólo un hombre, sabría andar sobre púrpura. Quiero que me honren como á hombre, no como á Dios. El clamor público crecerá sin que necesite de alfombras ni púrpura. La sabiduría es el don más preciado de los Dioses. Sólo puede llamarse feliz al que ha acabado sus días en la prosperidad. Buena esperanza tuviera yo si mi dichosa fortuna presente se me concediera en todo.

CLITEMNESTRA

No te resistas á mi deseo.

AGAMENÓN

Sabe que mi mente no ha de cambiar.

CLITEMNESTRA

¿Has prometido á los Dioses, por temor, obrar así?

AGAMENÓN

Yo sé por qué lo hago, si otros lo ignoran.

CLITEMNESTRA

¿Qué piensas tú que hubiese hecho Príamo victorioso?

AGAMENÓN

Pienso que hubiese caminado sobre púrpura.

CLITEMNESTRA

Pues no temas el vituperio de los hombres.

AGAMENÓN

La voz del pueblo es, en verdad, omnipotente.

CLITEMNESTRA

No es envidiable el que no es envidiado.

AGAMENÓN

No conviene que una mujer sea tenaz.

CLITEMNESTRA

Gloria para el vencedor es dejarse vencer.

AGAMENÓN

Así, pues, ¿en mucho estimas tal victoria?

CLITEMNESTRA

¡Consiente en ello! Cédeme de buen grado victoria tal.

AGAMENÓN

En ese caso, si es tu gusto, desátenseme pronto estas sandalias, esclavas hechas al pie, para que ningún Dios me mire de lejos, con ojos de envidia, caminar sobre esa púrpura. Harto me avergonzaría, en verdad, de mancillar, hollándolos, esas riquezas y tejidos que tanto costaron. Mas basta ya. Recibe con benevolencia á esta extranjera en las moradas. Un Dios mira favorable desde lo alto á quien manda con dulzura, pues nadie se somete de grado al yugo de la servidumbre. Esta que me ha seguido es flor escogida entre riquezas innumerables, don del ejército. Y puesto que cambié de propósito, y para complacerte en ello, entro en la casa hollando púrpura.

CLITEMNESTRA

Tenemos el mar, ¿quién pudiera agotarlo? que cría abundante la púrpura, tan preciosa como la plata, riquísimo tinte de las vestiduras. Gracias á los Dioses, ¡oh Rey! nuestra casa encierra hartas riquezas de este género y no conoce la indigencia. ¡Cuántos tejidos hubiese yo dedicado á que tus pies los hollaran, de haber querido los oráculos que así comprase la vuelta de tu alma! Mientras la raíz está salva, el follaje lanza su sombra sobre esta mansión, defendiéndola contra el can Sirio. Tu retorno al hogar doméstico es como calor de estío en mitad del invierno. Cuando Zeus hace hervir el vino en el racimo verde, fresca brisa penetra en la casa si el jefe está de vuelta. ¡Zeus! ¡Zeus que todo lo cumples, acoge mis votos, piensa en lo que te queda por cumplir!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Estrofa I

¿Por qué el presagio vuela constante en torno de mi cora-

zón como un presentimiento, la adivinación no invocada, cuya voz no recibe precio? ¿Por qué, rechazándolo como á sueño obscuro, la cierta confianza no puede asentarse en mi mente? Lejos está ya el tiempo en que las naves permanecían amarradas por los cables á esta orilla, de donde la flota zarpó rumbo á Ilión.

Antistrofa I

¡Con mis ojos veo su retorno, testigo de él soy, no tengo esperanza ni confianza y mi espíritu canta, mas no con la lira, el lamento de Erinnis! No engaña el corazón agitado por el presentimiento de la expiación cierta. ¡A los Dioses pido que desmientan una parte de mis terrores y no se cumpla!

Estrofa II

La más firme salud acaba en dolores inevitables, pues la enfermedad vive junto á ella y una misma pared tan sólo las separa. El destino del hombre, en recto correr, choca siempre con un escollo oculto; pero si la prudencia manda que se eche al mar algo del rico cargamento, no perece toda una casa agobiada por las desdichas, y no se sumerge la nave. Ciertamente, la abundancia que Zeus envía, las cosechas que anualmente brotan de los surcos, curan el hambre pública.

Antistrofa II

Mas ¿qué encantamiento llamará otra vez á la sangre vertida en la tierra, á la sangre negra de un hombre degollado? ¿No fulminó Zeus tiempo atrás al Sapientísimo que intentara sacar á los muertos del Hades? Si la Moira divina no me prohibiese decir más, mi corazón, adelantándose á mi lengua, todo lo hubiese revelado. Mas estremécese en la sombra, impaciente de cólera, y sin que espere, consumido de inquietudes, hablar nunca á tiempo.

CLITEMNESTRA

¡Entra tú también, Casandra! Ya que Zeus, benévolo, quiere que en esta morada participes de los quehaceres comunes, con siervos numerosos, ante el altar doméstico, baja del carro y renuncia al orgullo. Dicen que el hijo de Alcmena también fué vendido y obligado á soportar el yugo. Cuando la necesidad reduce á esto la fortuna, gran ventura es el dar en manos de señores de antiguo opulentos. Los que sin haberlo

esperado acaban de lograr rica cosecha, duros son en todo y sin equidad para con sus siervos. Tendrás á nuestro lado cuanto necesites.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Claro te habló. Si presa te hallaras en las redes fatales, obedecieras de fijo. Obedece, pues. ¿No quieres?

CLITEMNESTRA

A menos que, semejante á la golondrina, sea su lenguaje desconocido y bárbaro, mis palabras entrarán en su mente y sabré persuadirla.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Consiente en ello. Te aconseja lo mejor en el estado presente. Obedece. No te quedes sentada en tu carro.

CLITEMNESTRA

No tengo valor para esperarla ante las puertas; las ovejas que han de ser degolladas y quemadas alinéanse ante el hogar, en medio de la casa, pues tenemos un júbilo que ya nunca jamás esperábamos. Tú, si quieres hacer lo que dije, no tardes; mas si no entendiste mis palabras, contéstame por señas, como los bárbaros.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Ciertamente, la extranjera necesita intérprete. Tiene aspecto de animal feroz recién cogido.

CLITEMNESTRA

Ciertamente, loca está, y obedece á insensato espíritu esta mujer que, abandonando su ciudad, ayer tomada, como esclava viene aquí. No se hará al freno sin mancharlo antes de sangrienta espuma. Mas no quiero pasar por la afrenta de seguir hablándola.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

A mí la compasión me domina, y no me irrito. Anda, ¡oh infeliz! deja ese carro, cede á la necesidad, haz el aprendizaje de la servidumbre.

CASANDRA

Estrofa I

¡Oh Dioses, Dioses! ¡oh tierra! ¡oh Apolo! ¡oh Apolo!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿Por qué clamas á Loxias? No es Dios á quien se invoque con lamentos.

CASANDRA

Antistrofa I

¡Oh Dioses, Dioses! ¡oh tierra! ¡oh Apolo! ¡oh Apolo!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Otra vez invoca con gritos desesperados al Dios que no escucha lamentos.

CASANDRA

Estrofa II

¡Apolo! ¡Apolo! ¡tú que me arrebatas! ¡verdadero Apolo para mí! ¡de nuevo me perdiste!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Parece predecir sus propias desgracias. El espíritu de los Dioses aún mora en ella, por más que sea esclava.

CASANDRA

Antistrofa II

¡Apolo! ¡Apolo! ¡tú que me arrebatas! ¡verdadero Apolo para mí! ¿adónde me condujiste? ¿á qué mansión?

EL CORO DE LOS ANCIANOS

A la morada de los Atreidas. Si no lo sabes, te lo digo, y tal es la verdad.

CASANDRA

Estrofa III

¡Mansión detestada por los Dioses! ¡Cómplice de innume-

rables asesinatos y suplicios de horca! ¡Degollación de un marido! ¡Suelo que sangre chorrea!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Sagaz parece la extranjera, como perro de caza. Husmea los crímenes que ha de descubrir.

CASANDRA

Antistrofa III

Ciertamente, creo á estos testigos, á estos niños que lloran, degollados, á estas carnes que, asadas, come un padre.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Ciertamente, sabíamos que eras adivina; mas ninguna necesidad de adivinos tenemos.

CASANDRA

Estrofa IV

¡Ay! ¡Dioses! ¿Qué se trama? ¿Qué grande y nueva desgracia meditan en estas mansiones, horrible para seres allegados, y sin remedio? ¡Harto lejos está el socorro!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Esto no lo entiendo. Las demás profecías bien las conozco; toda la ciudad las repite.

CASANDRA

Antistrofa IV

¡Ah! ¡miserable! ¿Lo harás? ¡Vas á lavar en el baño al que compartió tu lecho! ¿Cómo diré lo demás? Pronto ello ha de ocurrir. Alarga ella el brazo y de la mano se apodera.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

No he entendido aún. En verdad, otros tantos enigmas son en obscuros oráculos. No sé qué pensar de ello.

CASANDRA

Estrofa V

¡Ay! ¡ay! ¡Dioses, Dioses! ¿qué es ello? ¿será alguna red

del Hades? ¡Es el velo que envuelve á los esposos, el instrumento del crimen! ¡Erinnis insaciables de esta raza, gritad lúgubremente por este horrible asesinato!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿A cual Erinnis mandas lanzar gritos sobre esta mansión? No me dan alegría tus palabras. La sangre, de color de azafrán, se me vuelve al corazón. Es como si me hubiesen dado una lanzada; como la sombra sobre los rayos de una vida expirante. Ciertamente, rápida es Até.

CASANDRA

Antistrofa V

¡Ay! ¡ay! ¡Vedlo, vedlo! ¡Alejad al toro de la vaca! ¡Le hiere, enredándole en un velo las negras astas! Cae él en el agua del baño, os lo digo, en el baño de la astucia y el crimen.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Me lisonjeo de ser hábil intérprete de oráculos, mas pienso que éste oculta alguna desdicha. ¿Qué prosperidades predijeron jamás los oráculos á los hombres? En efecto, la ciencia antigua de los Adivinos no anuncia mas que males y no ofrece sino terror.

CASANDRA

Estrofa VI

¡Ay! ¡ay! ¡Desgraciada! ¡Oh lamentables miserias mías! Ciertamente lloro y gimo también por mi propia calamidad. ¿Por qué me condujiste aquí, desgraciada de mí, si no es para que muriese contigo? ¿Por qué, en verdad?

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿De tal modo estás poseída por el furor del soplo divino, que por ti misma te lamentas en gritos discordantes? Así el pardo ruiseñor, insaciable de gemidos, ¡ay! y pasándose la vida entre dolores, con el corazón desgarrado, va gimiendo: ¡Itis! ¡Itis!

CASANDRA

Antistrofa VI

¡Dioses, Dioses! ¡el destino del ruiseñor sonoro! Los Dioses

le dieron cuerpo alado y dulce vida sin dolor; pero á mí, lo que me está reservado, es el verme desgarrada por la espada de dos filos!

El coro de los Ancianos

¿De dónde vienen á ti la angustia vana y profética que te invade, los gritos terribles y funestos, los cantos agudos? ¿Por qué frecuentas los obscuros caminos de la cólera adivinatriz?

Casandra

Estrofa VII

¡Oh bodas, bodas de Paris, funestas á los suyos! ¡oh Escamandro, río de la patria! En aquel tiempo, cabe tus aguas, ¡infeliz! mi juventud medró. ¡Ahora, á las riberas del Cocito y del Río doloroso iré presto á vaticinar!

El coro de los Ancianos

Clarísimas son las palabras que dijiste; un niño las entendiera. Hasta lo profundo me desgarra el corazón mordedura sangrienta, cuando te oigo gemir y lamentarte por tu infeliz destino.

Casandra

Antistrofa VII

¡Oh trabajos! ¡Trabajos de una Ciudad para siempre derribada! ¡Sacras fiestas de mi padre al pie de las torres! ¡Inmolación de bueyes innúmeros en nuestras dehesas! ¡Nada pudo salvar á la Ciudad de su ruina presente, y yo, ardiendo toda en el soplo divino, pronto estaré tendida sobre la tierra!

El coro de los Ancianos

Esas palabras no desmienten las que antes dijiste; mas ¿qué Demonio fatal se agita en ti, constriñéndote á cantar el dolor, el luto y la muerte? No sé lo que va á pasar.

Casandra

¡Ciertamente, el oráculo no ha de seguir ya mirando á través de unos velos, como doncella desposada, mas he aquí que va á brillar y resplandecer á la salida de Helios! ¡Resoplando y rugiendo al modo de mar levantada, desdicha más

terrible que esa va á espumar á la luz! Y no seguiré hablando con enigmas. Y sed vosotros testigos de que mi carrera sigue sin torcerse, al olfato, la pista de las desgracias que se cumplieron aquí tiempo atrás. ¡No abandona estas moradas el Coro discorde y horrible de oir! Ciertamente, para excitar su rabia, sangre humana ha bebido, sin dejar esta mansión, el rebaño de las Erinnis que nadie puede ahuyentar! Siempre sentadas en estas mansiones, cantan el crimen, el primero de todos. Luego maldicen al que violó el lecho del hermano. Ahora, ¿he errado el blanco ó lo acerté como hábil arquero? ¿Soy adivinadora falsa de las que charlan llamando á las puertas? Sé testigo. Declara y jura que conozco los crímenes antiguos de estas moradas.

El coro de los Ancianos

¿A qué jurar y declarar? ¿Ha de salvarnos eso? Ciertamente, me admira que, educada más allá del mar, en ciudad extranjera, puedas hablar como si siempre hubieras estado aquí.

Casandra

El profeta Apolo me ha concedido ese don.

El coro de los Ancianos

¿No estaba enamorado el Dios?

Casandra

En otro tiempo, el pudor me hubiera impedido confesarlo.

El coro de los Ancianos

Ciertamente, el que posee un poder de él abusa.

Casandra

Fué luchador violento, pues su corazón estaba henchido de amor hacia mí.

El coro de los Ancianos

¿Le concediste que á ti se uniese, como lo hacen los que se aman?

Casandra

Tal prometí, pero engañé á Loxias.

El coro de los Ancianos

¿Estabas ya dotada del arte de adivinar?

Casandra

Ya profetizaba todas sus desdichas á nuestros conciudadanos.

El coro de los Ancianos

Mas ¿la cólera de Loxias te perdonó?

Casandra

Nadie me cree ya desde que así mintiera.

El coro de los Ancianos

Parécesnos, empero, adivinadora verídica.

Casandra

¡Ay! ¡ay de mí! ¡oh desgracia! ¡Otra vez el trabajo profético me hincha el pecho, preludio del canto terrible! ¿Veis aquellos niños sentados en las moradas, como apariciones de ensueños? Son niños degollados por sus padres. ¡Aparécense, sosteniendo en las manos abiertas su carne devorada, sus intestinos, sus entrañas, miserable alimento de que participó un padre! Por eso os digo que un león cobarde medita, lanzándose al lecho del esposo, la venganza de tal crimen. ¡Malhaya el que ha vuelto, mi amo, ya que he de sufrir yugo de servidumbre! ¡El jefe de las naves, el destructor de Ilión, no sabe lo que hay debajo de la faz sonriente y de las palabras sin número de la odiosa Perra, y qué horroroso destino le previene, como fatalidad emboscada! ¡Tal medita la hembra matadora del macho! ¿Qué nombre dar á ese animal monstruoso? ¡Serpiente de dos cabezas, Scila habitadora de rocas y perdición de marinos, proveedora del Hades, que espira sobre los suyos las maldiciones implacables! ¡Qué grito ha lanzado, la muy audaz, como grito de victoria en combate, como si se regocijara de la vuelta del marido! Ahora, si no te persuadí, ¿y cómo has de persuadirte? lo que ha de ser, será. Tú serás, ciertamente, testigo de ello, y podrás decir, lleno de compasión, que no fuí sino harto verídico profeta.

El coro de los Ancianos

He reconocido, horrorizándome, la comida de Tiestes, que

devoró la carne de sus hijos, y me sobrecoge el terror al oir cosas tan verdaderas y no inventadas; mas por las que primero dijiste, me desvío del recto camino.

CASANDRA

Te lo digo, has de ver el asesinato de Agamenón.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Oh desdichada! Constriñe á tu boca para que hable mejor.

CASANDRA

No hay remedio ninguno á lo que dije.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

No, ciertamente, si ello ha de ser; ¡mas que no sea!

CASANDRA

¡Ruegas tú! ¡Y ellos no piensan sino en degollar!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿Qué hombre habría de cometer tal crimen?

CASANDRA

Ciertamente, no entendiste mis oráculos.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

En verdad, no comprendo el lazo que se prepara.

CASANDRA

Pues harto conozco la lengua de los helenos.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Los Oráculos de Pito la saben también; empero no es fácil entenderlos.

CASANDRA

¡Dioses! ¡qué ardor se precipita dentro de mí! ¡Ay! ¡ay de

mí! ¡Apolo Licio! ¡Ay! ¡acúdeme, acúdeme! ¡La leona de dos pies que durmió con el lobo, en ausencia del noble león, me ha de degollar á mí, desdichada! Preparando su crimen, se gloría, dándome la mitad de su cólera, de aguzar la espada contra el marido y querer su muerte, porque me trajo aquí. Mas ¿á qué conservar estas vanidades, el cetro y las vendas fatídicas en derredor de mi cabeza? Ciertamente, las he de romper antes de mi última hora. ¡Ea, mis pies os huellan! Pronto he de seguiros. Llevad á algún otro vuestros funestos dones. ¡Despójeme el mismo Apolo de la veste fatídica! ¡Oh Apolo, ya me viste, con estos adornos, hecha irrisión de mis amigos, que, sin causa, ciertamente, mis enemigos eran! ¡Me llamaron vagabunda, mendiga, á mí, miserable y hambrienta! Y ahora, el Profeta que me hizo profetisa me arrastró á este fin lamentable. ¡En vez del altar paterno, un tajo de cocina me espera, y allí me degollarán, caliente aún! Mas no moriré sin venganza de los Dioses. Otro, ciertamente, vendrá, que tome en sus manos nuestra venganza y mate á la madre, en expiación de la muerte del padre. Ciertamente, desterrado está y vagabundo lejos de esta tierra, pero volverá para añadir un crimen último á todos los de su raza. Los Dioses han hecho juramento solemne de que le traerían al caer su padre que yace degollado. Mas ¿á qué gemir de tal suerte ante estas moradas, yo que vi á Ilión sufrir su destino, y que los Dioses reservaban éste á los vencedores de mi Ciudad? Iré, sufriré también mi destino. He aquí la puerta del Hades. ¡Mátenme de un solo golpe! ¡Corra mi sangre toda entera, sin convulsión, y cierre yo tranquilamente los ojos!

El coro de los Ancianos

¡Oh desdichadísima! ¡Oh mujer que tanto sabes, cuánto hablaste! Mas, si sabes también tu propio destino, ¿por qué, como buey consagrado á los Dioses, corres tan audazmente al ara?

Casandra

No puedo huir. ¡Oh extranjeros, el tiempo me apremia!

El coro de los Ancianos

El que muere lo más tarde posible es más fuerte que el tiempo.

Casandra

He aquí mi día. Nada ganara con huir.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Sabe que eres desgraciada por exceso de ánimo.

CASANDRA

Morir como valientes es grande honor para los mortales.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Nadie, entre los que son felices, lo cree así.

CASANDRA

¡Ay de mí, oh padre! ¡Tú y tus nobles hijos!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿Qué es eso? ¿Qué terror te hace retroceder?

CASANDRA

¡Ay! ¡ay de mí!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿Por qué ¡ay!? ¿por qué gritar ¡ay de mí!? ¿Es un terror nuevo?

CASANDRA

¡Estas moradas huelen á exterminio y á sangre vertida!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿Cómo no tuvieran ese olor, si se ofrecen sacrificios en el hogar?

CASANDRA

¡No, es el vapor que sube de la tumba!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Ciertamente, no es perfume sirio.

CASANDRA

¡Ea! Entraré en las moradas para seguir gimiendo en ellas por mi destino y por el de Agamenón. Harto viví. Salve, ¡oh

extranjeros! No me espanta, como á pájaro, la liga armada. Sed testigos de ello, puesto que voy á morir. Una mujer ha de ser muerta para vengarme á mí, mujer; un hombre será degollado para vengar á un hombre, casado en hora funesta. ¡Extranjera, no he hallado mas que una hospitalidad: la muerte!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Oh desdichada! ¡qué lástima me inspira tu fatal destino!

CASANDRA

Quiero seguir hablando de mi destino y lamentarme de él. ¡Llamo y suplico á Helios, á quien miro por última vez! ¡Paguen mis asesinos á mis vengadores la sangre de la cautiva fácilmente degollada! ¡Oh cosas humanas! Si prosperan, una sombra las aniquila, y en la adversidad, una esponja empapada en agua borra su huella! Y por esto gimo, más que por todo lo otro.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

No hay saciedad de ventura para los mortales, y nadie nos echa de las mansiones ya señaladas con el dedo por sus riquezas, diciendo: ¡No entrarás! Los Dioses felices concedieron á éste que tomase la ciudad de Príamo, y vuelve á su casa, honrado por los Dioses. Mas si ahora tiene que expiar las discordias y asesinatos de los que mataron antes que él, si ha de morir por otras muertes, ¿qué mortal, al saberlo, pudiera loarse de haber nacido para un destino feliz?

AGAMENÓN

¡Acudidme! ¡Herido estoy con mortal herida en mitad del corazón!

PRIMER SEMI-CORO

¡Silencio! ¿Quién gritó, herido de golpe mortal?

AGAMENÓN

¡Otra vez! ¡Herido estoy de nueva herida!

SEGUNDO SEMI-CORO

¡Es grito del Rey! Parece que un crimen se ha cometido. Deliberemos acerca de lo que hemos de hacer.

PRIMER SEMI-CORO

Por mi parte, os diré mi pensamiento: llamemos á los ciudadanos para que, acudiendo á la casa, traigan socorro.

SEGUNDO SEMI-CORO

Me parece que valiera más que nos lanzásemos á la casa y castigásemos el crimen espada en mano.

PRIMER SEMI-CORO

Consiento en ello. Hay que obrar sin tardanza.

SEGUNDO SEMI-CORO

Hay que ir á ver. En efecto, así comienzan los que aspiran á la tiranía.

PRIMER SEMI-CORO

Perdemos el tiempo; ¡y ellos pisotean el mérito de la prudencia, y no duerme su mano!

SEGUNDO SEMI-CORO

No sé qué aconsejaros. Pienso, no obstante, que vale más el consejo que la acción.

PRIMER SEMI-CORO

Yo lo pienso también, que no tengo poder para lograr con palabras que los muertos se alcen en pie.

SEGUNDO SEMI-CORO

Mas ¿hemos de sacrificar toda la vida á los violadores de esta casa, y han de ser amos nuestros?

PRIMER SEMI-CORO

No es soportable. Más vale morir. La muerte vale más que la sumisión á la tiranía.

SEGUNDO SEMI-CORO

Mas ¿qué prueba tenemos, á no ser ese grito lanzado, para afirmar que el Rey ha sido muerto?

PRIMER SEMI-CORO

Ciertamente, no hay que afirmar sino con toda certidumbre. Lejos está la certidumbre de la conjetura.

SEGUNDO SEMI-CORO

Tal pienso yo. Hay que esperar á que sepamos con certeza lo que fué del Atreida.

CLITEMNESTRA

No he de avergonzarme al desmentir ahora las numerosas palabras que antes dije, por conveniencia del momento. ¿De qué modo, en efecto, ha de prepararse la pérdida del que se odia fingiéndole amor, para envolverle en una red de la que no pueda desprenderse? En verdad, tiempo hace ya que pienso dar este combate. He tardado, mas el tiempo llegó. Heme aquí en pie; le herí; ello es hecho. Ciertamente, no he obrado antes de que le fuese imposible defenderse contra la muerte y esquivarla. Le envolví enteramente en una red sin escape, de coger pescado, en velo riquísimo, pero mortal. ¡Por dos veces le he herido, y ha gritado por dos veces, y las fuerzas se le han quebrantado, y, caído ya, le he herido con un tercer golpe, y el Hades, guardador de muertos, se ha regocijado! Así es cómo, al caer, ha entregado el alma. Jadeante, me ha regado con el surtidor de su herida, negro y sangriento rocío, no menos dulce para mí que lluvia de Zeus para las mieses cuando la espiga rompe su envoltura. He aquí los hechos, Ancianos argivos que aquí estáis. Regocijaos, si os place. Yo de ello me aplaudo. Si conveniente fuera verter libaciones por un muerto, ciertamente pudiera hacerse en buena ley por éste. Había colmado la crátera de esta mansión de crímenes execrables, y de ella ha bebido á su regreso.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Me admira la insolencia de tu lengua. ¡Te glorías de hablar así de tu marido!

CLITEMNESTRA

Me tienes por mujer irresoluta, y yo os digo, con inquebrantable corazón, para que lo sepáis: que me loéis ó me vituperéis, poco importa. Este es Agamenón, mi marido. Muerto

está, y es mi mano la que justamente le hirió. Es obra buena. Dicho está.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Estrofa I

¡Oh mujer! ¿qué fruta maldita de la tierra comiste? ¿Qué veneno salido del mar bebiste para concitar de tal suerte sobre ti, con tan horrendo crimen, las execraciones del pueblo? Has abatido, has degollado. ¡Horrible á los ciudadanos, serás arrojada de aquí!

CLITEMNESTRA

Quieres, ahora, que se me arroje de la Ciudad, desterrada, cargada del odio de los ciudadanos y de las execraciones del pueblo, y nada echas en cara á este hombre, que ha sacrificado á su hija, sin cuidarse más de ella que de una oveja de las que abundan en los pastizales, ¡de ella, de la carísima criatura que traje al mundo, y para aplacar los vientos tracios! ¿No era él quien merecía ser arrojado de aquí, en expiación de tanta impiedad? Mas, sabedor de lo que hice, juez inexorable te me muestras. Ciertamente, dígote que puedes amenazar, pronta estoy. El que logre la victoria, mandará. Si un Dios ha resuelto tu derrota, por lo menos habrás aprendido prudencia.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Antistrofa I

¡Hablas llena de audacia y de orgullo, y tu mente furiosa está ebria de la sangre del crimen! Esa mancha de sangre que hay en tu rostro está sin venganza; has de expiar, abandonada de los tuyos, muerte con muerte.

CLITEMNESTRA

Oye este juramento sagrado: Por la justa venganza de mi hija, por Até, por Erinnis, á quien he ofrecido la sangre de este hombre, no temo entrar nunca en la mansión del terror, mientras Egisto, que me tiene amor, encienda el fuego de mi hogar, como ya antes de hoy lo ha hecho. El es, en efecto, el amplio broquel que protege mi audacia. ¡Ved yacente al que me ultrajaba, delicia de las Criseidas que vivieron delante de Ilión! Y ved á la Cautiva, fatídica adivinadora, que compartía su lecho, y vino con él en las naves. No han sido injustamente heridos, y él, ya sabes cómo. Ella, como el cisne, ha

cantado su canto de muerte. ¡Yace también la muy amada! ¡Y ello aumenta los placeres de mi lecho!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Estrofa II

¡Ay! ¡Denos pronto el destino, sin excesivos dolores, sin que languidezcamos en un lecho, sueño eterno y sin fin, ya que muerto está el que nos protegía y amaba, el que, luego de haber sufrido tanto por una mujer, ha venido á perder la vida por crimen de una mujer!

Estrofa III

¡Ay! ¡insensata Helena! ¡Tú sola cuán innumerables almas perdiste frente á Troya! ¡Y he aquí que también habías señalado con imborrable mancha de sangre la vida gloriosa del que acaba de morir! Desde entonces, Eris, encerrada en las mansiones, ha meditado la muerte del hombre.

CLITEMNESTRA

No invoquéis á la Moira de la muerte al lamentaros de lo que hice; no os enojéis contra Helena porque ha destruído á los guerreros. No ha perdido ella sola tantas almas de dánaos, ni sola ha causado tantos intolerables dolores.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Antistrofa II

¡Oh Demonio que has morado en esta mansión y en ambos Tantálides, tú dotaste á las mujeres de su audacia salvaje y me desgarras el corazón! ¡Y hela en pie, sobre el cadáver, como cuervo fúnebre, entonando su canto de triunfo!

CLITEMNESTRA

Antistrofa III

He aquí que hablas más verídicamente al acusar al Demonio tres veces terrible de esta raza. El es, en efecto, quien excita esta sed de sangre en nuestras entrañas. ¡Antes de que la primera llaga se haya cerrado, nueva sangre brota!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Estrofa IV

Ciertamente, te apresuras á recordar al Demonio furibundo

de estas moradas. ¡Ay! ¡ay de mí! ¡Males terribles y lamentable fortuna! ¡Oh Dioses! ¡ay! Es Zeus quien todo lo quiso y llevó á cabo. Nada, en efecto, pasa entre los hombres sin Zeus. Nada se nos envía que no venga de los Dioses. ¡Ay! ¡ay de mí! ¡Oh Rey, oh Rey! ¿cómo he de llorarte? ¿cómo he de decirte cuánto te amaba? ¡Yaces en esa tela de araña, después de haber dado el alma en impío asesinato! ¡Desgracia sobre mí! ¡He aquí que estás tendido en ese lecho de esclavo por un crimen lleno de astucia, herido por el hacha de dos filos!

CLITEMNESTRA

Estrofa V

Dices que es mío ese crimen, mas no dices que soy mujer de Agamenón. ¿Quién ha tomado mi forma? El antiguo é inexorable vengador de Atreo y de su horrible comida. El es quien ha vengado en este hombre á los niños degollados.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Antistrofa IV

¿Quién dará testimonio de que estás inocente de tal crimen? ¿Cómo? ¿cómo? ¡Venga á su vez el vengador oculto del padre! El negro Ares se encarniza en verter la sangre de vuestra familia; mas, venga de donde viniere, no hará mas que añadir sangre á la sangre de los niños devorados. ¡Ay! ¡ay de mí! ¡Oh Rey, oh Rey! ¿cómo he de llorarte? ¿cómo he de decirte cuánto te amaba? ¡Yaces en esa tela de araña, después de haber dado el alma en impío asesinato! ¡Desgracia sobre mí! ¡He aquí que estás tendido en ese lecho de esclavo por un crimen lleno de astucia, herido por el hacha de dos filos!

CLITEMNESTRA

Antistrofa V

No pienso que haya recibido muerte indigna de él. ¿No ha traído, y abiertamente, la desesperación á estas moradas? Odiosamente ha sacrificado á la hija que de él tuve, á Ifigenia la tan llorada. En verdad, ha muerto justamente. ¡No se queje en el Hades! Ha tenido la muerte sangrienta que había dado.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Estrofa VI

Vacilo, no sé qué pensar. ¿Qué haré, en mi angustia, ante

la caída de esta casa? Tiemblo al estrépito del torrente de sangre que se traga esta mansión, que ya no es lluvia. ¡Después de cada crimen, la Moira aguza otro crimen para su expiación!

PRIMER SEMI-CORO

Antistrofa VI

¡Oh tierra, tierra! ¿Por qué no me encerraste antes de que viera á éste tendido en el fondo del baño de plata? ¿Quién le dará sepultura? ¿Quién le llorará? ¿Te atreverás á hacerlo, tú, que has degollado á tu marido? ¿Te atreverás á llorarle? ¿Te atreverás á rendir, á pesar suyo, tales honores á su alma, después de tan grande crimen?

SEGUNDO SEMI-CORO

¿Quién cantará las alabanzas fúnebres de este hombre divino? ¿Quién verterá por él lágrimas sinceras?

CLITEMNESTRA

Estrofa VII

No conviene que te tomes tal cuidado. Ha caído, muerto está por mí. Le daré sepultura, sin que los suyos le lloren. Pero Ifigenia, su hija, con un tierno beso, saldrá, como conviene, á recibir á su padre, á orillas del rápido Río de los dolores, y le estrechará en sus brazos.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Antistrofa VII

¡Ultraje por ultraje! ¿Cómo salir de tal cadena de crímenes? El que mata, expía, y sangre paga sangre. Mientras Zeus permanezca en la duración, el que haya cometido crimen lo expiará. Esto es así para siempre. ¿Quién puede echar de su mansión á una raza legítima? Inseparable es de ella, y á ella está indisolublemente adherida.

CLITEMNESTRA

En verdad, así es. Ciertamente, juro al Demonio de los Plisténides que soportaré tal destino, por pesado que sea. ¡Salga, pues, de aquí tal Demonio, y váyase á llevar el espanto á otras razas con mutuas degollaciones! ¡Me basta la mínima parte de

nuestras riquezas, con tal que desvíe de nuestras moradas el furor de los mutuos degüellos!

EGISTO

¡Oh bienhadada luz de este día que me trajo venganza! ¡He de creer ahora que hay Dioses vengadores que desde lo alto miran las miserias de los hombres! Veo, en efecto, á este hombre tendido, muerto, con la vestidura de las Erinnis, y ello me es grato, porque expió los furores de su padre. Atreo, rey de esta tierra, padre de este hombre, ha disputado el poder á Tiestes, para nombrarle claramente, á mi padre, que era su propio hermano, y le ha echado de las moradas paternas. El desdichado Tiestes, luego de estar seguro de su vida, volvió como suplicante á este hogar, en el que, muerto, no debía manchar con su sangre el suelo de la patria. ¡Y el padre de este hombre, el impío Atreo, ocultando el odio bajo la amistad, y preparando manjares como para día de fiesta, le dió á comer la carne de sus hijos! Sentado en lo más alto, Atreo, gozoso, cortaba y repartía los dedos de los pies y las manos. Y he aquí que Tiestes, tomando aquellos pedazos, comió comida fatal, como ves, á la raza de Atreo. Pero habiendo advertido el crimen abominable, lanzó un gemido y cayó, vomitando el asesinato. Y llamó á la inexorable execración sobre los Pelópidas, derribando la mesa y consagrando á la muerte, con su maldición, á toda la raza de los Plisténides. Por eso puedes ver degollado á este hombre, y yo soy quien le mató justamente. Era yo tercer hijo de mi padre desdichado, y me echaron con él, pequeñito, en mis pañales. Hecho hombre, la Justicia me ha traído; y he armado trampas á éste, y aunque ausente, todo lo he llevado á término. ¡También yo, ahora, encontraré hermosa á la muerte, pues veo á este hombre envuelto en la red de la Justicia!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Egisto, no respeto la insolencia en el crimen. ¡Dices que mataste á ese hombre, y que, tú solo, meditaste tan lamentable asesinato! Ciertamente, afirmo que tu cabeza no esquivará el juicio. Sábelo, te condenará el pueblo á ser lapidado.

EGISTO

¿Tan alto hablas, tú que estás sentado junto al último remo, cuando mandan otros y rigen la barra de la nave? Pronto sabrás lo que hay que saber, aunque seas viejo y cosa difícil el

aprender á tu edad. Pero cadenas y angustias del hambre son igualmente para la vejez buenos maestros y médicos excelentesr. ¿Ves ahora? ¿Abres los ojos? No te revuelvas contra el aguijón, no sea que te haga gemir.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Mujer! ¡eres tú, guardadora de las moradas, la que, después de mancillar el lecho de tu esposo, meditaste el asesinato del jefe del ejército, al volver de la guerra!

EGISTO

¡Ciertamente, palabras son esas que te harán llorar! En todo diferente del de Orfeo es tu lenguaje. El, en efecto, atraíalo todo con el encanto que fluía de su voz, y tú, todo lo rechazas con tus dulces aullidos. Más tratable serás cuando el yugo te oprima.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿Cómo has de ser señor de los argivos tú, que después de meditar el asesinato de ese hombre, no has osado matarle con tu propia mano?

EGISTO

Claro es que á una mujer convenía engañarle con astucias. Yo, enemigo suyo desde tiempo ha, era sospechoso. Ahora, con ayuda de sus riquezas, intentaré mandar á los argivos. El que no obedeciere, domado ha de ser rudamente como potro furioso y rebelde al freno. El hambre unida á las tinieblas horribles pronto le verá apaciguado.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿Por qué, en tu cobarde corazón, no mataste solo á ese hombre? Su mujer, mancilla de esta tierra y de nuestros Dioses, es quien le ha matado. ¿No ve Orestes la luz en alguna parte, y, por mudable fortuna, no ha de volver á su patria para castigaros á emtrambos?

EGISTO

Pues obras y hablas así, vas á saber...

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Ea, compañeros queridos! Se acerca el combate.

EGISTO

. . . .

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Ea, empuñe cada cual el acero desenvainado!

EGISTO

¡He aquí mi espada desnuda! Tampoco he de huir yo de la muerte.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿Dices que aceptas la muerte? ¡Hagamos entonces juez á la fortuna!

CLITEMNESTRA

¡Oh tú, el más querido de los hombres, no causemos nuevas desgracias! Harto abundante ha sido esta cosecha lamentable. Basta de calamidades; no nos bañemos ya en sangre. Id, ancianos, buscad refugio en vuestras moradas, no seáis heridos. Hemos hecho lo que había que hacer, por la fuerza de las cosas. Ciertamente, si ha de expiarse nuestra acción, basta con que suframos nosotros la cólera terrible de los Dioses. Tal es el pensamiento de una mujer, si alguien se cuida de conocerlo.

EGISTO

¡Así, pues, me insultarán con su lengua insensata, invocarán contra mí la cólera de los Demonios, y sin prudencia ninguna, desafiarán á su señor!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Adular á un perverso no sería propio de argivos.

EGISTO

Pues algún día he de castigarte.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡No, si un Dios excita á Orestes para que vuelva!

EGISTO

Sé que los desterrados se nutren de esperanzas.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Engorda tú! Viola la justicia, ya que se te consiente.

EGISTO

Sabe que serás castigado por tal insolencia.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Gloríate, como el gallo junto á la gallina!

CLITEMNESTRA

Déjalos que ladren en vano. Tú y yo mandaremos en estas moradas, y lo pondremos todo en orden.

FIN DE «AGAMENÓN»





V

LAS COÉFORAS

Orestes.
Electra.
Clitemnestra.
Egisto.
Pílades.
La nodriza Gilisa.
El Portero.
El coro de las Coéforas.

ORESTES

Hermes subterráneo, que poder tal recibiste de tu padre, sé mi salvador, ayúdame, te lo suplico! He aquí que vuelvo á mi patria tras largo destierro, y hablo á mi padre en el túmulo que cubre su tumba, para que me oiga y me conceda lo que pido. De Inaco, el que me crió, es ofrenda esta trenza de cabello, y dolorosa ofrenda esta otra.

¿Qué miro? ¿Qué cortejo de mujeres vestidas de negro es aquél? ¿Qué ha pasado? ¿Qué calamidad nueva ha caído sobre esta casa? ¿Vienen á traer á mi padre las libaciones que aplacan á los muertos? Eso es, y no otra cosa. Paréceme ver, en

efecto, á Electra, mi hermana, que se adelanta con grande luto. ¡Oh Zeus, concédeme vengar el asesinato de mi padre! ¡Acúdeme, seme propicio!... Pílades, salgamos del camino, para que sepa yo de cierto cuál es la súplica de estas mujeres.

El coro de las Coéforas

Estrofa I

De la morada me envían á traer libaciones, golpeándome crudamente con mis propias manos. Ensangrentada tengo la mejilla por desgarraduras recientes que con las uñas me hice. Sin cesar se nutre de lamentos mi corazón, y en los arrebatos de mis dolores hago jirones mis vestiduras, el negro peplo que cubre el pecho de las afligidas por destino malo.

Antistrofa I

He aquí que el terror, que eriza los cabellos y se revela en los sueños, insuflando en el sueño la cólera bruscamente, durante la noche, terrible, ha suscitado gritos en el fondo de las moradas, que penetraron hasta la estancia de las mujeres. Los adivinos de Ensueños, por presión de los Dioses, han dicho que los que habitan bajo la tierra están indignados y encendidos en furor contra los asesinos.

Estrofa II

¡Oh tierra, tierra! Aquella mujer impía me ha enviado, para desviar con una expiación vana la desdicha; mas temo hablar. En efecto, ¿puede rescatarse la sangre vertida? ¡Oh lamentable hogar! ¡Oh hundimiento de estas moradas! ¡No más luz! ¡Las tinieblas, odiosas á los mortales, han envuelto esta casa al morir sus amos!

Antistrofa II

El respeto augusto, en otro tiempo invencible, omnipotente, inquebrantable, que entraba por los oídos y por la mente, ha desaparecido ahora. ¿Quién no se espanta? La felicidad es diosa entre mortales, y más que diosa; pero la justicia rápida hiere á los unos en pleno día, ó más tarde, les llega á los otros en el umbral de las tinieblas. Otros, en fin, son devorados por la eterna noche.

Epodo

Cuando la tierra nutricia ha bebido la sangre, no puede ya borrarse la mancha vengadora. El remordimiento terrible roe al culpable. Una vez violada la virginidad, no tiene remedio. Los ríos juntarían sus aguas y no habían de lavar la mano mancillada por el asesinato. A mí, los Dioses me han envuelto en las calamidades de mi ciudad: me han echado en servidumbre, lejos de los techos paternos. Sean, los que por violencia han venido á ser dueños de mi vida, justos ó injustos, según les conviniere. Yo tengo que reprimir la indignación amarga de mi corazón. He aquí que, en mi dolor oculto, baño mis vestiduras de lágrimas por el triste destino de mis amos.

ELECTRA

Mujeres esclavas, siervas de las moradas, que me acompañáis en esta súplica, dadme consejo. Al verter en esta tumba las libaciones propicias, ¿qué palabras he de pronunciar? ¿Cómo he de rogar á mi padre? ¿He de decir que me llego al esposo amado de parte de la esposa querida, de mi madre? Nunca me atreveré á ello, y no sé qué decir al verter esta libación en la tumba de mi padre. ¿Le diré que debe volver bien por mal, como es uso entre los hombres que ofrecen dones á los que á ellos se los hacen? ¿O muda y sin honor ninguno, ya que degollado fué mi padre, he de retirarme, luego de haber vertido las libaciones como en expiación de un crimen, y lanzado el vaso detrás de mí, apartando de él los ojos? ¡Oh amigas! Aconsejadme, porque todas tenemos un odio mismo en estas moradas. Nada ocultéis, por temor, en lo profundo de vuestro corazón, porque lo que ha resuelto el destino ha de suceder, tanto para el hombre libre como para el que soporta el yugo de extraño poder. Habla, pues, si algo mejor tienes que aconsejarme.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Respetuosa de la tumba de tu padre como de un altar, te diré mi pensamiento, ya que lo mandas.

ELECTRA

Habla, pues, si respetas la tumba de mi padre.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Al verter libaciones, di plegarias por los que se le mostraron benévolos.

ELECTRA

¿A qué amigos nombraré?

EL CORO DE LAS COÉFORAS

A ti misma, en primer lugar, y á todo el que odie á Egisto.

ELECTRA

¿He de hacer, pues, votos por mí y por ti?

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Bien has dicho, ciertamente, y bien me entendiste.

ELECTRA

¿Y qué nombre añadiré á los nuestros?

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Piensa en Orestes, que está ausente.

ELECTRA

Justo y sabio consejo me das.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Piensa ahora en los culpables, en la degollación de tu padre.

ELECTRA

¿Qué he de decir? No sé. Enséñamelo.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Desea que llegue hasta ellos un Dios ó un hombre.

ELECTRA

¿Hablas de un juez ó de un vengador?

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Desea claramente que haya de ser alguien que á su vez los degüelle.

ELECTRA

¿Puedo justamente dirigir tal plegaria á los Dioses?

El coro de las Coéforas

¿Cómo no ha de permitirse volver al enemigo mal por mal?

Electra

¡Grande mensajero de los Dioses superiores é inferiores, óyeme, Hermes subterráneo! Hazme saber que los Demonios han oído mis preces, los que velan por las moradas paternas, y que también la tierra me ha oído, la que todo lo engendra y cría, la que todo después lo recoge! Y yo, al verter estas libaciones expiadoras á los muertos, digo, invocando á mi padre: ¡Ten compasión de mí y de mi Orestes querido, y haz que se nos devuelva el hogar nuestro! Porque ahora vagamos, vendidos por nuestra madre, desde que puso á otro hombre en tu lugar, á Egisto, que tuvo parte en tu degollación. Yo soy esclava; y privado de tu hacienda, Orestes está desterrado, mientras que, en su insolencia, gozan ellos impunes del fruto de tus trabajos. Suplícote para que Orestes dichosamente vuelva. ¡Y tú, padre, concédeme lo que te pido! Dame que valga mucho más que mi madre y obre mejor. He aquí nuestros votos. ¡A nuestros enemigos deseo que tu vengador se presente! Muertos sean á su vez tus asesinos, como es justo. Uno á mis preces estas imprecaciones funestas que contra ellos grito. ¡Desde lo profundo del Hades envíanos toda prosperidad, con ayuda de los Dioses, de la tierra, de la justicia victoriosa! Después de estos votos, vierto estas libaciones. ¡Vosotras, lanzad lamentaciones y cantad el Peán fúnebre!

El coro de las Coéforas

Llorad con sollozos por el amo lamentable, en tanto que se derraman las libaciones en honor del que defiende al bueno contra el malo y aparta de nosotros la odiosa mancha. ¡Oye, oye, oh venerable, oh rey, oye mis preces en las tinieblas en que tu alma yace! ¡Ay! ¡ay de mí! ¡oh Dioses! ¿Qué héroe poderoso por la lanza rescatará tu vivienda? ¿Un escita, un Ares, que con las manos tienda en el combate el arco curvo, ó echando atrás la cabeza, coja por el puño, blandiéndola, la espada?

Electra

Ya posee mi padre esas libaciones que el suelo ha absorbido. Mas escuchadme atentas ahora.

El coro de las Coéforas

Habla. Mi corazón se estremece temeroso.

ELECTRA

Veo ahí una trenza de cabellos cortada sobre esa tumba.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

¿Es de un hombre ó de una doncella de amplio cinturón?

ELECTRA

Fácil es adivinarlo.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

¿Cómo he de saberlo por ti, siendo de más edad?

ELECTRA

Nadie sino yo hubiera cortado esta trenza.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Aquellos á quienes convendría cortarse los cabellos en señal de luto, son, en efecto, enemigos.

ELECTRA

Esta trenza, sin embargo, es parecidísima...

EL CORO DE LAS COÉFORAS

¿A los cabellos de quién? Quiero saberlo.

ELECTRA

Es parecida á mis propios cabellos.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

¿Será ofrenda secreta de Orestes?

ELECTRA

¡Ciertamente, estos cabellos en todo son semejantes á los de Orestes!

EL CORO DE LAS COÉFORAS

¿Cómo hubiera osado llegar hasta aquí?

ELECTRA

Ha enviado esta trenza, luego de cortarla en honor de su padre.

El coro de las Coéforas

Lo que me dices no me causa menor llanto, si nunca ha de poner los pies en este suelo.

Electra

¡A mí también me invade el pecho grande turbación, y siento el embate de una ola de amargura, que es como flecha disparada! ¡Inagotables lágrimas abrasadoras corren de mis ojos como un torrente cuando miro esta trenza! En verdad, no puedo creer que pertenezca á algún otro ciudadano. Ciertamente, no la ha cortado de su cabeza la matadora, mi madre, aunque tal nombre no merezca, por su odio impío contra sus hijos. Mas ¿cómo sabría yo de cierto si este ornato viene de Orestes, el más querido de los hombres para mí? Tal esperanza me halaga. ¡Ay! ¡pluguiese á los Dioses que estos cabellos tuvieran voz favorable, como de mensajero! No me agitarían pensamientos encontrados, y claramente sabría de quién es esta trenza, rechazándola si fué cortada de cabeza enemiga, ó, si procede de mi hermano, consagrándosela, en nuestro dolor común, á la tumba paterna, como ornamento y honor. ¡Mas invoquemos á los Dioses que todo lo saben, mientras las olas nos sacuden como á marinos; y, si hemos de ser salvos, brote de tan flaco germen un árbol de profunda raíz! He aquí otro indicio: huellas semejantes á las de mis pies. Dobles son estas señales, suyas y de un compañero. Talones y dedos tienen la medida exacta de los míos. Ciertamente, llena estoy de angustia y turbación.

Orestes

Ruega á los Dioses que tan felizmente acojan tus demás votos como éstos.

Electra

Pues ¿qué he obtenido de la voluntad de los Dioses?

Orestes

Viendo estás á los que tanto tiempo ansiaste.

Electra

Pues ¿sabes tú quién es el mortal que deseo?

ORESTES

Sé que esperas á Orestes con ardor.

ELECTRA

¿Y en qué se han cumplido mis anhelos?

ORESTES

Orestes soy; no busques amigo mejor.

ELECTRA

¡Oh extranjero! ¿meditas contra mí alguna treta?

ORESTES

Contra mí mismo en tal caso la meditara.

ELECTRA

Quieres, quizá, burlarte de mis penas.

ORESTES

De las mías burlárame entonces.

ELECTRA

¡Así, pues, eres Orestes! ¡Con Orestes estoy hablando!

ORESTES

A él mismo le ves; mas te cuesta trabajo reconocerme. Y, sin embargo, cuando viste, depuesta en esta tumba, la trenza de cabellos de tu hermano, tan semejantes á los tuyos, cuando mediste las huellas de tus pasos con las mías, el gozo te arrebató y á mí mismo creías verme. Trae esa trenza al lugar de donde la corté; mira esta tela que tejieron tus manos, y las señales de la espacé y las figuras de animales bordadas en ella. Alégrate, sin ceder á los transportes del júbilo; ya sé que nuestros allegados son nuestros enemigos crueles.

ELECTRA

¡Oh cuidado, el más querido de las moradas de tu padre! ¡Llorada esperanza de un germen salvador! Tu esfuerzo te devolverá la casa paterna. ¡Oh dulce á mis ojos, tú, que tienes cuatro partes de mi corazón! Porque padre te he de llamar, y tuyo es el amor que á mi madre tenía, ya justamente odiosa

para mí, y á mi hermana, cruelmente sacrificada. Hermano fiel serás para mí, tú que vienes, solo, en mi auxilio. ¡Con nosotros estén la fuerza y la justicia, y Zeus, el mayor de todos los Dioses!

ORESTES

¡Zeus! ¡Zeus! contempla esto. Mira la raza del águila, privada del padre y ahogada en los lazos de la víbora horrible. Roe el hambre á los huerfanillos que no pueden cazar como el padre ni abastar á las necesidades del nido. Míranos, á Electra y á mí, hijos sin padre, y echados los dos de la casa. Si abandonaras á los hijos del que tan ricos sacrificios te ofreciera, ¿qué manos semejantes rindiérante en lo sucesivo los sacros honores? Una vez extinta la raza del águila, ¿por quién enviarías á los mortales tus augurios verídicos? Si todo el árbol real se abrasa hasta las raíces, no se podrá ornar con ramas tu altar en los días de los sacrificios. ¡Acúdenos! Levanta de su caída á esta casa que, en verdad, parece ya derrumbada para siempre.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

¡Oh hijos! ¡oh salvadores del hogar paterno, callad! ¡Oh hijos, que nadie os oiga y vaya, hablando sin reservas, á denunciárselo todo á los que mandan! ¡Quieran los Dioses que un día los vea muertos, á través del humo oloroso de la pira!

ORESTES

No; ciertamente, el todopoderoso oráculo de Loxias no me ha de hacer traición, él que me ha mandado afrontar este riesgo, incitándome á ello en voz alta, y amenazándome, hasta helar mi corazón ardiente, con terribles desdichas, si no vengaba la muerte de mi padre en sus asesinos, matándolos como mataron, y los castigaba por haberme arrebatado mis bienes. Ciertamente, me ha dicho que entonces sufriría y me agobiarían males horribles. Me ha anunciado que á los mortales les abrumarían cuantas calamidades hay que pagar á las Erinnis irritadas, y que, por mi parte, me vería presa del mal que roería mis carnes, devoraría con sus dientes feroces mi naturaleza primera, me volvería decrépito y me blanquearía el cabello. Y profetizaba otros asaltos de las Erinnis, por la sangre de mi padre, y que él flecharía su mirar flamígero desde el fondo de las tinieblas; porque el dardo sombrío que lanzan los muertos, cuando los padres han sido presa del crimen, y la rabia, y los terrores nocturnos, agitan, turban y arrojan al

miserable de la ciudad con látigo de hierro. No es lícito al hombre mancillado participar de la crátera y de las libaciones vertidas. Rechazado se ve de los altares por la oculta cólera de su padre; nadie le acoge; todos le desprecian, y muere, mucho después, sin amigos y consumido por un destino lamentable y horrendo. Ciertamente, hay que dar fe á tales oráculos. Aun sin creer en ellos, cumpliera yo mi propósito. En efecto, razones innumerables me impulsan: el mandato de un Dios, el sentimiento profundo de mi padre, y, por encima de todo, mi propia indigencia. No he de soportar, en fin, que los más ilustres ciudadanos que valerosamente derribaron á Troya estén sometidos á dos mujeres, pues Egisto tiene alma de mujer. Si nada ocurre, pronto ha de saberse, y con claridad.

El coro de las Coéforas

¡Oh grandes Moiras! ¡Cúmplase todo, con ayuda de Zeus, según la justicia! ¡Castigue á la lengua enemiga una lengua enemiga! ¡Reclame la justicia en alta voz lo que se le debe! ¡Golpe mortal por golpe mortal! ¡Sufra las consecuencias del crimen el que lo cometiera! Tal es la máxima antigua.

Orestes

Estrofa I

¡Oh Padre, que has sufrido males terribles! ¿qué he de decirte y qué he de hacer, para que brille la luz en las tinieblas y llegue desde aquí, bajo tierra, á tu fúnebre lecho? Saludos y lágrimas son los únicos honores tributados á los Atreidas, á los antiguos señores de estas moradas.

El coro de las Coéforas

Estrofa II

Hijo, la mandíbula voraz del fuego no destruye el espíritu del que murió, y su cólera estalla después de la vida. Gime el muerto, y se reconoce al asesino. El justo duelo de los antepasados, de los padres, impulsa por doquiera á los hijos á la venganza.

Electra

Antistrofa I

¡Oye también ¡oh Padre! mis lamentos amargos! Te llora el fúnebre gemir de tus dos hijos. Míralos sobre tu tumba,

suplicantes y desterrados ambos. No más gozo sin dolor para ellos. No hay remedio á la miseria suya.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Ciertamente, de tales lamentos puede un Dios, si le place, suscitar clamores de júbilo. En vez de fúnebres cantos, el himno de victoria puede traer de nuevo á las moradas reales al amigo que viene á reunirse con nosotros.

ELECTRA

Estrofa III

¡Pluguiera á los Dioses que en Ilión ¡oh Padre! hubieses caído al bote de lanza de algún Licio! ¡Gloria hubieras dejado á tu casa y legado á tus hijos una vida digna de loor, y tú tendrías un alto sepulcro, honor de tu raza, en el continente, al otro lado de los mares!

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Antistrofa II

Caro á tus amigos muertos gloriosamente contigo, ilustre bajo tierra, rey venerable, fueras ministro de los grandes tiranos subterráneos; porque rey eras mientras vivías entre los que mandan á los hombres con ayuda del cetro, don del destino.

ELECTRA

Antistrofa III

Mas ¡oh Padre! no fuiste muerto al pie de las murallas de Troya, entre tantos otros domados por la lanza, y no debías tener sepultura á orillas del Escamandro. ¡Porque no murieron antes los que mataron, para que él hubiese llegado á saber, lejos, su muerte, exento de desgracia!

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Lo que deseas en tu dolor ¡oh hija! es algo de más precio que el oro, mayor que la felicidad de los Hiperbóreos. Mas he aquí que el doble látigo silba horriblemente. Bajo tierra están nuestros protectores, y las manos de nuestros amos no están limpias de tan odiosos crímenes. No tienen los hijos mas que una empresa grande por acabar.

ELECTRA

Estrofa IV

Tus palabras han penetrado en mi oido como una flecha. ¡Zeus, Zeus! Bruscamente envías del Hades la tardía venganza que sigue al crimen de los perversos y que á los mismos allegados hiere.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Estrofa V

¡Quieran los Dioses que yo lance pronto el aullido lúgubre por el hombre degollado y la mujer muerta! ¿A qué, en efecto, ocultar lo que respira en mi corazón? Mi cólera profunda y mi odio reconcentrado se ostentan en mi faz.

ORESTES

Antistrofa IV

¡Ay! ¡ay! ¿Cuándo ha de bajar la mano Zeus omnipotente para herir ambas cabezas? ¡Reconozca esta tierra tu poder! Justicia pido contra la iniquidad. ¡Oidme, Dioses subterráneos!

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Es ley que la sangre vertida en asesinato clame por otra sangre. ¡Erinnis lanza gritos de muerte! Da muerte al que ha dado la muerte.

ELECTRA

Estrofa VI

¿En dónde están, en dónde están las Potencias que mandan á los muertos? ¡Ved, ¡oh Execraciones omnipotentes de los muertos degollados! ¡ved los tristes despojos de los Atreidas, arrojados de su casa! ¿De qué lado volverse, ¡oh Zeus!?

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Antistrofa V

Todo mi corazón quebrantado está por tales lamentos. Apenas me queda alguna esperanza, y el alma se me ennegrece al oir palabras tales. Mas de nuevo se disipa mi dolor al ver tu esfuerzo, y todo en lo porvenir me parece hermoso.

ORESTES

Antistrofa VI

¿Qué más diremos? ¿Es necesario recordar los males con que nos abrumara nuestra madre? Odios hay que se aplacan, mas no éstos. Implacable como lobo hambriento es mi cólera contra mi madre.

ELECTRA

Estrofa VII

Como Ares ha herido, ó como mujer Cisia, ávida siempre de combates. ¡Se ha podido ver á su mano descargar por todas partes múltiples golpes, de cerca y de lejos, y redoblarlos! Cada golpe repercute miserablemente en mi cabeza. ¡Oh Dioses! ¡Oh madre funesta, impía! ¡Osaste sepultar á tu esposo como á un enemigo, sin llorarle, sin luto y sin muchedumbre de ciudadanos!

ORESTES

Estrofa VIII

Has dicho toda la infamia del crimen. ¡Desgraciado de mí! Que por mis manos y con ayuda de los Dioses ha de expiar la vergonzosa muerte de mi padre. ¡Mátela yo y muérame luego!

ELECTRA

Antistrofa VII

Para que lo sepas, le ha despedazado; y después de tratarle así, le ha sepultado, para llenar de dolor intolerable tu vida. Ya sabes cuál ha sido el lamentable fin de tu padre.

ORESTES

¡Me has revelado el destino de mi padre!

ELECTRA

Antistrofa VIII

Y á mí me tenían alejada, en desprecio y abyección, me echaban de casa como á perro vil, más amiga de lágrimas que de risas, y sin más júbilo que el de ocultar mi duelo y mis quejas. Retenga tu mente lo que acabas de oir, y entre por

los oídos hasta el sosegado lugar del pensamiento. Ya que así obraron, que tu cólera te diga lo que aún está por hacer. Para acabarlo todo, rencor invencible hace falta.

ORESTES

Estrofa IX

¡Te invoco, ¡oh Padre! ¡Ayuda á tus hijos!

ELECTRA

¡Y yo, con lágrimas mías, te invoco!

EL CORO DE LAS COÉFORAS

¡Y toda nuestra muchedumbre también clama á ti! ¡Oyenos! ¡Vuelve á la luz, danos ayuda contra nuestros enemigos!

ORESTES

Antistrofa IX

¡Luche Ares con Ares, venganza contra venganza!

ELECTRA

¡Oh Dioses, dad la victoria á lo que es justo!

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Sobrecogido estoy de terror al oir tales imprecaciones. Lo que es fatal, resuelto está desde hace tiempo. ¡Todo acaezca según sus votos!

Estrofa X

¡Oh miserias de esta raza! ¡oh herida sangrienta de Até! ¡oh duelos terribles y lamentables! ¡oh dolores sin término!

Antistrofa X

¡Oh males incurables de estas moradas, no causados por otros, sino por los que en ellas habitan y prolongan por sí la discordia sangrienta! Es el himno de las Diosas subterráneas. ¡Oh Dioses felices del Hades, oid las preces de estos hijos y dadles la victoria!

ORESTES

¡Oh Padre, á ti que no has muerto como rey, te suplico! Dame que llegue á mandar en tu casa.

ELECTRA

Y yo, Padre, te suplico que me salves de la terrible muerte que ha de tener Egisto.

ORESTES

Así, los hombres te podrán ofrecer las refacciones fúnebres acostumbradas; si no, entre los convidados, te quedarás, menospreciado y vil, en las llamas de las piras que abonan la tierra.

ELECTRA

Y yo, de las moradas paternas, te traeré, en libaciones nupciales, mis riquezas todas; y honraré lo primero su tumba.

ORESTES

¡Oh tierra, devuélveme á mi padre, para que presencie la lucha!

ELECTRA

¡Oh Perséfone, danos valor invencible!

ORESTES

¡Acuérdate, Padre, del baño en que te degollaron!

ELECTRA

¡Acuérdate de la red en que te mataron!

ORESTES

¡Padre, no te oprimieron cadenas de bronce!

ELECTRA

¡Sino, vergonzosísimamente, un velo traidor!

ORESTES

¿No te irritan semejantes baldones, ¡oh Padre!?

ELECTRA

¿No alzarás la carísima frente?

ORESTES

¡Manda á la Justicia, para que luche por los tuyos, ó devuélveme los golpes que recibiste, si, después de vencido, quieres ser vencedor á tu vez!

ELECTRA

Oye mis últimas preces, ¡oh Padre! y mira á tus hijos tiernos al lado de tu sepultura. ¡Apiádate de tu hija y del varón de tu raza! No dejes que se extinga la posteridad de los Pelópidas. Así, en efecto, no desaparecerás, aunque hayas muerto, pues los hijos salvan el renombre de los muertos, como los corchos mantienen á flote las mallas de la red. ¡Oyeme! Por causa tuya corren estas lágrimas, y á ti mismo te salvarás si acoges mis preces.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

No hay que vituperar tan prolongados lamentos en honor de esta sepultura y de este no llorado destino. ¡Tú harás lo que falta! ¡Ya que estás resuelto á obrar, tienta al Demonio de la fortuna!

ORESTES

Así se hará, mas no está fuera de lugar que investiguemos por qué causa envió ella estas libaciones y por qué quiso reparar con tardíos honores el crimen irreparable. Miserable don es este para un muerto insensible. No puedo darme cuenta de lo que significan estos presentes, tan por bajo del crimen. Dar cuanto se tiene por la sangre vertida de un hombre solo, trabajo inútil es. Tal es mi pensamiento. Pero si lo sabes, dime lo que anhelo saber.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Hijo, lo sé, porque allí estaba yo. La impía mujer ha enviado estas libaciones agitada por el terror de los sueños nocturnos.

ORESTES

¿Conoces ese sueño? ¿Puedes referírmelo con claridad?

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Le pareció, á lo que dijo, que concebía un dragón.

ORESTES

¿Cómo acababa su relato?

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Acostado estaba el dragón entre pañales, como un niño.

ORESTES

¿Y de qué se nutría el monstruo recién nacido?

EL CORO DE LAS COÉFORAS

En sueños, ella le daba el seno.

ORESTES

¿Y cómo el horrible monstruo no hirió aquel seno?

EL CORO DE LAS COÉFORAS

La sangre sorbió, mezclada con la leche.

ORESTES

No es vano tal sueño; su marido se lo envió.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Ha empezado á gritar, aterrorizada por el sueño. Las antorchas, extintas durante la noche, se han vuelto á encender y han corrido en muchedumbre por las moradas á la voz de la Reina. Y ella ha enviado en seguida estas libaciones fúnebres, con la esperanza de que lleven remedio seguro á su mal.

ORESTES

¡Suplico á esta tierra y á la tumba de mi padre, para que tal sueño se cumpla por mí! Tal como lo interpreto, casa con la verdad. En efecto, la sierpe ha salido del mismo vientre que yo, y envuelta ha sido en los mismos pañales. Ha sorbido los senos que me han criado, y ha mezclado la sangre con su

leche; y en su terror, mi madre ha gemido por tan terrible mal. Así como ha lactado á un monstruo inmundo, así ha de morir por la violencia. Yo soy quien ha de matarla, vuelto dragón, como el sueño lo revela. Te hago juez de la interpretación del prodigio.

El coro de las Coéforas

¡Así sea! Mas di á tus amigos si otros han de ayudarte en la acción ó si han de permanecer inertes.

Orestes

Sencilla es mi respuesta. Quiero que Electra retorne á la casa, y le ruego que oculte mis propósitos. Con astucia mataron al hombre venerable; con astucia morirán también y serán cogidos en el mismo lazo, como lo predijo el Rey Apolo Loxias, Adivino infalible. Yo, como extranjero, con carga de equipajes distintos, llegaré á las puertas del patio interior, como huésped y compañero de guerra, con Pílades no más. Ambos hablaremos lengua parnesida con acento focio. Ciertamente, ningún guarda de las puertas nos recibirá benévolo, porque toda la mansión perturbada está por la cólera de los Dioses. Mas allí seguiremos, para que algún transeunte diga, al vernos ante la casa: «¿Por qué echar del umbral á un suplicante? Si está Egisto, ¿no ha llegado á saberlo?» Mas si, pasado el umbral de las puertas interiores, hallo á Egisto sentado en el trono de mi padre, ó si, para hablarme, se me acerca y me mira, sábelo, ciertamente, antes de que haya dicho: «Extranjero, ¿de dónde eres?», le mato bruscamente, traspasándole con el acero. La Erinnis del asesinato, ahita ya de sangre, la beberá por tercera vez. Ahora, tú, Electra, mira bien lo que ocurre en la casa, para que todo ayude á nuestro propósito. Vosotros, contened la lengua; callaos ó hablad cuando sea necesario. En cuanto á lo demás, suplico á Loxias que me sea propicio, ya que me ha impuesto tal lucha por la espada.

El coro de las Coéforas

Estrofa I

Cría la tierra innúmeros terrores y grandes daños; los abismos del mar abundan en monstruos terribles al hombre; fuegos llameantes caen de las altas nubes, y podemos recordar cuanto vuela y se arrastra, así como el furor que brota de la tempestad.

Antistrofa I

Mas ¿quién dirá la ciega audacia del hombre y la mujer, lo que osan tentar, y los amores sin freno que acarrean inevitable ruina á los mortales? Cuando se adueña del corazón de la mujer, ese amor que no es amor, doma á los hombres como á fieros animales.

Estrofa II

Acuérdese, el que no olvida, en su espíritu ligero, de cómo la miserable Testiades, funesta á su hijo, concibió el propósito de encender la brasa que había de durar tanto como su hijo, desde que, traído al mundo por su madre, lanzó el primer vagido, hasta su día fatal.

Antistrofa II

Acuérdese también de la cruel y abominable Escila que, por unos enemigos, perdió al hombre que debía serle caro. Seducida por los brazaletes de oro cretenses, don de Minos, cortó de la cabeza de Niso, aprovechándose de su sueño, el cabello inmortal, aquella perra, y Hermes se apoderó de ella.

Estrofa III

Después de recordar tan lamentables aventuras, ¿no he de hacer memoria de las bodas detestables, funestas á estas moradas, y los lazos pérfidos de la mujer, urdidos contra el hombre belicoso, admirado por su valor de los propios enemigos? Despreciables son el hogar sin fuego y el vergonzoso imperio de una mujer.

Antistrofa III

De tan horribles crímenes, el crimen lemnio es el más famoso. Lo es, ciertamente, por abominación. ¿Quién pudiera comparar nada á los asesinatos lemnios? Toda una raza ha perecido, detestada por los Dioses y execrada por los hombres. Nadie puede honrar lo que los Dioses detestan. ¿Cuál de estos crímenes he rememorado sin razón?

Estrofa IV

La espada aguda que la Justicia hunde en el pecho hiere terriblemente. Prohibido está hollar el camino por el que nos alejamos, contra toda ley, del respeto debido á Zeus.

Antistrofa IV

Mas la vara de la Justicia está siempre derecha, y Esa, forjadora de espadas, aguza el hierro. Erinnis, la de profundos pensamientos, vuelve al hijo á las moradas para que lave la mancha de los antiguos crímenes.

ORESTES

¡Esclavo, esclavo, oye los golpes con que llamo á la puerta! Una vez más: ¡esclavo, esclavo! ¿hay alguien aquí? Por tercera vez llamo para que me respondan, si es verdad que Egisto conoce la hospitalidad.

EL PORTERO

Bien está, ya oigo. Extranjero, ¿de dónde eres? ¿de dónde vienes?

ORESTES

Di á los señores de estas moradas que vengo á traerles una nueva. Apresúrate. Mira que avanza el carro sombrío de la Noche. Tiempo es de que los viajeros echen anclas en una mansión que les descanse de las fatigas del camino. Que alguien venga, el ama de la casa misma, ó el amo, como es más conveniente. Ni aun entonces hiciera el respeto obscuras mis palabras. El hombre habla con franqueza mayor al hombre y le declara todo su pensamiento.

CLITEMNESTRA

Extranjeros, hablad: ¿qué queréis? De todo hay en estas moradas: baños calientes que dan descanso á las fatigas, lecho y rostros benévolos. Si más grave cuita traéis, al amo incumbe, y he de decírselo.

ORESTES

Extranjero soy, de Daulis, entre los focenses. Iba, cargado con mi equipaje, camino de Argos, en donde acabo de poner los pies, cuando un hombre desconocido para mí y que no me conocía se ha cruzado conmigo y me ha enseñado el camino. Era Estrofio el focense. Hablando supe su nombre, y me dijo: «Extranjero, ya que los negocios te llevan á Argos, acuérdate de anunciar á los padres de Orestes que ha muerto.

No lo olvides. Tráeme sus órdenes, ya quieran sus cenizas, ya que se le dé sepultura en la tierra cuyo huésped fué. Ahora, en efecto, las cenizas del mozo convenientemente llorado encerradas están en urna de bronce.» Lo que oí te he dicho. No sé si hablo con aquellos á quien concierne, con sus padres; mas conviene que el padre lo sepa.

ELECTRA

¡Desgraciada de mí! Tal desgracia corona nuestra ruina. ¡Oh Execración invencible de estas moradas, cuántas cosas viste que se creyeron protegidas, y que, de lejos, heriste con tus dardos! ¡Y á mí, desdichadísima, me privas de los que me amaban! ¡Ahora, Orestes, que se había guardado de poner los pies en este lodazal funesto, que era la única esperanza de salvación y alegría para estas moradas, Orestes me deja en la desesperación!

ORESTES

Yo hubiera querido traer á huéspedes felices abundancia de buenas nuevas en pago de la hospitalidad y la benévola acogida. ¿Qué mejor, en efecto, que ser grato á los huéspedes? Mas he pensado, en mi mente, que no estuviera bien dejar de anunciaros cosa de tal interés, puesto que lo prometí y me hospedáis.

CLITEMNESTRA

No por ello serás menos bien recibido ni menos tratado como amigo en esta morada. Otro hubiera venido como tú á traer esa noticia. Mas tiempo es de que nuestros huéspedes descansen, después de haber caminado todo un día y hecho largo camino. Llevad á éste á la estancia de los hombres, reservada á los huéspedes en esta casa, y luego os cuidaréis de su compañero. Ofrézcaseles cuanto la casa encierra. Haced lo que mando. Yo voy á que todo lo sepa el que aquí manda, y como no carecemos de amigos, con ellos deliberaremos acerca de lo que pasa.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

¡Ea! servidoras de esta morada, ¿cuándo haremos súplicas, en alta voz y ardientemente, por la salvación de Orestes? ¡Oh tierra venerable, y tú, sacro túmulo de la sepultura que cubres el cuerpo real del jefe de tantas naves, concédenos ahora

lo que te pedimos, ayúdanos! Ha llegado el tiempo de tender el lazo astuto. Precede Hermes subterráneo á éstos, en su obscuro camino, en el combate que mantendrá la espada.

El Portero

Ese extranjero parece tramar alguna desgracia. Veo á la nodriza de Orestes bañada en lloro. ¿Por qué, Gilisa, dejas la casa? Siervo es el pesar que te acompaña sin que le pagues.

La nodriza Gilisa

La Reina quiere que Egisto hable con los extranjeros, lo antes posible, para que sepa de cierto por sí mismo la nueva que acaba de llegar. Ante los siervos ha ocultado el gozo de su alma bajo una faz entristecida, á causa del mensaje feliz de los extranjeros; pero el destino de esta casa se ha tornado misérrimo por la cierta noticia que nuestros huéspedes han traído. Ciertamente, el corazón de Egisto se llenará de gozo cuando lo sepa. ¡Oh desdichada! ¡cómo me han desgarrado el corazón en el pecho las desventuras que han caído en otro tiempo sobre la morada de Atreo, mas nunca fué tan grande el dolor como hoy! En cuanto pude, soporté con paciencia los demás dolores; ¡pero mi Orestes querido, zozobra de mi alma, el que crié, recibiéndole de su madre, que con gritos agudos hacía que por la noche me levantara, y por quien tantas fatigas y trabajos inútiles pasé! Hay que adivinar, en efecto, al que no tiene mayor juicio que una bestezuela. ¿Cómo pudiera ser de otro modo? Un niño en pañales no habla, ya le apuren el hambre, ó la sed, ó la orina, que el vientre de un niño nada espera. Yo lo preveía, y á menudo, lo confieso, me engañé. Luego, lavar los pañales del niño, que también la nodriza ha de ser lavandera. Ese doble deber contraje desde el día en que Orestes me fué dado á criar por su padre. ¡Y ahora, infeliz, me dicen que ha muerto! Mas voy á buscar al hombre que es desventura de esta casa. ¡Sin duda oirá con alegría la nueva!

El coro de las Coéforas

¿De qué modo le manda llamar Clitemnestra?

La nodriza Gilisa

¿Cómo? Repite tus palabras, para que las entienda mejor.

El coro de las Coéforas

¿Ha de venir él solo ó con sus guardias?

LA NODRIZA GILISA

Le dice que venga con sus guardias armados.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Guárdate de decir tal al amo que odias, mas dile que venga él solo. Y, para que sin temor te escuche, háblale en tono de júbilo, que le dé prisa. Todo un acontecimiento oculto depende de tu mensaje.

LA NODRIZA GILISA

¿Te regocijan acaso las noticias que llevo?

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Zeus puede mudar el mal en bien.

LA NODRIZA GILISA

¿Cómo, si muerto está Orestes, la esperanza de esta casa?

EL CORO DE LAS COÉFORAS

¡Todavía no! Y hasta un mal adivino lo adivinara.

LA NODRIZA GILISA

¿Qué dices? ¿Sabes lo contrario de lo que anunciaran los extranjeros?

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Ve á llevar tu mensaje y haz lo que se te mandó. Deja á los Dioses el cuidado de realizar sus designios.

LA NODRIZA GILISA

Iré y te obedeceré. ¡Que todo sea para bien, por gracia de los Dioses!

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Estrofa I

¡Ahora, Zeus, padre de los Dioses Olímpicos, concede á mis preces que vea á los hijos realizar dichosamente sus justos

propósitos! Palabras equitativas pronuncio, ¡oh Zeus! ¡Ay! ¡ay! ¡vela por él!

Estrofa II

¡En vez de los enemigos que aquí están, tráele de nuevo á su casa, ¡oh Zeus! que, una vez crecido, te devolverá duplicado ó triplicado lo que por él hicieres. Sabe que el niño huérfano de un hombre amado por ti se ve unido al carro de las calamidades. ¡Modera su carrera, y véale este suelo avanzar con paso seguro hasta estar en salvo!

Estrofa III

¡Y vosotros los que protegéis las riquezas de antiguo juntas en estas moradas, oidnos, Dioses benévolos! Lavad con nueva expiación la sangre de los asesinatos antiguos; ¡mas que un crimen pasado no traiga en adelante otro crimen á esta casa!

Antistrofa I

¡Pero este será justo! ¡Oh tú, que habitas la grande Caverna, haz que la morada del mozo le sea felizmente devuelta, y levanta de sus ojos el velo sombrío que los cubre para que vea libre y claramente!

Antistrofa II

¡Séale muy propicio el hijo de Maya, y préstele ayuda en su empresa equitativa, que puede secundarle, si quiere! Mas tus palabras obscuras están á veces envueltas en niebla nocturna, y durante el día no aparecen más claras.

Estrofa IV

Y, entonces, las riquezas reconquistadas de estas mansiones te serán ofrecidas, y cantaremos en honor de la Ciudad un canto tumultuoso de mujeres. ¡Que todo acabe bien! En cuanto á mí, mi alegría, mi alegría toda, estriba en que la desgracia se aleje de los que amo.

Antistrofa III

¡Pero tú, llénate de firmeza cuando llegue el momento de la acción, y para vengar á tu padre, cuando ella te grite: «¡Hijo mío!», contesta con el nombre paterno y haz lo que te cumple hacer.

Antistrofa IV

Ten el ánimo de Perseo en el pecho y ofrece á tus amigos que están bajo tierra y á los que viven el sacrificio de tu alegría. ¡Lleva en el corazón á la sangrienta Até, y mata al que cometiera el crimen!

EGISTO

Heme aquí, no porque me hayan llamado, sino presuroso de responder al mensaje. Sé que unos extranjeros han traído la triste nueva de la muerte de Orestes. Nueva y grande perturbación ha de ser para esta morada, llena aún del espanto que acarreó el crimen último que la dejara ulcerada y sangrando. ¿Cómo he de saber de cierto si ello es verdad, ó si hay sólo vanos rumores de mujeres sobrecogidas de terror, como los rumores que vuelan por el aire y se extinguen? ¿Qué sabes tú de esto que me puedas explicar?

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Hemos oído hablar de ello, mas pregunta á los extranjeros, entra en la casa. Para estar cierto de algo, hay que interrogar en persona.

EGISTO

Ciertamente, quiero ver é interrogar por mí mismo al mensajero. Quiero saber si ha visto á Orestes muerto, ó si no ha traído mas que un vano rumor. No engañará á mi perspicacia.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

¡Zeus, Zeus! ¿Por dónde comenzaré mis súplicas y mis preces? ¿Cómo diré los anhelos benévolos que formo? ¡En efecto, he aquí el momento de las espadas, sangrientas matadoras de hombres! O la raza entera de Agamenón perece, ó torna Orestes, encendiendo el fuego y la llama para reconquistar la libertad, así como el poderío sobre sus conciudadanos, á poseer las grandes riquezas de su padre. En lucha tal, solo contra dos, Orestes divino va á combatir. ¡Victorioso sea!

EGISTO

¡Ay! ¡ay de mí, Dioses!

EL CORO DE LOS COÉFORAS

¡Bien! ¡bien! ¡adelante!... ¿Cómo va ello? ¿Cómo ha ocurrido tal acción en la casa? Si se cumplió, retirémonos, y aparezcamos inocentes. Ciertamente, el combate ha terminado.

EL PORTERO

¡Desgraciado de mí! ¡desgraciado de mí! ¡El amo es muerto! ¡Tres veces desgraciado de mí! ¡Egisto es muerto! ¡Abrid, abrid pronto las puertas de la Cámara de la Reina, quitad los cerrojos de la estancia de las mujeres! Un hombre vigoroso necesitamos, no ya para que venga en ayuda de un muerto—¿para qué?—¡Desgracia! ¡desgracia! Grito á sordos y hablo á dormidos. ¿En dónde está Clitemnestra? ¿qué hace? Pienso que ella ha de caer también, junto á Egisto, herida por la venganza.

CLITEMNESTRA

¿Qué ocurre? ¿Por qué das tales clamores en la casa?

EL PORTERO

Digo que los muertos matan á los vivos.

CLITEMNESTRA

¡Desgraciada de mí! Comprendo el enigma. Pereceremos por el engaño, como por el engaño dimos muerte. ¡Tráiganme pronto una hacha exterminadora de hombres, de dos filos! Sepamos si hemos de vencer ó ser vencidos. A tal extremo hemos llegado.

ORESTES

¡También te busco á ti! Pagado está el otro.

CLITEMNESTRA

¡Desgraciada de mí! ¡Muerto estás, Egisto muy amado!

ORESTES

¿A tal hombre amas? Con él dormirás, en la misma tumba, sin hacerle traición, aunque esté muerto.

CLITEMNESTRA

¡Detén la mano, hijo mío! ¡Respeta el seno en que tantas veces dormiste y cuya leche nutricia sorbieron tus labios!

ORESTES

¡Pílades! ¿Qué he de hacer? Temo matar á mi madre.

PÍLADES

¿Y qué harás de los oráculos de Loxias, pronunciados en Pito, y de tus promesas sagradas? Más vale tener por enemigos á los hombres todos antes que á los Dioses.

ORESTES

La fuerza está de parte de tus palabras, y bueno es tu consejo... ¡Tú, sígueme! Quiero matarte junto á aquel hombre. En vida, por ti prevaleció contra mi padre; muerta, ve á dormir con el hombre á quien amas, cuando detestabas al que debiste amar.

CLITEMNESTRA

¡Te crié, y ahora quisiera envejecer!

ORESTES

¡Así, pues, tú, exterminadora de mi padre, habías de vivir conmigo!

CLITEMNESTRA

La Moira, hijo, es culpable no más.

ORESTES

La Moira es también la que va á degollarte.

CLITEMNESTRA

¿No temes las maldiciones de la madre que te concibió, hijo mío?

ORESTES

¡Me concebiste, y me arrojaste á la miseria!

CLITEMNESTRA

¿Te arrojé al enviarte á una hospitalaria mansión?

ORESTES

¡Vendido fuí por dos veces, yo, hijo de padre libre!

CLITEMNESTRA

¿Y en dónde está el precio que recibí?

ORESTES

Vergüenza me daría nombrártelo.

CLITEMNESTRA

No te avergüences; mas di también las culpas de tu padre.

ORESTES

No acuses al que penaba lejos, mientras tú permanecías sentada en la casa.

CLITEMNESTRA

¡Desdicha grande para una mujer es la de estar lejos del marido, hijo mío!

ORESTES

El trabajo del marido alimenta á la mujer sentada en la casa.

CLITEMNESTRA

Así, pues, hijo mío, ¿te place matar á tu madre?

ORESTES

¡No soy yo quien te mata, eres tú misma!

CLITEMNESTRA

¡Mira! Teme á las Perras furiosas de una madre.

ORESTES

¿Y cómo evitaré la de un padre, si no le vengo?

Clitemnestra

Así, pues, viva, ¿me lamento en vano al borde de la tumba?

Orestes

El asesinato de mi padre te impuso este destino.

Clitemnestra

¡Desdichada de mí! Concebí y crié esta sierpe. ¡Verdad decía el sueño que me dió espanto!

Orestes

Muerte diste al padre, y el hijo te la dará.

El coro de las Coéforas

Lloremos aún este doble asesinato. Orestes, que tanto sufriera, acaba de poner colmo á tantos crímenes. Empero, demos gracias con nuestras preces por que no se haya extinguido el ojo de estas moradas.

Estrofa I

¡La Justicia, después de largo tiempo, ha vuelto por los Priamidas, el castigo vengador ha llegado! El doble León, el doble Ares, ha venido también á la morada de Agamenón. Plenamente ha satisfecho su venganza el Desterrado, movido por los oráculos pitios. Ha sido felizmente vencedor, por mandato de los Dioses; las desdichas de esta casa real han dado fin; dueño es de sus bienes, y ambos culpables han sufrido su triste destino.

Antistrofa I

El castigo por el engaño ha venido detrás del crimen llevado á término por el engaño. La verdadera hija de Zeus ha guiado la mano de Orestes. Llámanla Justicia los hombres, y tal es su nombre verdadero. Espira contra nuestros enemigos su cólera terrible, y ella es quien anunciara á Loxias el Parnasio que mora en una grande caverna en el seno de la tierra.

Estrofa II

Al cabo llegó, después de largo tiempo, para empujar á su

perdición á la mujer pérfida. Que á una ley está sometido el poder de los Dioses: no pueden dar ayuda á la iniquidad. Hay que reverenciar el poder uranio. ¡He aquí que nos ha sido dado volver á ver la luz!

Antistrofa II

Libre estoy del freno pesado que oprimía á esta casa. ¡Levantaos, moradas! Harto tiempo permanecisteis yacentes junto al suelo. Pronto el tiempo, que todo lo cambia, renovará vuestros umbrales, cuando hayan lavado las purificaciones todas las manchas del hogar. Gozarán entonces de dichosa fortuna los habitantes de estas moradas, que han visto y oído tantas cosas lamentables. ¡He aquí que nos ha sido dado volver á ver la luz!

Orestes

¡Ved á los dos tiranos de esta tierra, asesinos de mi padre, devastadores de esta casa! Eran, no ha mucho, venerables, y sentábanse en trono real. Y ahora, aún se aman, como puede juzgarse por lo que padecieron, y su recíproca fe sigue siendo la misma. ¡Juraron dar muerte á mi padre infeliz y perecer juntos, y piadosamente han cumplido su juramento! Ved asimismo, los que no desconocéis este crimen, ved el instrumento del asesinato, lazo y red en que fueron presos los pies y las manos de mi padre infeliz. Extended este velo, y en pie, alrededor de él, ved la red que prende á los hombres. ¡Véala el Padre, no el mío, sino el que todo lo ve, Helios! Vea las acciones impías de mi madre, y si me acusan, séame testigo de que legítimamente cometí este asesinato. No me inquieta el de Egisto, pues no recibió, como la ley ordena, sino el castigo del adúltero. Mas la que meditara aquel crimen odioso contra el hombre cuyos hijos llevara bajo su cintura, pero tan dulce entonces y ahora funesto, ¿qué te parece? Ciertamente, murena ó víbora fué que emponzoñó cuanto tocaba, aun sin mordedura, por su audacia violenta, su iniquidad y su maldad. Y á esto, ¿qué nombre le daré? ¿Red de apresar fieros animales, ó velo del baño de un muerto? Cualquier nombre será verdadero, llámelo red ó velo para trabar los pies. El hombre que se pone á acechar viajeros y vive de lo que roba, sirviérase con gusto de él. Con ayuda de este instrumento de engaño, cometería innumerables asesinatos y meditaría otros tantos en su mente.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

¡Ay! ¡ay! ¡cosas lamentables!... ¡Tú, muerta fuiste de terrible muerte! ¡ay! ¡ay! pero el sufrimiento florece en el que sobrevive.

ORESTES

¿Lo hizo ella ó no lo hizo? Este velo que enrojeciera la espada de Egisto me da testimonio seguro. Las manchas de sangre han resistido al tiempo y alteran aún los colores variados de este velo. Al verle, me aplaudo y lloro, á la vez, por mí mismo, y tomo por testigo á este tejido que perdiera á mi padre. Lloro el asesinato y la venganza, y á mi raza entera, y gimo por esta victoria que habrá de expiarse.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Nadie entre los hombres pasa días tranquilos durante todo el tiempo de su vida. ¡Cada cual sufre á su vez, ya el uno, ya el otro!

ORESTES

Sea como quiera, yo sé cómo ha de acabar esto. ¡Tal como corceles sin freno, arrebatados fuera del camino de los carros, mis sentidos turbados me doman y arrastran, y mi corazón está á punto de aullar de terror y la rabia se precipita en él! Mientras soy aún dueño de mí, grito á mis amigos que maté con justicia á mi madre, porque estuvo manchada por el asesinato de mi padre y los Dioses la aborrecían. ¡El que tal valor me ha dado es Loxias, el Adivino pitio! El es quien, por sus oráculos, me reveló que si cometía este asesinato no se me tendría por culpable. De haberle desobedecido, no diré el castigo que se me prometió; ¡nadie pudiera imaginar cuán horrible fuera! Y ahora, ¡ved! con esta rama envuelta en lana, iré al santuario de Loxias, al ombligo terrestre, en que arde la llama sagrada que dicen eterna, para expiar allí la sangre vertida de mi madre. Loxias no me ha permitido que buscase otro hogar hospitalario. Cuando haya venido el tiempo, conjuro á todos los argivos para que den testimonio de los males que se les deparaban. Yo, arrojado de esta tierra y vagabundo, vivo ó muerto, dejaré renombre fatal.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Ya que cometiste una acción justa, no te dejes cerrar la boca por los gritos funestos del renombre, ¡y no hables en

contra tuya después de haber libertado á toda la raza argiva y cortado bravamente las cabezas de ambas serpientes!

ORESTES

¡Ay! ¡ay! Mujeres esclavas, ¿las veis á éstas, semejantes á Gorgonas, con vestiduras negras y cabellos entretejidos de serpientes innumerables? ¡No seguiré más aquí!

EL CORO DE LAS COÉFORAS

¿Qué espectros te espantan de tal suerte, ¡oh hijo carísimo de tu padre!? No te espantes, triunfa animosamente de tu terror.

ORESTES

Los espectros terribles que me miran no son sombras vanas. ¡Ciertamente, son las Perras furiosas de mi madre!

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Tienes aún su sangre tibia en tus manos. Eso es lo que te turba la mente.

ORESTES

¡Rey Apolo! ¡Su número aumenta! ¡Sangre espantosa les mana de los ojos!

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Purifícate en la morada. Si te prosternas ante Loxias, libre te verás de tus males.

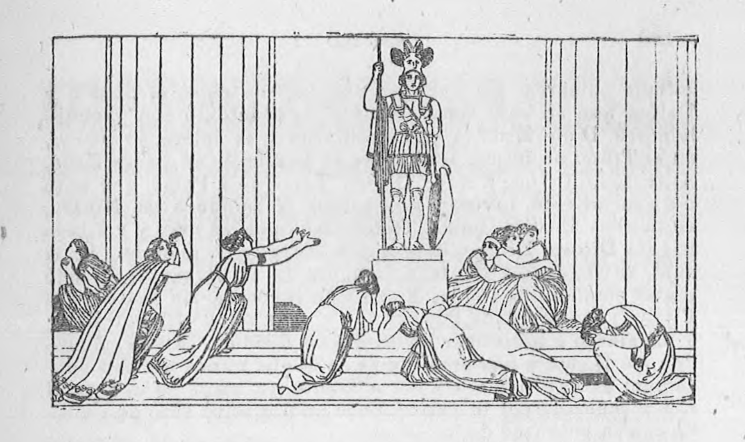
ORESTES

¡No las veis, pero yo sí las veo! ¡Me arrojan! No puedo seguir más aquí.

EL CORO DE LAS COÉFORAS

¡Pues sé dichoso! ¡Mírete benévolo un Dios y de infortunio te preserve! Por tres veces la tempestad se ha precipitado contra estas moradas reales, excitada por hombres de la misma raza. Primeramente, unos niños degollados, lamentables dolores de Tiestes; luego vino el asesinato del varón real, y el jefe guerrero de los aqueos fué degollado en un baño. Y ahora, en esta tercera vez, ¿nos ha llegado un salvador ó nuestra pérdida? ¿Cuándo se dormirá por fin la violencia de Até?

FIN DE «LAS COÉFORAS»



VI

LAS EUMÉNIDES

Atena.
Apolo.
La Pitonisa.
Orestes.
El espectro de Clitemnestra.
El coro de las Euménides.

LA PITONISA

Invoco, antes que á todos los Dioses, á Gea, la Adivinadora primera, y después á Temis, que recibió de su madre don profético, según se refiere. La tercera que moró en este santuario, por voluntad de Temis y propia inclinación fué otra Titánide, hija de Gea, Febe. Recibiólo de ésta Febo al nacer, y llamósele así del nombre de Febe. Abandonado que hubo las lagunas y rocas Delias, llegó hasta las riberas de Palas, frecuentadas por los marinos, y llegó á este país del Parneso. Movidos á grande veneración por el Dios, acompañáronle los hijos de Hefesto, abriéndole camino y allanando la

salvaje comarca. En cuanto hubo llegado aquí, el pueblo y Delfos, que en esta tierra reinaba, recibiéronle con grandes honores. Dióle Zeus la ciencia divina y le colocó, el cuarto, en el Trono profético. Intérprete es Loxias de su padre Zeus. Ante todo, invoco á estos Dioses. También á Palas, que ante las puertas está, invocan mis preces. Y saludo á las Ninfas, en la roca Coricia, hueca, frecuentada por las aves y visitada por los Dioses. Bromio habita este lugar, y no le olvido, en el cual, entregando á Pantes á la horda de las Bacantes, le dejó matar como á una liebre. Y también invoco á las fuentes del Plisto, y el poderío de Poseidón, y al máximo y altísimo Zeus, y me siento á profetizar en el Trono fatídico. ¡Ahora, concedan los Dioses á mis preces más de lo que nunca me han concedido! Si hay helenos aquí, adelántense, como es uso, en el orden señalado por la suerte, pues no profetizo sino de acuerdo con la voluntad de los Dioses.

¡Terribles son de decir y de ver las cosas que acaban de arrojarme de la casa de Loxias! ¡Fáltanme las fuerzas; ni andar puedo ni tenerme en pie! Sin piernas, sobre las manos me arrastro. Nada es ya una vieja aterrorizada, menos que un niño... Entro en el santuario ornado de coronas, y veo á un hombre sacrílego sentado en el ombligo del mundo, á un suplicante, con las manos manchadas de sangre, con una espada desenvainada y un ramo de olivo de las montañas envuelto en tiras de lana blanca. Todo claramente me lo explico. Ante ese hombre duerme un espantoso cortejo de mujeres sentadas en tronos. No diré que son mujeres, sino, más bien, Gorgonas. Ni siquiera con las Gorgonas he de compararlas. Una vez las he visto, pintadas, arrebatar la comida de Fineo. Pero estas mujeres no tienen alas, son negras y horribles. Roncan con resoplido feroz, y sus ojos vierten lágrimas horrendas, y sus vestiduras son tales que nadie llevara otras parecidas ante las efigies de los Dioses ó bajo el techo de los hombres. ¡Nunca vi raza semejante! Jamás tierra alguna pudo gloriarse de criar hijos tales, sin merecer lamentables calamidades. Mas el señor de este santuario, Loxias omnipotente, es el que ha de inquietarse por lo que va á pasar. Es adivino y curandero, intérprete de augurios y purificador de moradas ajenas.

APOLO

No te haré traición. Velaré siempre en pie á tu lado, y de lejos haré frente á tus enemigos. Ves ahora á las Furibundas

presas del sueño. ¡Domadas por el sueño están las viejas y abominables Doncellas, las antiguas Vírgenes que no querría ni un Dios, ni un hombre, ni un bruto! Sólo para el mal nacieron. Pueblan las malas tinieblas y el Tártaro subterráneo, y son horror de los hombres y de los Dioses Olímpicos. Mas huye sin tardanza y no pierdas ánimo, que van á perseguirte por todo el amplio continente, por dondequiera que te llevaren tus vagabundas correrías, al otro lado del mar y de las Islas. No sucumbas á tantas pruebas. Llega á la ciudad de Palas y abrázate á la imagen antigua de la Diosa. Allí encontraremos jueces á quienes persuadirán nuestras palabras, y te verás libre de tus miserias; porque yo soy quien te ha movido á matar á tu madre.

ORESTES

Rey Apolo, ciertamente, tú no conoces la injusticia. Ciertamente, tú lo sabes; no te olvides, pues, de tu suplicante. Baste tu poderío para salvarme.

APOLO

Acuérdate, y no dejes que los temores domen tu corazón. Y tú, hermano, de la misma sangre nacido, Hermes, vela por él. Sé digno de tu nombre, sé su conductor y protege á mi suplicante. Zeus mismo respeta el sagrado derecho que las leyes asignan á los suplicantes.

EL ESPECTRO DE CLITEMNESTRA

¿Dormís? ¡Ea! ¿para qué dormir? Olvidada por vosotros, sola entre todos los muertos, yo, que mataré, voy errante por entre las Sombras, detestada y cubierta de oprobio. Os lo digo, atormentada estoy por mi crimen, y yo, que tantos males espantosos he padecido por parte de los que me eran muy caros, no tengo Dios que se irrite y me defienda, aunque manos impías y parricidas me hayan degollado. ¡Mira estas llagas, míralas en espíritu! El espíritu, cuando dormimos, tiene ojos penetrantes. A la luz del día, menos visibles aparecen las cosas á los hombres. Pero vosotras os habéis saciado con las ofrendas de numerosos sacrificios; bebisteis las libaciones sin vino, de miel y de agua, y comisteis las refacciones sagradas dispuestas de noche, á la lumbre del hogar, en la hora que con ninguno de los demás Dioses compartís. ¡Y todo eso, viéndoos estoy hollarlo! Y él se escapa, huyendo como cervatillo, y mo-

fándose de vosotras, ha saltado sin dificultad afuera de la red. Oid lo que os dice mi alma. ¡Despertad, Diosas subterráneas! ¡Soy yo, es el espectro de Clitemnestra quien os llama!

(El coro de las Euménides ronca.)

¡Roncáis, y el hombre se escapa y huye lejos! ¡Sólo á mí no me escuchan los Dioses á quien suplico!

(El coro de las Euménides ronca.)

Harto dormís, y ninguna compasión tenéis de mis males. ¡Orestes, el asesino de su madre, ha escapado!

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Oh! ¡oh! ¡oh!

EL ESPECTRO DE CLITEMNESTRA

¿Gritas? ¿Duermes? ¿Por qué no te levantas sin tardar? ¿No es hacer sufrir tu destino?

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Oh! ¡oh! ¡oh!

EL ESPECTRO DE CLITEMNESTRA

¡El sueño y la fatiga domaron el furor de estas horribles bestias!

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Oh! ¡oh! ¡Allí! ¡allí! ¡Atájale! ¡atájale! ¡Cuidado!

EL ESPECTRO DE CLITEMNESTRA

Persigues en sueños al bruto, y aúllas como perro que aún se cree en la pista. ¿Para qué? ¡Alzate! ¡No te dome la fatiga; mira el mal que ha causado tu sueño! ¡Que os llenen de dolor mis justas reconvenciones, pues la reconvención es aguijón para el discreto! ¡Espirad sobre él vuestro hálito sangriento, consumidle en el soplo inflamado de vuestras entrañas! ¡Corred! ¡Agotadle, sin cejar en la persecución!

El coro de las Euménides

¡Despierta, despierta á ésta! —¡Despiértate! —¿Duermes? —¡En pie!—Despertémonos, y sacudido el sueño, vamos si hemos de acabar esto.

Estrofa I

¡Ay! ¡ay! ¡oh Dioses! ¡He aquí una desgracia grande, amigas! Ciertamente, mucho hemos trabajado en vano. ¡Ay! ¡gran desdicha es esta, desdicha insoportable! ¡La caza escapó de la red! ¡Domadas por el sueño, perdimos nuestra presa!

Antistrofa I

¡Ay, hijo de Zeus, tú eres el ladrón! Dios mozo, has ultrajado á las Diosas ancianas al proteger á tu suplicante, al hombre funesto para quien le concibiera. ¡Tú, que eres Dios, nos arrancas al que mató á su madre! ¿Quién podrá tenerlo por justo?

Estrofa II

En sueños, he oído una reconvención. ¡Háseme hincado por el costado en el corazón, en el hígado! Siento el golpe del flagelador, del terrible verdugo. ¡Hondísima abominación!

Antistrofa II

¡Así usan los Dioses más jóvenes que nosotras del poder sumo, y obran contra justicia en socorro de ese cuajarón de sangre que chorrea de la cabeza á los pies! ¡Consiéntese que el ombligo de la tierra cobije á ese impío manchado de sangre por espantoso asesinato!

Estrofa III

¡Adivino! ¡tú has mancillado tu propio santuario con la presencia de tal suplicante á quien tú mismo excitaste y llamaste, protegiendo así á los hombres contra la ley de los Dioses y ultrajando á las Moiras antiguas!

Antistrofa III

¡Me ha ultrajado el Dios, pero no ha de salvar á ese hombre, aun cuando se hundiese en la tierra, y nada le libraría! ¡Aun allí, ese suplicante manchado por el crimen hallaría otro vengador que cayese sobre su cabeza!

APOLO

¡Fuera de aquí! ¡lo mando! ¡Salid pronto de este templo! ¡Desapareced del Santuario fatídico, no sea que os envíe la sierpe de alas de plata que brota del arco de oro! ¡Entonces, de dolor, echarías la negra espuma que de los hombres sacaste, vomitarías los cuajarones de sangre que lamiste en los degüellos! ¡No os conviene acercaros á esta morada, sino que habéis de ir adonde se cortan cabezas, se sacan ojos, adonde hay torturas, suplicios, adonde se siegan los órganos de la generación, adonde gimen los lapidados y los empalados! ¡Esos gritos oís como si fuesen cantos de júbilo, y de ellos hacéis vuestras delicias, ¡oh Diosas! de quienes los Dioses tienen horror! Allí será bien recibida vuestra faz espantosa. El antro del león sediento de sangre debéis habitar, pero no mancillar el Santuario de los oráculos. ¡Id á vagar sin pastor por vuestros prados, que ningún Dios se cuida de tal rebaño!

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Rey Apolo, óyeme á tu vez! ¡No sólo eres cómplice de los crímenes que se han cometido, sino que tú solo todo lo hiciste y eres el culpable mayor!

APOLO

¡Cómo! Declara todo tu pensamiento.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Mandaste á tu huésped, por la voz de tu oráculo, que matara á su madre!

APOLO

Decidí que vengara á su padre. ¿Por qué no?

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Y que le defenderías, luego de vertida la sangre.

APOLO

Y quise que, como suplicante, se refugiara en este templo.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Y nos ultrajas, porque hasta aquí le perseguimos!

APOLO

No os cumple acercaros á esta morada.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Oficio nuestro es.

APOLO

¿Qué oficio? ¡Decidme! ¿cuál es ese oficio ilustre?

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Echamos de casa á los que dan muerte á su madre.

APOLO

¡Cómo! ¿Al que dió muerte á una mujer que degollara á su marido?

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

La sangre que con sus manos ella vertió no era de su propia raza.

APOLO

¡Ciertamente, menosprecias y reduces á nada las promesas de los esposos, consagradas por Hera nupcial y por Zeus! Así se ve Cipris, que da á los hombres sus goces más altos, despojada de honores. El lecho que comparten marido y mujer, amparado por la Justicia, más sagrado es que un juramento. Si te muestras clemente cuando los esposos se degüellan entre sí, si ninguna expiación les pides ni los miras con cólera, digo que sin derecho persigues á Orestes. ¡Llena estás, en efecto, de indulgencia para el primer crimen; y para éste, encendida te veo de cólera! Mas la divina Palas ha de juzgar de una y otra causa.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Nunca soltaré á ese hombre!

APOLO

Pues persíguele y acrecienta sus fatigas.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Deja ya de ofender con tus palabras á los honores que se me deben.

APOLO

No los quisiera yo, si tú me los ofrecieses.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Ciertamente, mayores son los tuyos y puedes sentarte cabe el trono de Zeus. Yo (pues la sangre derramada de una madre pide venganza) perseguiré á ese hombre como lo hiciera una cazadora.

APOLO

Y yo defenderé y protegeré á mi suplicante, que fuera terrible para mí, entre los hombres y los Dioses, la cólera del suplicante á quien hubiese voluntariamente entregado.

ORESTES

Reina Atena, me llego á ti, enviado por Loxias. Recibe benévola á un desdichado ya sin mancha, que expió su crimen, ha entrado luego en numerosas moradas y se ha purificado en otros templos. He cruzado tierras y mares, obediente á las órdenes que Loxias me dió por su oráculo, y vengo á tu morada y tu imagen, ¡oh Diosa! y en ella permaneceré, esperando á que me juzgues.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Bien! ¡he aquí una huella manifiesta del hombre! ¡sigue el indicio de este guía mudo! Como perro en la pista del cervatillo herido, siguiendo vamos á éste por las gotas de su sangre. ¡Cuánta fatiga á causa de este hombre! Tengo el pecho jadeante. En efecto, he pasado por todos los lugares de la tierra, sin alas he volado sobre el mar, persiguiéndole, no menos rápida que su nave. Y ahora, ahí está, acurrucado en algún rincón. ¡El vaho de la sangre humana me sonríe!... ¡Veamos! ¡sigamos viendo! ¡Miremos por doquiera, no sea que logre fugarse, impune, el asesino de su madre!... Nuevamente halló refugio; con sus brazos rodea la imagen de la Diosa ambrosiaca, pidiendo que se le juzgue por su crimen... Mas no ha de ser. ¡Oh Dioses! la sangre de una madre, luego de vertida, es indeleble. Corre y el suelo la absorbe. Tienes que expiar tu crimen; he de beber en tu cuerpo vivo el rojo y horrible licor; y después de haberte agotado, te arrastraré bajo tierra,

para que recibas castigo por el asesinato de tu madre. Y entonces verás á los que han ultrajado á los hombres, ó á los Dioses, ó á su huésped, ó despreciado á sus padres queridos, padecer cada cual justo castigo. Porque Hades es el sumo juez de los mortales, y de todo se acuerda, y todo bajo la tierra lo ve.

ORESTES

Ciertamente, mis males me han enseñado, y sé de purificaciones numerosas y cuándo se ha de hablar y cuándo se ha de callar. Un sabio maestro me ha enseñado lo que aquí he de decir. La sangre se ha adormecido, borrándose de mi mano, y la mancha del asesinato de mi madre ha desaparecido. Reciente estaba aún, cuando en el altar del divino Febo fué quitada por las purificaciones, luego de degollados los puercos expiatorios. Largo fuera mi relato si hablase de todos los hombres á quienes me he acercado después sin que mi presencia les acarreara mal ninguno. Todo lo destruye, al envejecer, el tiempo. Y, ahora, con boca pura suplico á Atena, reina de este suelo, para que me dé ayuda. De tal suerte, sin combate, me tendrá, como á la tierra y población de los argivos, por fieles y devotos. Ya en los países libios, á orillas del Tritón, su río natal, visible ó invisible, preste ayuda á los que ama; ya en las llanuras de Flegra pase revista á su ejército, como jefe valeroso, ¡lléguese aquí! que un Dios oye á lo lejos; ¡y libérteme de mis males!

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Ni Apolo ni el poder de Atena te han de proteger. ¡Fuerza es que perezcas ignominiosamente, rechazado por todos, sin conocer ya la alegría de la mente, sin sangre ya, como vana sombra, pasto de los Demonios, sin poder contestar, ni hablar, cebado para consagrarte á mí! No serás degollado en el altar. Oye este himno que te encadena: «¡Ea! ¡cantemos en coro! Plácenos aullar el canto espantoso y decir los destinos que nuestro cortejo dispensa á los hombres. Mas de ser dispensadoras justas nos loamos. ¡Sobre el que eleva manos puras nunca se precipita nuestra cólera, y ha de pasar una vida sana y salva; mas aquel que hizo el mal, como este hombre, y esconde manos ensangrentadas, nos ve aparecer, incorruptibles testigos de los muertos, con fuerza y poder, y le hacemos pagar cara la sangre derramada!»

Estrofa I

¡Oh madre! ¡oh Noche, madre mía, que me engendraste

para castigo de los que ya no ven y de los que ven todavía, ¡óyeme! El hijo de Latona me priva de mis honores arrancándome la presa, este hombre que debe expiar el asesinato de su madre. ¡Dedícase á él este canto, locura, delirio perturbador de la mente, himno de las Erinnis que encadena el alma, himno sin lira, espanto de los mortales!

Antistrofa I

La Moira omnipotente me ha dado el destino inmutable de perseguir á cuantos hombres cometen crímenes, hasta que la tierra los cubra. Ni aun muerto, se ha de ver libre todavía ninguno. ¡Dedícase á él este canto, locura, delirio perturbador de la mente, himno de las Erinnis que encadena el alma, himno sin lira, espanto de los mortales!

Estrofa II

Cuando nacimos, este destino se nos impuso: no tocar á los Inmortales, no sentarse ninguna de nosotras á sus festines, y nunca llevar vestiduras blancas. Mas la desolación de las moradas nos pertenece, cuando un Ares doméstico hiere á un allegado. Nos precipitamos sobre él, por vigoroso que sea, y le aniquilamos, desde el punto en que derramara sangre.

Antistrofa II

Me apresuro, y evito á quienquiera que sea tal cuidado, y mis imprecaciones permiten descanso á los Dioses. ¡No vuelvan ellos sobre mis juicios! Zeus, en efecto, rechaza lejos de sí una horda aborrecida y manchada de sangre. Yo salto violentamente y persigo con inevitable venganza á los que laceran sus pies y sienten flaquearles las piernas, huyendo lejos.

Estrofa III

La gloria de los hombres, magníficamente alzada hasta el Urano, da en tierra manchada, á la vista de nuestras negras vestiduras y hollada por nuestro pisoteo furioso.

Antistrofa III

Y cuando cae, aquel que hiere, en su demencia lo ignora. Envuélvele su crimen en tinieblas tales, que todos gimen al ver aquella nube sombría extenderse sobre su morada.

Estrofa IV

Ciertamente, así es. Omnipotentes é inevitables, piadosa-

mente nos acordamos de todos los crímenes; implacables para los mortales, frecuentamos parajes hoscos y selváticos, alejados de los Dioses, no iluminados por la luz de Helios, inaccesibles á los vivos como á los muertos.

Antistrofa IV

Así, pues, ¿qué mortal no respeta y teme el poder que me dieron las Moiras y la voluntad de los Dioses? Ciertamente, honores antiguos poseo, y nadie me desdeñó jamás, aunque more yo bajo la tierra, en las tinieblas sin sol.

ATENA

De lejos he oído el clamar de una voz en las orillas del Escamandro, mientras me asentaba en aquella tierra, magnífica parte de los despojos conquistados que para siempre me consagraran jefes y príncipes aqueos, don sin igual hecho á los hijos de Teseo. De allí he venido, en carrera infatigable, hinchando el centro de la Egida é irresistiblemente conducida en mi carro. Ve en esta tierra una muchedumbre que desconozco. No me espanta, pero mis ojos se sorprenden. ¿Quién sois? A todos os lo pregunto, al extranjero sentado á los pies de mi imagen y á vosotras á quienes nunca vieron los Dioses entre las Diosas ni figura humana tenéis. Mas ofender á otro sin razón no es justo ni equitativo.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Todo lo sabrás en pocas palabras, hija de Zeus. Somos las hijas de la negra Noche. En nuestras moradas subterráneas llámannos Imprecaciones.

ATENA

Conozco vuestra raza y vuestro nombre.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Vas á saber cuáles son mis honores.

ATENA

Lo sabré cuando me lo hayas dicho claramente.

El coro de las Euménides

De todas las moradas arrojamos á los asesinos.

Atena

¿Y dónde cesa la huída del asesino?

El coro de las Euménides

En un lugar donde toda alegría perece.

Atena

¿Y eso es lo que á éste le infliges?

El coro de las Euménides

Ciertamente, que osó matar á su madre.

Atena

¿No le ha constreñido la violencia de alguna otra necesidad?

El coro de las Euménides

¿Qué violencia puede constreñir á matar á una madre?

Atena

Dos sois aquí; uno solo ha hablado.

El coro de las Euménides

No acepta él juramento ni quiere prestarlo.

Atena

Prefieres la Justicia que habla á la que obra.

El coro de las Euménides

¿Cómo? Decláramelo, que sabiduría no te falta.

Atena

Niego que un juramento baste para dar el triunfo á una causa injusta.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Pues examina mi causa y pronuncia justa sentencia.

ATENA

Así, ¿me entregáis el juicio de la causa?

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¿Por qué no? Digna te proclamamos de tal honor.

ATENA

En defensa tuya, extranjero, ¿qué tienes que alegar? Dime, ante todo, tu patria, tu raza y los acaecimientos de tu vida; luego rechazarás la acusación, si, empero, abrazaste la imagen de mi altar confiado en la justicia de tu causa, suplicante piadoso, como lo fuera Ixión. Contesta á todo, á fin de que pueda yo discernir claramente.

ORESTES

Reina Atena, disiparé ante todo la extrema preocupación que revelan tus últimas palabras. No soy suplicante que nada expió, y mis manos no profanaron tu imagen. Buena prueba he de darte de ello. Es ley que todo hombre manchado por un crimen permanezca mudo mientras no le haya purificado la sangre de un animal joven. De tal suerte, mucho tiempo ha que me purifiqué en otros lugares con sangre de víctimas y Aguas lustrales. No debes, así, pues, tener tal recelo. En cuanto á mi raza, pronto sabrás cuál es. Argivo soy, y harto conoces á mi padre, Agamenón, jefe de la flota de los hombres aqueos, por quien has derribado á Troya, la ciudad de Ilión. Vuelto á su casa, muerto fué, no con gloria, porque mi madre, tendiéndole lazos, le dió muerte después de haberle envuelto en una red. En un baño le mató, y así lo ha confesado. Yo, dejando el destierro en que por mucho tiempo viví, he matado á la que me concibió, no lo niego, castigando así el asesinato de mi padre carísimo. Pero Loxias comparte conmigo el crimen, pues me anunció que los males me abrumarían si no vengaba en los culpables la muerte de mi padre. Si bien ó mal obré, juzga tú de mi causa. En todo he de someterme á lo que decidas.

ATENA

Harto grande es la causa para que la pueda juzgar mortal

ninguno. Yo misma no puedo resolver en un asesinato producido por la violencia de la cólera; sobre todo, porque, cometido el crimen, no has venido, como suplicante, á mi morada, hasta estar purificado de toda mancha. Puesto que así expiaste el asesinato, he de recibirte en la Ciudad. Empero no es fácil desechar la demanda de éstas. Si en esta causa se les arrebatase la victoria, derramarían al marcharse todo el veneno de su corazón en esta tierra, y el contagio había de ser incurable y eterno. Ciertamente, no puedo sin iniquidad rechazar ni detener á ambas partes. Por último, ya que aquí ha venido esta causa, nombraré jueces ligados por juramento que juzguen en todos los tiempos que han de venir. En cuanto á vosotros, disponed testigos, pruebas é indicios que puedan venir en ayuda de vuestra causa. Luego de haber elegido á los mejores de entre los de mi ciudad, volveré con ellos, para que decidan equitativamente acerca de esto, guardando así fidelidad á su juramento.

El coro de las Euménides

Estrofa I

Ved aquí ahora cómo se echa abajo la antigua Justicia con leyes nuevas, si la causa de este asesino de su madre saliere victoriosa. Todos los hombres se complacerán en semejante crimen, para obrar con manos impunes. ¡Calamidades innumerables en verdad han de amagar de hoy más á los padres por parte de sus hijos!

Antistrofa I

No habrá ya, en efecto, ojos flechados contra los hombres ni cólera que persiga sus crímenes. Todo lo dejaré hacer. Todos sabrán, al gemir por los males que sus allegados les hagan padecer, que ya no hay descanso, ni remedio á tales miserias, ni refugio contra ellas, ni aun consuelos ilusorios.

Estrofa II

Nadie lance ya, cuando le agobie la desdicha, este grito: «¡Oh Justicia! ¡oh trono de las Erinnis!» ¡Pronto un padre ó una madre, presa de reciente calamidad, gemirá con lamentos cuando se haya derrumbado la morada de la justicia!

Antistrofa II

Seres hay á quienes el terror debe hostigar inexorable-

mente, como vigilante del espíritu. Saludable es que la angustia enseñe cautela. Porque ¿quién, ciudad ú hombre, si no tiene una luz viva en el corazón, honrará de aquí en adelante á la Justicia?

Estrofa III

No anheléis vida sin freno ni opresión. Entre una y otra han puesto los Dioses á la fuerza, ni más acá ni más allá. Con verdad lo digo: ciertamente es la insolencia hija de la impiedad; mas de la sabiduría nace la felicidad, querida de todos y por todos deseada.

Antistrofa III

Te recomiendo por encima de todo que honres el ara de la Justicia. No la derribes con el pie, deseoso de lucro. No se hace esperar el castigo, y siempre está en razón con el crimen. Respete cada cual á sus padres y dé acogida benévola á los huéspedes que se lleguen á su morada.

Estrofa IV

El que es justo sin verse constreñido á ello no ha de ser desdichado y no perecerá nunca en calamidades; mas el impío contumaz que todo lo confunde contra la Justicia, yo sé que ha de verse constreñido por la violencia cuando llegue la hora, y que la tormenta le romperá las antenas, desgarrando sus velas.

Antistrofa IV

En medio del torbellino inevitable, invocará á los Dioses y no le oirán. Ríense los Demonios del hombre arrogante cuando le ven envuelto en inextricable ruina, sin que pueda nunca sobreponerse á su desgracia. Su prosperidad primera se ha roto por fin contra el escollo de la Justicia; ¡perece sin lágrimas y en olvido!

ATENA

¡Ea, heraldo, contén á la muchedumbre! Henchida por un soplo viril, hinque la trompeta tirrena en los oídos un clamor sonoro y hable al pueblo. Callen todos, puesto que se ha reunido el Senado. Estos han de aplicar en adelante mis leyes en toda la Ciudad, y van á juzgar equitativamente esta causa.

El coro de las Euménides

¡Rey Apolo, manda en lo que es tuyo! ¿Estas cosas en qué te interesan? ¿Esto qué te importa? Dímelo.

Apolo

Vengo á dar testimonio. Suplicante mío es este hombre, en mi morada se sentó, y yo le purifiqué de este crimen; mas yo también tengo que ver en ello, puesto que le excité á matar á su madre. Da comienzo, tú, Atena, á la causa y abre la contienda.

Atena

Á vosotras os cumple hablar primero. Doy comienzo á la causa. El acusador ha de comenzar y exponer el asunto.

El coro de las Euménides

Muchas somos, en verdad, pero hablaremos brevemente. Respóndenos tú, palabra por palabra. Dinos, ante todo: ¿has dado muerte á tu madre?

Orestes

La maté, no lo niego.

El coro de las Euménides

En esta lucha, mírate ya caído una vez por cada tres.

Orestes

Antes de haberme derribado alardeas.

El coro de las Euménides

Sigue contestando. ¿Cómo la mataste?

Orestes

Contesto: con mi mano le hundí esta espada en la garganta.

El coro de las Euménides

¿Quién te impulsó y aconsejó?

Orestes

Los oráculos de este Dios. Él aquí lo atestigua.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¿El Adivino te impulsó á matar á tu madre?

ORESTES

Hasta aquí no me arrepiento de ello.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Cuando se te condene, de otra suerte hablarás.

ORESTES

Tengo mis esperanzas. Mi padre me ayudará desde el fondo de la tumba.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡En muertos fías, tú que mataste á tu madre!

ORESTES

Manchada estaba por dos crímenes.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¿Cómo? Díselo á tus jueces.

ORESTES

Dió muerte á su marido y dió muerte á mi padre.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Vives, y ella, muriendo, expió su crimen.

ORESTES

Pero ¿cuando vivía la perseguisteis?

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

No era de la sangre del hombre que mató.

ORESTES

¿Y yo era de la sangre de mi madre?

El coro de las Euménides

¡Cómo! ¿no te llevó bajo su cinto, matador de tu madre? ¿Renegarás de la sangre carísima de tu madre?

Orestes

¡Sé testigo, Apolo! ¿No la maté legítimamente? Porque no niego que la maté. ¿Piensas que su sangre fué legítimamente derramada? Habla, para que se lo diga á éstos.

Apolo

¡He de hablaros, Jueces venerables instituídos por Atena! Soy el Adivino, y no he de engañar. Nunca en mi trono fatídico dije de hombre, de mujer ó de ciudad nada que Zeus, padre de los Olímpicos, no me haya mandado decir. Acordaos de tener mis palabras en lo que valen y de obedecer á la voluntad de mi padre. No hay juramento que esté por encima de Zeus.

El coro de las Euménides

¿Zeus, por lo que dices, te había dictado el oráculo con el que mandaste á Orestes que vengase el asesinato de su padre, sin respeto á su madre?

Apolo

No da lo mismo ver á una mujer degollar á un valiente honrado con el cetro, don de Zeus, y á quien no han traspasado las flechas lanzadas desde lejos, como las de las Amazonas. ¡Escúchame, Palas! Escuchadme también vosotros, que os sentáis á juzgar en esta causa. ¡Al volver de la guerra, de donde traía numerosos despojos, ella le recibió con palabras lisonjeras, y en el momento en que, habiéndose lavado, iba á salir del baño, le envolvió en amplio velo y le hirió, teniéndole inextricablemente impedido! Tal ha sido la suerte fatal de aquel hombre venerabilísimo, del Jefe de las naves. Digo que tal ha sido, para que la mente de los que juzgan en esta causa sienta la mordedura.

El coro de las Euménides

A Zeus, según tus palabras, más le irrita el asesinato de un padre que el de una madre. Pero él mismo cargó de cadenas á su anciano padre Cronos. ¿Por qué no opusiste esto á lo que has dicho? Vosotros, ya le oisteis; por testigos os tomo.

APOLO

¡Oh alimañas las más abominables de todas, aborrecidas por los Dioses! Pueden romperse cadenas; remedio hay para ello y medios innumerables para libertarse de ellas; pero cuando el polvo ha absorbido la sangre de un hombre muerto, ya no puede volverse á levantar. No ha enseñado mi padre encantamientos que lo consigan, él que, por encima y por debajo de la tierra, manda y lo pone todo en movimiento, y cuyas fuerzas son siempre iguales.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Pues ¿cómo has de defender la inocencia de este hombre? ¡Mira! Después de haber vertido la sangre de su madre, su sangre propia, ¿podrá vivir en Argos en la casa de su padre? ¿En qué altares públicos sacrificará? ¿Qué Fratria le dará lugar en sus libaciones?

APOLO

Esto diré, mira si hablo bien. No es la madre quien engendra al que se llama hijo suyo; no es ella sino la nodriza del germen reciente. El que obra es el que engendra. Recibe la madre el germen, y lo conserva, si pláce á los Dioses. He aquí la prueba de mis palabras: puede haber padre sin madre. La hija de Zeus Olímpico me sirve aquí de testimonio. No se ha nutrido en las tinieblas de la matriz, porque Diosa ninguna hubiera podido producir tal hija... Yo, Palas, y entre otras cosas, engrandeceré tu ciudad y tu pueblo. He enviado á tu morada este suplicante, para que en todo tiempo esté consagrado á ti. ¡Acéptale por aliado, ¡oh Diosa! á él y á sus descendientes, y guárdente éstos eterna fe!

ATENA

A vosotros os cumple ahora dictar sentencia con justo sufragio, que harto dijo él.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Mi postrer flecha he lanzado, y espero la sentencia que decida.

ATENA

¿Qué haré para que nada me echéis en cara?

El coro de las Euménides

¡Todo lo oísteis, extranjeros! Respetad lo que jurasteis y pronunciaos.

Atena

Oid aún la ley que fundo, pueblo del Atica, vosotros que sois los primeros jueces de la sangre vertida. Este tribunal, de aquí en adelante y por siempre, ha de juzgar al pueblo egeo. En esta colina de Ares, las Amazonas plantaron tiempo atrás sus tiendas, cuando, irritadas contra Teseo, sitiaron la Ciudad recién fundada y opusieron torres á sus altas torres. Hicieron aquí sacrificios á Ares, de donde viene este nombre de Areópago, la roca, la colina de Ares. Aquí, pues, respeto y temor han de estar siempre presentes, de día y de noche, á todos los ciudadanos, mientras ellos mismos se guarden de instituir nuevas leyes. Si mancháis un agua límpida con corrientes de lodo, ¿cómo podréis beberla? Quisiera persuadir á los ciudadanos encargados de velar por la República para que eviten anarquía y tiranía, mas no renuncien á toda represión. ¿Qué hombre seguirá siendo justo, si á nada teme? Respetad, pues, la majestad de este tribunal, muralla salvadora de esta región y de esta Ciudad, y tal que no lo tiene nadie entre los hombres, ni los escitas, ni los de la tierra de Pélope. Instituyo este tribunal incorruptible, venerable y severo, guardián vigilante de esta tierra, aun durante el sueño de todos, y se lo digo á los ciudadanos para que así sea desde este punto en lo porvenir. Ahora levantaos, y fieles á vuestro juramento, pronunciad la sentencia. He dicho.

El coro de las Euménides

¡Os aconsejo que no ultrajéis á nuestra compañía, terrible para esta tierra!

Apolo

¡Y yo os mando que respetéis mis oráculos, que son los de Zeus, y que no los hagáis impotentes!

El coro de las Euménides

Te inquietas por una causa sangrienta que no te concierne. No has de dar más oráculos verídicos si insistes.

Apolo

¿Le faltó también á mi padre cautela cuando Ixión fué á suplicarle, después de haber cometido el primer crimen?

El coro de las Euménides

Puedes hablar; mas yo, si no se me hace justicia, he de ser terrible para esta tierra.

Apolo

Despreciada eres entre los Dioses nuevos y los antiguos. He de triunfar.

El coro de las Euménides

Así lo hiciste en las moradas de Feres. Persuadiste á las Moiras para que hiciesen Inmortales á los hombres.

Apolo

¿No es justo socorrer al que nos honra, y sobre todo cuando nos pide ayuda?

El coro de las Euménides

¡Has ofendido á los Demonios antiguos, y con el vino has engañado á las Diosas viejas!

Apolo

Pronto estarás vencida y no vomitarás ya contra tus enemigos veneno inofensivo.

El coro de las Euménides

¡Dios mozo, ultrajas á las Diosas viejas! Mas espero al fin, sin que sepa aún si he de irritarme ó no contra esta Ciudad.

Atena

Yo debo pronunciarme en último término. Daré mi sufragio á Orestes. No tengo madre que me haya concebido. En todo y dondequiera favorezco totalmente al varón, mas no hasta las nupcias. Ciertamente, por el padre estoy. Así, poco me importa la mujer que mató á su marido, jefe de la casa. Vencedor es Orestes, aun cuando los sufragios sean iguales por ambas partes. Así, pues, vosotros, los que tal oficio tenéis, sacad presto los guijarros de las urnas.

Orestes

¡Oh Febo Apolo! ¿Cómo se juzgará esta causa?

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Oh Noche negra, madre mía! ¿ves esto?

ORESTES

¡Ahora, la cuerda me acabará, ó he de ver de nuevo la luz!

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Envilecidas quedaremos, ó hemos de conservar nuestros honores.

APOLO

¡Contad bien los guijarros, extranjeros! Respetad la justicia y no os engañéis. Si un solo voto se olvida, gran desdicha será. ¡Un sufragio solo puede levantar una casa!

ATENA

Absuelto queda este hombre de la acusación de asesinato; los sufragios están en igual número por ambas partes.

ORESTES

¡Oh Palas, has salvado mi casa, me has devuelto á la tierra de la patria de donde estuve desterrado! Todos los Helenos dirán: Este hombre argivo restaurado se ve por fin en los bienes paternos, por merced de Palas y Loxias, y asimismo de Aquel que todo lo cumple y me ha salvado, movido á compasión por el destino fatal de mi padre, cuando ha visto á estas vengadoras de mi madre. Por lo que á mí me toca, al volverme á mi casa me ligo á esta tierra y al pueblo tuyo con un juramento: jamás, en la larga sucesión de los tiempos, ningún rey de Argos ha de entrar lanza en mano en el suelo ático. Ciertamente, yo mismo, encerrado entonces en la tumba, heriré con castigo inevitable á los que violasen el juramento que hago. Triste y desgraciado les tomaré el camino, y haré que se arrepientan de su acción. Pero si los argivos guardan la fe que juro á la ciudad de Palas, si luchan siempre con ella, siempre he de serles benévolo. ¡Salve, oh tú, Palas! ¡Y tú, pueblo de la Ciudad! ¡Que siempre deshagáis inevitablemente á vuestros enemigos! ¡Que siempre vuestras armas os salven, y por siempre seáis victoriosas!

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Ah! ¡Dioses nuevos, habéis hallado las Leyes antiguas y me habéis arrancado de las manos á ese hombre! Y yo, cubierta de oprobio, menospreciada, miserable, encendida en cólera, ¡oh dolor! voy á derramar gota á gota en el suelo el veneno de mi corazón, terrible para esta tierra. ¡Ni hojas, ni fecundidad! ¡Oh Justicia, pon, al precipitarte sobre esta tierra, en todas partes, la mancha del mal! ¿He de gemir? ¿qué será de mí? ¿qué haré? ¡Padezco dolores que han de ser funestos para los atenienses! Las desgraciadas Hijas de la Noche están gravemente ofendidas; ¡gimen por la vergüenza que las cubre!

ATENA

Creedme, no gimáis tan profundamente. No estáis vencidas. Juzgada fué la causa por sufragios iguales y sin ofensa para vosotras; pero manifiestos han sido los Testimonios de la voluntad de Zeus. El mismo ha dictado este oráculo: que Orestes, por haber cometido el crimen, no debía sufrir castigo. No enviéis, así, pues, á esta tierra vuestra terrible cólera; no os irritéis, ni la condenéis á esterilidad, vertiendo en ella gota á gota baba de Demonios, roedora implacable de simientes. Yo, por mi parte, os hago la sagrada promesa de que hallaréis aquí moradas, templos y altares ornados con ofrendas espléndidas, y de que habéis de ser grandemente honradas por los atenienses.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Ah! ¡Dioses nuevos, habéis hollado las Leyes antiguas y me habéis arrancado de las manos á ese hombre! Y yo, cubierta de oprobio, menospreciada, miserable, encendida en cólera, ¡oh dolor! voy á derramar gota á gota en el suelo el veneno de mi corazón, terrible para esta tierra. ¡Ni hojas, ni fecundidad! ¡Oh Justicia, pon, al precipitarte sobre esta tierra, en todas partes, la mancha del mal! ¿He de gemir? ¿qué será de mí? ¿qué haré? ¡Padezco dolores que han de ser funestos para los atenienses! Las desgraciadas Hijas de la Noche están gravemente ofendidas; ¡gimen por la vergüenza que las cubre!

ATENA

No se os despoja de vuestros honores, y no volveréis, Diosas irritadas, en lo amargo de vuestra cólera, estéril la tierra á los hombres. ¿No estoy yo segura de Zeus? Mas ¿para qué

necesito palabras? Yo sola entre los Dioses conozco las llaves de las moradas en que el rayo se encierra. Empero, de nada me sirve el rayo. Me has de obedecer, sin lanzar á la tierra las imprecaciones funestas que acarrean la destrucción de todo. Calma la violenta cólera de las negras oleadas de tu corazón, y vivirás conmigo, y piadosamente te honrarán como á mí. Las ricas primicias de este país te serán ofrecidas, en los sacrificios, por concepciones y nupcias, y, en adelante, habrás de agradecerme mis palabras.

El coro de las Euménides

¡Pasar yo por eso! ¡Yo, la antigua Sabiduría, vivir, menospreciada, en la tierra! ¡oh vergüenza! ¡Cólera y violencia respiro! ¡ay! ¡oh Dioses! ¡oh tierra! ¡oh dolor! ¡qué angustia me invade el pecho! ¡Oye mi cólera, Noche, madre mía! ¡Los engaños de los Dioses me han quitado mis honores antiguos, reduciéndome á la nada!

Atena

Te perdono tu cólera, pues más años tienes que yo y mayor sabiduría posees, pero también Zeus me ha dado alguna inteligencia. Á otra tierra no vayáis, que echarais ésta de menos. Os lo predigo. La sucesión de los tiempos traerá honores cada vez más altos á los habitantes de mi ciudad, y tú tendrás gloriosa morada en el recinto de Erecteo, y serás aquí, en los Días consagrados, venerada de hombres y mujeres, más de lo que en otra parte pudieras serlo. No derrames, pues, en mis moradas el veneno roedor de tus entrañas, funesta en las concepciones, y encendida en rabia que el vino no excitó. No inspires discordia á los habitantes de mi ciudad, y no sean como gallos que entre sí se destrozan. No emprendan sino guerras extranjeras y no muy lejanas, por las que se despierta el grande amor de la gloria, que las peleas de aves domésticas me dan horror. Te conviene aceptar lo que te ofrezco, para que, siendo benévola, te veas colmada de bienes y honores y poseas tu parte de esta tierra amadísima de los Dioses.

El coro de las Euménides

¡Pasar yo por eso! ¡Yo, la antigua Sabiduría, vivir, menospreciada, en la tierra! ¡oh vergüenza! ¡Cólera y violencia respiro! ¡ay! ¡oh Dioses! ¡oh tierra! ¡oh dolor! ¡qué angustia me invade el pecho! ¡Oye mi cólera, Noche, madre mía! ¡Los en-

gaños de los Dioses me han quitado mis honores antiguos, reduciéndome á la nada!

ATENA

No me cansaré de aconsejarte lo que sea mejor, para que nunca digas que tú, antigua Diosa, fuiste despojada de tus honores y vergonzosamente arrojada de esta tierra por una Diosa más joven que tú y por el pueblo que mora en esta ciudad. Si la persuasión sagrada es venerable para ti, si la dulzura de mis palabras te sosiega, aquí has de quedarte; mas si no quieres permanecer aquí, no has de lanzar tu furor injusto contra esta Ciudad y no has de causar la ruina del pueblo, porque se te permite morar en esta tierra feliz y gozar en todo tiempo de honores legítimos.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Reina Atena, ¿qué casa he de ocupar?

ATENA

Una morada al abrigo de todo agravio. Pero acepta.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Acepto. ¿Y cuáles serán mis honores?

ATENA

Sin ti, no habrá casa que tenga dichosa fortuna.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¿Y lograrás tú que tal poder me sea dado?

ATENA

Ciertamente, haré que prospere quien te honre.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¿Y tal promesa siempre ha de verse cumplida?

ATENA

Podía no haber prometido lo que no hubiera de cumplir.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Sosegada estoy; rechazo mi cólera.

ATENA

Por ello, en esta tierra, no tendrás sino amigos.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

¿Qué me mandas impetrar para esta tierra?

ATENA

¡Todo lo que es consecuencia de una victoria sin mancilla, cuanto producen la tierra y las olas del mar, cuanto viene del Urano, cuanto traen los soplos de los vientos! ¡Acreciéntense aquí los frutos de la tierra y los rebaños al calor propicio de Helios! ¡Sean por siempre felices y prósperos los ciudadanos y sana y salva la niñez! Aniquila más inexorablemente aún á los impíos. Como pastor de plantas, amo á la raza de los hombres justos. Tales han de ser tus cuidados. Yo, en lo que toca á la gloria de los combates guerreros, haré á esta Ciudad ilustre entre los mortales.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Estrofa 1

Ciertamente, habitar quiero con Palas, y no desdeñaré esta Ciudad, asilo de Dioses, honrada por Zeus omnipotente y por Ares, muralla de Demonios, que protege las aras de los helenos. Deséole, con predicciones benévolas, frutos abundantes, útiles para la vida, que en la tierra germinan á la luz brillante de Helios.

ATENA

Con gozo lo hago por los atenienses. He retenido en ésta Ciudad á grandes é implacables Diosas. Se les ha concedido, en efecto, que dispongan cuanto concierne á los hombres. Nada sabe de los males que desuelan la vida aquel contra quien nunca se irritaron aún. Los crímenes de los antepasados se lo entregan. La destrucción silenciosa le aniquila, pese á sus gritos.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Antistrofa 1

¡No marchite un soplo funesto los árboles! Tal es mi deseo.

¡No sequen los ardores de Helios el germen de las plantas, y no hagan abortar los retoños! ¡Apártese la esterilidad malvada! ¡Paran las siempre fecundas ovejas, preñadas con doble cría, en el tiempo marcado! ¡Honre el pueblo rico de los bienes abundantes de la tierra los presentes de los Dioses!

ATENA

¿Oís, Guardadores de la Ciudad, esos felices anhelos? Poderosísima, en efecto, es la venerable Erinnis, cerca de los Inmortales y de los Dioses subterráneos. Manifiestamente y con sumo poder ordenan el destino de los hombres. Conceden á los unos cantos de alegría y á los otros les imponen una existencia entristecida por el llanto.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Estrofa II

Rechazo la mala fortuna que hiere á los hombres antes de tiempo. Conceded á las vírgenes amadas el esposo que desean, ¡oh Diosas! hermanas de las Moiras, las que tenéis tal poder, justos Demonios que frecuentáis cada mansión, en todo tiempo presentes, y que, por equidad vuestra, sois en todas partes los Dioses más honrados!

ATENA

Me regocija el oir vuestros anhelos benévolos por la tierra que amo. Los loores á la Persuasión de suave mirar que dirigió mi lengua y mis palabras mientras ellas negábanse duramente á escuchar. Zeus, que preside el ágora, ha prevalecido, y nuestra causa, la causa de los justos, quedó victoriosa.

EL CORO DE LAS EUMÉNIDES

Antistrofa II

¡Nunca se estremezca en la Ciudad la discordia insaciable de males! Tal es mi deseo. ¡Jamás absorba el polvo la sangre negra de los ciudadanos! ¡Jamás aquí vengue el crimen al crimen! No tengan los ciudadanos mas que una misma voluntad, un mismo amor y un odio mismo. Tal es el remedio de todos los males entre los hombres.

ATENA

¿Luego hallasteis el camino de las palabras benévolas? Pre-

veo que los habitantes de mi Ciudad han de hallar grande ayuda en estos Espectros terribles. ¡Amad siempre á estas Diosas que se os muestran benévolas, ofrecedles grandes honores, y esta tierra y Ciudad han de ser por siempre ilustres, pues la equidad las asiste!

El coro de las Euménides

Estrofa III

¡Salve! ¡sed dichosos y ricos! ¡Salve, pueblo ateniense, sentado cabe las aras de Zeus, amigos de la Virgen que os ama, y llenos siempre de sabiduría! Los que moran bajo las alas de Palas respetados son por su padre.

Atena

También yo os saludo. He de abrir el camino para mostraros vuestras moradas. Id, á la luz sagrada de las antorchas de los que os acompañan, á través de los sacrificios ofrecidos; penetrad en la tierra, para contener á la desgracia lejos de este suelo y enviar á la Ciudad la prosperidad y la victoria. Los que moráis en esta Ciudad, hijos de Cranao, acompañadlas, y acuérdense siempre de su benevolencia los ciudadanos.

El coro de las Euménides

Antistrofa III

¡Salve, salve! ¡Otra vez os saludo á cuantos aquí estáis, Demonios y mortales, habitadores de la Ciudad de Palas! Respetad mi morada, y nunca tendréis que acusar á los azares de la vida.

Atena

Alégranme vuestras palabras y vuestras oraciones, y he de enviar el resplandor de las antorchas llameantes á las mansiones subterráneas, con los guardianes de mi santuario, según el rito. ¡Lléguese aquí la flor de toda la tierra de Teseo, el brillante cortejo de doncellas y las mujeres y las madres ancianas! ¡Revestíos con trajes purpúreos para honrar á estas Diosas, y preceda la claridad de las antorchas para que esta muchedumbre divina, benévola siempre á esta tierra, la haga ilustre por siempre jamás para que los suyos prosperen!

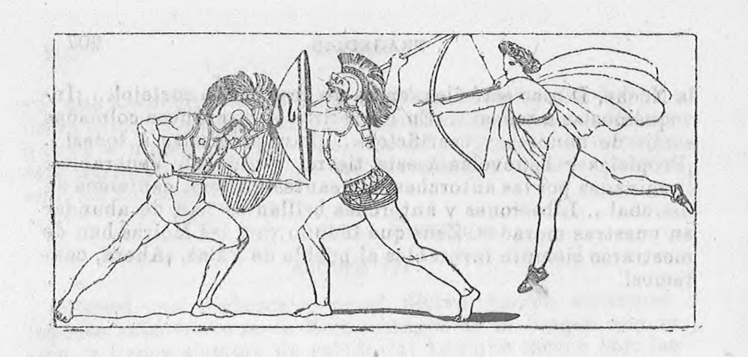
El cortejo

¡Entrad en vuestra morada, grandes y venerables Hijas de

la Noche, Diosas estériles, entre un respetuoso cortejo!... ¡Invoquémoslas á todas!... ¡En los retiros subterráneos colmadas seréis de honores y sacrificios!... ¡Invoquémoslas á todas!... ¡Propicias y benévolas á esta tierra, venid, ¡oh Venerables! iluminadas por las antorchas flameantes! ¡Ahora, cantemos en marcha!... Libaciones y antorchas brillantes han de abundar en vuestras moradas. Zeus que todo lo ve y las Moiras han de mostrarse siempre favorables al pueblo de Palas. ¡Ahora, cantemos!

FIN DE «LAS EUMÉNIDES»





VII

LOS PERSAS

El coro de los Ancianos.
Atosa.
El espectro de Darío.
Jerjes.
El Mensajero.

El coro de los Ancianos

Veis aquí á los que llaman Fieles, guardadores de estas ricas moradas abundantes en oro, que los demás persas marcharon á tierras de Hélade. El Rey Jerjes, prole de Darío, por sí mismo los escogió, á causa de su vejez, para que velasen por el Reino.

Mas ya tenemos el espíritu grandemente turbado en el pecho por presentimientos malos, al pensar en la vuelta del Rey y de aquel ejército relumbrante de oro.

Ciertamente, todo el vigor, en Asia nacido, allá se fué; y Asia, triste, echa de menos á su Juventud; y no hay mensajero ni jinete que retornen á la regia Ciudad de los persas.

Los de Susa, los de Ecbatana y los habitantes de la vetusta

ciudadela de Cisia, partiéronse, unos á caballo, en naves otros y los demás á pie, espesa muchedumbre guerrera.

Así se partieron Amistres, y Artafernes, y Megabaces, y Astaspes, jefes de los persas, reyes vasallos del gran Rey, que mandan tropas innumerables, hábiles arqueros, ilustres jinetes de aspecto terrible, imponentes por su intrepidez en el combate.

Luego, Artembares, que lucha en su carro, y Masistres, y el excelente arquero Imayo, y Farandaces, y Sostanes, conductor de caballos.

Otros envió el Nilo grande y fertilizador: á Susiszanes, á Pegastagón el egipcio, y al gran Arsames, jefe de Menfis la santa, y á Ariomardo, gobernador de la antigua Tebas, y á los moradores de las lagunas, terribles é innumerables remeros.

Luego ha venido la muchedumbre de los lidios voluptuosos, toda la raza que puebla el continente, los mandados por Metragates y el valeroso Arcteo, jefes reales, y los que Sardes, abundosa en oro, envía en carros sin número, tirados por cuatro ó seis corceles, espectáculo terrible.

Los que viven en el sacro Tmolo, Mardón, Taribis y los misios, armados de picas, amenazan poner en la cerviz de Hélade el yugo de la servidumbre.

Babilonia, rica en oro, envía sus pueblos confusamente mezclados, que se precipitan impetuosos, marinos y hábiles arqueros; y así el Asia entera, empuñando la espada, se mueve al mando terrible del Rey.

Tal la flor de los varones ha dejado el suelo pérsico; y el Asia entera que los criara se lamenta en su amargo pesar; y madres y esposas, llenas de angustia, van contando largamente los días.

Estrofa I

Y el ejército real, devastador de Ciudades, pasó á la orilla opuesta. Con auxilio de naves amarradas, pasó el estrecho de la Atamántida Hélade, sujetando la cerviz del mar con aquel camino que fijaban mil clavos.

Antistrofa I

El guerrero jefe del Asia populosa lanza sobre todo el país de Hélade sus inmensas huestes, repartidas en tropas de tierra y marinos, con el apoyo de jefes firmes y temibles, tal como un Dios, nacido de la Lluvia de oro.

Estrofa II

Con mirada sombría y sangrienta de Dragón, empuja ante

sí multitud innumerable de brazos y navíos, y desde su carro sirio lleva á los guerreros, ilustres por la lanza, á Ares, el potente arquero.

Antistrofa II

Ciertamente, héroe ninguno ha de resistir el choque del inmenso torrente de hombres de guerra, ni podrá detener, con ayuda de vallas harto sólidas, el asalto irresistible de ese mar.

Epodo

Mas ¿qué mortal pudiera esquivar los engañosos lazos de un Dios? ¿Quién los evitara saltando con pie asaz ligero? La Fortuna, acariciadora al principio, atrae al hombre á sus redes, y ya no se le consiente salir.

Estrofa III

Tiempo ha que se ha manifestado entre nosotros, por voluntad de los Dioses, una inevitable necesidad, y es la que empuja á los persas al asalto de las murallas, á las peleas de jinetes cuyo regocijo es la lucha y á derribar ciudades.

Antistrofa III

Han aprendido á contemplar la salva del amplio mar, albicante al soplo vehemente de la tempestad, confiados en los cables ligeros y en las naves que transportan la muchedumbre de los hombres.

Estrofa IV

Por eso está mi espíritu lleno de espanto. ¡Ay! ¡el ejército de los persas! Nunca oiga tal vacía de guerreros, Susa, la Ciudad real de los persas.

Antistrofa IV

A ese grito había de responder la ciudad de Cisia, ¡ay! ¡y la muchedumbre de las mujeres lo repetiría desgarrando sus vestiduras de lino!

Estrofa V

Todo el ejército, jinetes é infantes, cual enjambre de abejas, se fué con el Jefe de las tropas, cruzando el mar, por esa prolongación común de una á otra tierra.

Antistrofa V

Los lechos están empapados de lágrimas que se vierten al

echar de menos á los hombres. Presa son las mujeres persas de un grande dolor. Todas, doliéndose de la falta del marido, permanecen solitarias, porque han perdido al guerrero valiente que compartió su lecho.

¡Ea! ¡oh persas! nosotros que nos sentamos en estas antiguas y venerables moradas, tengamos la grave zozobra de los pensamientos profundos, que la necesidad nos urge.

¿Cuál es la suerte del Rey Jerjes, prole de Darío, que, como nosotros, lleva el nombre de aquel en quien todos tenemos origen? ¿Ha logrado victoria la nube de flechas ó la fuerza de las lanzas de hierro agudo?

¡Mas he aquí la Luz, resplandeciente como el mirar de los Dioses, la madre del Rey, nuestra Reina! Prosternémonos. Fuerza es que todos la saluden con palabras respetuosas. «¡Oh Reina, la más alta de todas las persas de amplio cinturón, madre venerable de Jerjes, salve, esposa de Darío, esposa del Dios de los persas y madre de un Dios! ¡No se cambie ahora la antigua fortuna de este pueblo!»

Atosa

Por eso vengo aquí, dejando mis moradas enriquecidas de oro y el lecho nupcial, común á Darío y á mí. La inquietud me turba el corazón. Todo os lo diré: no estoy tranquila, y temo que esta grande prosperidad, presto disipada, derribe con el pie las riquezas que amontonó Darío, no sin ayuda de algún Dios. Por eso siente mi corazón doble inquietud indecible. Ciertamente, en ausencia del dueño, inútiles son inmensas riquezas; mas el poder de los que las han perdido no brilla ya con el mismo esplendor. ¡En verdad, intactas están todavía las nuestras, mas temo por los ojos! que el ojo de la casa, pienso que es la presencia del Amo. Por si ello es así, quiero que vosotros me aconsejéis, persas, fieles ancianos. Ciertamente, todo sabio consejo me ha de venir de vosotros.

El coro de los Ancianos

Sabe esto, Reina de esta tierra: si quieres que hablemos ó hagamos cuanto esté en poder nuestro, no tendrás que decirlo dos veces. Ciertamente, tus adictos son aquellos que llamas tus consejeros.

Atosa

Acostumbro, en verdad, verme agitada por numerosos sue-

ños nocturnos, desde que mi hijo se fué llevándose su ejército á tierras de los jonios, anheloso de asolarla; mas ninguno se ha manifestado con claridad mayor que el de la noche pasada. Contártelo quiero.

Dos mujeres, ricamente vestidas, se me han aparecido. Llevaba una el vestido de los persas, otra el de los dorios. Más irreprochables eran por la majestad de sus cuerpos y mucho más hermosas que las mujeres que hoy viven. Dos hermanas eran, de una misma raza. Vivían, en tierras de Hélade la una, que las tenía en dote, y en tierra de bárbaros la otra. Reñían, á lo que me pareció. Mi hijo, al verlo, las contenía y apaciguaba. A las dos las sometió el mismo yugo, y ató sus cuellos con las mismas correas. Una de ellas, en verdad, erguíase altanera, con el orgullo de aquel arreo, y su boca admitía el freno; mas la otra, agitándose furiosa, rompía con sus manos las ligaduras del carro, y desembarazándose de las riendas, roto el yugo por la mitad, lo arrastraba todo con violencia grande. Y mi hijo cayó, y su padre Darío manteníase junto á él compadeciéndole, y en cuanto Jerjes le vió, desgarró sus vestiduras.

Ciertamente, he aquí lo que he visto esta noche. Dejando mi lecho, me lavé las manos en agua pura y me aproximé al altar para ofrecer sacrificio, hice la ofrenda de la torta de flor de harina á los Demonios que guardan de calamidades, y vi un águila refugiarse en el hogar de Febo, ¡y permanecí muda de terror, amigos! Luego vi un gavilán que se precipitó con sus alas rápidas y desgarró la cabeza del águila con sus uñas. Y el águila, llena de espanto, se abandonaba al gavilán. Las cosas terribles que he visto, ya las oís. Ciertamente, sabedlo, si mi hijo logra dichosa fortuna, será el más glorioso de los hombres. Si le ocurre desgracia, no tendrá cuentas que dar, y si sobrevive, siempre mandará en esta tierra.

El coro de los Ancianos

No queremos, Madre, inquietarte con nuestras palabras ni tranquilizarte. Ruega á los Dioses. Si algo siniestro viste, suplícales que lo aparten de ti, y que realicen cuanto sea ventura para ti, para tus hijos, para el reino y para tus amigos. Luego has de hacer libaciones á la Tierra y á los Muertos. Ruega también por que tu esposo Darío, á quien viste, me has dicho, en tu sueño, envíe á la luz, desde lo profundo de la tierra, las prosperidades para ti y para tu hijo, y por que retenga y oculte las calamidades en las tinieblas subterráneas. Adivino benévolo, tales consejos te doy; mas creo que todo esto es dichoso presagio.

ATOSA

Tú el primero interpretaste mis sueños con benevolencia para mi hijo y mi casa. ¡Sea todo lo mejor posible! Ciertamente, lo quiero, y en cuanto haya vuelto á la casa, haré, como me aconsejas, sacrificios á los Dioses y á los que amo y están bajo tierra. Pero, entretanto, ¡oh amigos! ¿en dónde se dice que Atenas está situada?

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Lejos de aquí, á Occidente, allí donde el Rey Helios se pone.

ATOSA

¿Y estaba mi hijo anhelante por tomar esa ciudad?

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Ciertamente, que toda la tierra de Hélade se sometería al Rey.

ATOSA

¿Es abundante sin duda ese pueblo en guerreros?

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Es un ejército que ha causado ya males sin cuento á los medas.

ATOSA

¿Y qué más poseen? ¿Tienen muy grandes riquezas?

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Tienen una fuente de plata, tesoro de la tierra.

ATOSA

¿Es la punta de las flechas y el arco lo que en sus manos brilla?

EL CORO DE LOS ANCIANOS

No. Emplean la lanza en combate á pie firme, y el escudo los protege.

ATOSA

¿Qué jefe los guía y manda el ejército?

El coro de los Ancianos

No son esclavos de ningún hombre y á nadie obedecen.

Atosa

Pues ¿cómo han de resistir el choque de sus enemigos?

El coro de los Ancianos

Así es como destruyeron el grande y magnífico ejército de Darío.

Atosa

Rememoras terribles recuerdos que han de atormentar á los padres de los ausentes.

El coro de los Ancianos

Pronto, me parece, vas á conocer toda la verdad. Un corredor persa llega aquí para enterarte. Noticia cierta trae, buena ó mala.

El Mensajero

¡Oh ciudades de toda la tierra de Asia! ¡oh Persia, amplio puerto de riquezas! ¡De un solo golpe tan grande prosperidad ha perecido, y la flor de los persas ha sido segada! ¡Oh desdichados! ¡Oh dolor de ser el primero en anunciar tantos males! Empero, me es fuerza referir todo el desastre, ¡oh persas! ¡El ejército entero de los bárbaros ha perecido!

El coro de los Ancianos

Estrofa I

¡Oh calamidades horrorosas, inesperadas, lamentables! ¡Ay! ¡ay de mí! ¡llorad, persas, al saber tal derrota!

El Mensajero

¡Ciertamente, todo, todo está destruído! Yo mismo veo, contra toda esperanza, el día del retorno.

El coro de los Ancianos

Antistrofa I

¡No se nos ha concedido larga vida, á nosotros los viejos, sino para que sepamos tan inesperado desastre!

El Mensajero

Ciertamente, allí estaba yo. No es por relato ajeno, ¡oh persas! como os diré los males que nos han agobiado.

El coro de los Ancianos

Estrofa II

¡Ay! ¡ay! ¡ay de mí! ¡En vano las armas innumerables de tantos pueblos se han precipitado de la tierra de Asia sobre el país de Hélade!

El Mensajero

¡Las riberas de Salamina y todas las comarcas próximas llenas están de muertos miserablemente matados!

El coro de los Ancianos

Antistrofa II

¡Ay! ¡ay! ¡ay de mí! ¡Los cuerpos de nuestros amigos ruedan ensangrentados por las olas, en medio de las naves deshechas que sobrenadan!

El Mensajero

No nos han valido nuestros arcos. Todo el ejército ha perecido, aplastado por el choque de las naves.

El coro de los Ancianos

Estrofa III

¡Lancemos el clamor lamentable y lúgubre por los desdichados persas! ¡Vencidos fueron, ay! ¡Destruído está el ejército!

El Mensajero

¡Oh nombre de Salamina, amarguísimo de oir! ¡Ay! ¡Qué gemir al recuerdo de Atenas!

El coro de los Ancianos

Antistrofa III

Terribles son los atenienses para con sus enemigos. ¡Innu-

merables mujeres persas han de acordarse de que las han dejado viudas y sin hijos!

ATOSA

¡Desdichada! Muda permanezco, agobiada de tantos males; tal es esta calamidad, que ni hablar puedo ni inquietarme por el desastre. Sin embargo, fuerza es que los hombres sufran los males que los Dioses les envían. Dínoslo todo, cálmate, á pesar de tus gemidos por nuestras miserias. Di quiénes viven aún y á quién hemos de llorar, y quiénes, llevando el cetro, han muerto dejando al ejército sin jefes.

EL MENSAJERO

Jerjes vive y ve la luz.

ATOSA

¡Traes la luz á mi casa, luz brillante en noche negra!

EL MENSAJERO

Artembares, jefe de innumerables jinetes, cayó herido en las ásperas costas Silenias, y el kiliarca Dadaces, atravesado de una lanzada, precipitado cayó de su alta nave; y Tenagón, el más valiente de los bactrianos, sepulto queda en la isla de Ayax, batida por las olas. Lilayos y Arsames y Argestes, en derredor de la isla nutricia de las palomas, se han ido á romper la cabeza en la áspera costa. Arcteo, llegado de las fuentes del Nilo egipcio, y Adenes, y Feresenes, y Farnucos, de la misma nave han caído. Matalo de Krisa, el Miriontarca, el jefe de treinta mil jinetes negros, muerto ha sido. Manchó su barba roja, espesa, erizada, y tinto quedó en la púrpura de su sangre. Y el mago Arabos, y el bactriano Artames han perecido en aquella ruda tierra y allí enterrados están, como Amestris, Anfistreo que blandía mortífera lanza, y el ilustre Ariomardo, á quien los de Sardes llorarán, y el misio Sisames. Y Taribis, que guiaba cinco veces cincuenta naves, el Liraneo, gallardísimo hombre, yace muerto miserablemente. Y Siennesis, el primero por el esfuerzo, jefe de los cilicios, ha caído gloriosamente, dando, él solo, mucho que hacer á los enemigos. Estos son los jefes de que me acuerdo. Mas poquísimo te dije de nuestras pérdidas, que son innumerables.

ATOSA

¡Ay! Irreparables males escucho, oprobio de los persas y

causa de amargos lamentos. Mas, volviendo á tu relato, dime qué número de naves tenían los helenos, para atreverse á atacar á la armada naval de los persas.

EL MENSAJERO

Ciertamente, en cuanto al número, sabe que los bárbaros eran muy superiores en naves. En totalidad, los helenos tenían diez veces treinta, salvas diez de reserva. Sé que Jerjes mandaba mil naves, mas dos veces ciento y siete que vencían en rapidez. Tal es la verdad. Ya ves que no éramos inferiores en fuerzas; mas un Dios ha hecho que los platillos de la balanza se inclinen, y ha destruído nuestra armada.

ATOSA

Los Dioses han protegido á la Ciudad de la Diosa Palas.

EL MENSAJERO

La Ciudad de Atenas es inexpugnable. Sus guerreros le sirven de segura muralla.

ATOSA

Mas dime el primer encuentro de las naves. ¿Han iniciado los helenos el combate, ó fué mi hijo, orgulloso del número de sus naves?

EL MENSAJERO

¡Oh Reina! Un Demonio malo y vengador ha sido causa primera de todo el mal. Uu heleno, del ejército de los atenienses, vino á decir á Jerjes, tu hijo, que en cuanto las sombras de la noche negra cayesen, los helenos no persistirían, y cada cual, volviendo á embarcarse, buscaría salvación en fuga secreta. En seguida que Jerjes lo supo, y sin comprender la treta de aquel heleno y los celos de los Dioses, mandó á todos los jefes de las naves que, en cuanto los rayos de Helios dejasen de calentar la tierra y las tinieblas invadiesen las moradas etéreas, dispusieran la muchedumbre de las naves en tres líneas, guardaran pasos y estrechos y rodearan la isla de Ayax; de suerte que si, por cualquier medio, los helenos conseguían huir, cada jefe lo había de pagar con la cabeza. Así lo mandó, lleno de confianza y de ardor, sin saber lo que los Dioses le reservaban. Los persas, sin desorden, y dócilmente, prepararon la refacción vespertina, y cada marinero ató al banco el

remo con la correa. Cayó la luz del día y vino la noche, y cada remero subió á su nave y también cada hoplita. Púsose en línea la flota y bogaron las naves en el orden prescrito; y durante la noche entera, de aquí para allá, los jefes ejercitaron á las tripulaciones de las naves. Y mientras la noche pasaba, la flota de los helenos de ningún modo intentaba dejar aquellos lugares en fuga secreta. En cuanto el Día de cabellos blancos hubo iluminado la tierra, un inmenso clamor, tal como un canto sagrado, se levantó de entre los helenos, y el sonido potente retumbó á lo lejos en todas las costas rocosas de la isla, y el temor invadió á todos los bárbaros, engañados en su esperanza; porque, á la sazón, los helenos no cantaban el Peán sagrado para emprender la fuga, sino que avanzaban audazmente al combate, y el son de la trompeta excitaba todo aquel furor. En seguida, á la voz de cada jefe, golpearon con sus remos resonantes las aguas estremecidas del mar, y he aquí que se nos dejaron ver todas sus naves. El ala derecha precedía en buen orden, venía después toda la flota, y oíase este canto inmenso: «¡Oh hijos de los helenos, avanzad! ¡Libertad á la patria, á vuestros hijos, á vuestras mujeres, las moradas de los Dioses de vuestros padres y las tumbas de vuestros antepasados! ¡Ahora es el combate supremo!» Y el grito de la lengua pérsica contestaba á aquel grito, pues no había ya que vacilar. Las proas de bronce chocaron. Una nave helénica rompió la primera el espolón de una nave fenicia, y ambas flotas se lanzaron una sobre otra. Primero el torrente de la armada pérsica resistió, mas cuando la multitud de nuestras naves estuvo apretada en los pasos estrechos, no pudieron darse mutua ayuda. Chocáronse sus proas de hierro y se quebraron sus filas de remos; y las naves helénicas, rodeándonos hábilmente, traspasaban las nuestras, que caían, cubriendo el mar de restos de naufragio y de cuerpos muertos, y las rocas de la orilla estaban llenas de cadáveres, y todo el ejército bárbaro se puso en fuga, desordenado. A golpes, con remos rotos y bancos de remeros, veíanse los persas aplastados ó desgarrados como atunes ú otros pescados cogidos en la red, y todo el mar resonaba de sollozos y lamentos; y por fin, el ojo de la Noche negra se cerró sobre nosotros. Ni aun en diez días pudiera yo contarte la muchedumbre de nuestros males. Pero, sábelo, nunca murieron tantos hombres en un solo día.

ATOSA

¡Ay! Un mar inmenso de males se ha lanzado sobre los persas y sobre toda la raza de los bárbaros.

El Mensajero

Ciertamente, sábelo ahora, no dije aún la mitad de nuestros males. Otra calamidad dos veces más pesada que las que dije ha caído sobre los persas.

Atosa

Pues ¿qué desgracia más funesta ha ocurrido? Di cuál es la calamidad de que hablas y que ha herido al ejército con males aún más terribles.

El Mensajero

Todos aquellos que fueron entre los persas los más fuertes, los más bravos, los mejor nacidos, los más fieles al Rey, han sufrido miserablemente una muerte sin gloria.

Atosa

¡Oh desgraciada! ¡oh suerte triste para mí, amigos! ¿De qué muerte perecieron?

El Mensajero

Hay una isla junto á las costas de Salamina, pequeña, inabordable para los navíos, que Pan, amigo de las danzas, frecuenta á orillas del mar. Allí los había enviado Jerjes, para que los enemigos, arrojados de sus naves, fueran á refugiarse á la isla, y fácilmente se degollase á los que sobrevivieran del ejército de los helenos y se pudiese salvar á los nuestros de las olas del mar; mas preveía mal lo que iba á ocurrir. En efecto, cuando un Dios hubo dado la victoria á la flota helénica, en aquel mismo día, habiéndose revestido de sus armaduras de bronce, saltaron de sus naves y rodearon la isla, para que los persas no tuviesen ya salida alguna para huir. Y éstos estaban sitiados por multitud de piedras, y perecían por las flechas que los nervios de los arcos enviaban. Precipitándose por fin todos á una, dábanles muerte los helenos, degollábanlos y desgarraban los miembros de los desdichados, hasta que hubieron perdido todos la vida. Y Jerjes, viendo tal abismo de males, gimió, porque se había sentado á orillas del mar en un alto promontorio, desde el que podía ver toda la armada. Mas habiendo desgarrado sus vestiduras, y dando grandes voces, ordenó en seguida á su ejército de tierra que se retira-

se, y él mismo emprendió súbita huída. Tal es la calamidad que puedes llorar como la primera.

ATOSA

¡Oh funesto Demonio, cómo engañaste la esperanza de los persas! Amarga derrota debe mi hijo á la ilustre Atenas. ¡No han sido bastantes los bárbaros que Maratón degollara en otro tiempo! Con la esperanza de vengarlos, mi hijo ha tenido que soportar tan dura carga de desdichas. Mas habla, ¿en donde has dejado las naves que se escaparon de la destrucción? ¿Puedes con seguridad decirlo?

EL MENSAJERO

Los jefes de las naves salvas aún emprendieron confusamente la huída con ayuda del viento. Lo que sobrevivía del ejército ha perecido en la tierra de los beocios, unos buscando en vano el agua de los manantiales y padeciendo sed, en tanto que otros atravesaban penosamente la tierra de los focenses, y Dórida, y por el golfo Melíaco, los campos que el Sperkio riega con sus dulces aguas. Luego hemos llegado al suelo aqueo y á las ciudades tesalias; muchos han muerto allí de hambre y de sed, que una y otra nos atormentaban. Luego llegamos, por la tierra Magnética, el país de los macedonios, la corriente del Axios, la laguna cubierta de cañaverales de Bolbé y el monte Pangeo, al país de los edonios. Aquella noche un Dios nos envió un invierno precoz, que heló las aguas del sagrado Estrimón. Entonces, cuantos antes negaban que hubiese Dioses rogaron y adoraron á Gea y Urano. Después de invocar mil veces á los Dioses, pasó el ejército por aquel helado camino, y aquellos de los nuestros que pudieron pasar antes que los rayos del Dios se hubiesen esparcido, lograron salvar la vida. En efecto, el orbe ardiente y resplandeciente de Helios calentó pronto con sus llamas el centro del río y lo rompió, y todos rodaron, unos sobre otros, y más felices fueron los que más presto entregaron el alma. Los supervivientes salváronse con grandes fatigas á través de la Tracia, mas pocos han vuelto á los patrios hogares. ¡Gima el reino de las persas, llorando á su carísima juventud! Verdaderas son estas cosas, mas no he dicho la muchedumbre de los otros males con que un Dios ha agobiado á los persas.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Oh Demonio funestísimo, cómo has aplastado bajo tus pies, afrentosamente, á toda la raza de los persas!

ATOSA

¡Oh desdichada de mí! ¡destruído está el ejército! ¡Oh aparición de mis sueños nocturnos, cuán claramente me anunciabas estos males! ¡Mas vosotros, vosotros fuisteis malos adivinos! Empero, como me lo aconsejasteis, quiero ante todo suplicar á los Dioses, y traeré de mis moradas la torta sagrada para la tierra y para los muertos. Sé que cuanto ha pasado es irrevocable, mas he de rogar para que lo porvenir sea propicio. En desastre tal, á vosotros os corresponde dar consejos fieles á los que amáis. Consolad á mi hijo, si aquí llega antes que yo, y acompañadle á la morada, para que no añada una desdicha más á tantos males.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Oh rey Zeus, con la destrucción de la innumerable y orgullosa armada de los persas has cubierto de luto las ciudades de los de Susa y Ecbatana!

Mujeres numerosas, con sus manos delicadas, rásganse los velos, y báñanse los pechos en una ola de lágrimas.

Gimen las mujeres persas, y en su sentimiento y dolor sin fin, lloran á los que unidos estaban á ellas en nupcias recientes, y los lechos cubiertos de muelles ropas, y todos los placeres de la juventud que han perdido. También yo lloro y me lamento, tal como cumple, por la suerte de los que han perecido.

Estrofa I

Ahora, el Asia entera despoblada gime. Jerjes se los llevó á todos, ¡ay! Jerjes los perdió á todos, ¡ay! Jerjes lo entregó todo desdichadamente á las naves marítimas.

¿Por qué Darío, el caro príncipe de Susa, no ha regido en paz á sus pueblos?

Antistrofa I

Las naves negras de alas rápidas se han llevado igualmente á los hombres de á pie y á las tropas de mar, ¡ay! Y las naves los han perdido, ¡ay! ciertamente, las naves, al embestirse. Y el Rey mismo escapó con trabajo, según dicen, de manos de los jonios, á través de los campos de Tracia y de los terribles caminos del invierno.

Estrofa II

¡Y los que primero corrieron su suerte, ¡ay! los que aban-

donados á la fatalidad, ¡ay! se han quedado sepultos en derredor de Cicrea!

¡Gimamos, lamentémonos, lancemos violentos y altos clamores, lamentables clamores de duelo!

Antistrofa II

Arrebatados por el mar terrible, ¡ay! devorados, desgarrados, ¡ay! por los mudos de la Incorruptible, ¡ay!

¡Llora á su dueño la casa viuda, no tienen ya hijos los padres! ¡Los ancianos gimen al saber tan inmensa desdicha, tan total desastre! ¡ay!

Estrofa III

Las naciones del Asia no han de vivir ya mucho tiempo sometidas á las leyes de los persas. Constreñidas por la necesidad, no han de pagar ya los tributos de la servidumbre, ni han de obedecer ya prosternándose. ¡Muerto está el poder Real!

Antistrofa III

Ya no soportará cadenas la lengua de los hombres. ¡Libre es el pueblo y puede hablar libremente, ya que se ha roto el yugo de la fuerza!

¡La isla de Ayax, rodeada por las olas y manchada de sangre, se ha tragado el poderío de los persas!

Atosa

Amigos, todo el que ha sufrido, esto no ignora. Cuando las olas de la adversidad se han precipitado sobre los hombres, acostumbran éstos espantarse de todo; cuando tienen dichosa fortuna, ciertos están de que el viento propicio ha de seguir soplando. He aquí que todo me espanta; mis ojos no ven sino el rencor de los Dioses y el rumor que me llena los oídos no es canto de victoria, tal me conmueve el espíritu la turbación que traen consigo estos males. Por eso vuelvo de mis moradas sin carro y sin pompa: la blanca leche de una vaca inmaculada, la miel brillante de la abeja que chupa las flores, las aguas vivas de un límpido manantial, y el hijo puro de una madre agreste, delicias de la viña antigua, y la oliva amarilla, dulce fruto del árbol cuyas hojas nunca se caen, y estas trenzas de flores, hijas de la tierra que todo lo cría. ¡Mas ¡oh amigos! cantad los himnos de las libaciones á los muertos, evocad al divi-

no Darío! Yo verteré en la tierra, que las absorberá, estas libaciones á los Dioses subterráneos.

El coro de los Ancianos

¡Oh Reina, mujer venerable á los persas, envía á la tierra tus libaciones! Nosotros rogaremos cantando himnos para que los Dueños subterráneos de los muertos se nos muestren propicios.

¡Oh vosotros, sacros Demonios subterráneos, Gea, Hermes y tú, Rey de los muertos, enviad del profundo el alma de Darío á la luz! Si, en efecto, hemos de pasar aún por otros males, él solo nos puede decir cuál ha de ser el fin de nuestras miserias.

Estrofa I

El Bienaventurado, el Rey igual á los Dioses, ¿me oye lanzar en lengua bárbara mil gritos diversos, amargos, lamentables? A él grito mis quejas lúgubres. ¿Me oye desde el profundo?

Antistrofa I

¡Y tú, Gea, y vosotros, Dueños de los muertos, ¡oh Demonios! Dejad que el alma ilustre del Dios de los persas, nacido en Susa, salga de vuestras moradas. ¡Enviad aquí arriba á aquel cuyo semejante no contuvo jamás la tierra persa!

Estrofa II

¡Oh varón caro! ¡oh tumba querida! ¡qué amado nos es cuanto contiene! ¡Hades, devuélvele, envíale á lo alto! ¡Hades, devuélvenos á Darío, á tal Rey, ¡ay de mí!

Antistrofa II

Ciertamente, nunca llevó á nuestros guerreros á perecer en guerras desastrosas. Sabio como un Dios llamábanle los persas, y sabio era, en efecto, como un Dios, pues conducía felizmente al ejército, ¡ay de mí!

Estrofa III

¡Oh Rey, anciano Rey, ven, surge en lo alto de esta tumba, levantando la sandalia purpúrea de tu pie y mostrándote en el esplendor de la tiara Real! ¡Ven, ¡oh Padre! ¡oh excelente Darío! ¡ay de mí!

Antistrofa III

Muéstrate á nosotros, para que sepas calamidades nuevas, inesperadas, ¡oh Señor del Señor nuestro! Estigia nube nos ha envuelto, y he aquí que toda nuestra juventud ha perecido. ¡Ven, ¡oh Padre! ¡oh excelente Darío! ¡ay de mí!

Epodo

¡Desgracia! ¡desgracia! ¡Oh tú que muerto estás, tan llorado por cuantos te amaban! ¡Oh Rey! ¡oh Rey! ¿por qué todo esto? ¿Por qué este doble desastre sobre tu reino, sobre tu reino entero? ¡Las naves de tres filas de remos han perecido! ¡Nuestras naves! ¡Sin naves ya!

EL ESPECTRO DE DARÍO

¡Oh fieles entre los fieles, que sois de mi misma edad, y ancianos persas! ¿qué desgracia aflige á la ciudad? ¡Sacudida fué la tierra, gimió, se ha abierto! Sobrecogido estoy de temor al ver á mi esposa en pie junto á mi tumba, y con gusto recibo sus libaciones. Y vosotros también lloráis junto á mi tumba, lanzando lamentos evocadores de muertos y llamándome con lúgubres gemidos. ¡No es fácil volver á la luz por muchas causas, y porque los Dioses subterráneos más prontos están á recibir que á devolver! Pero he prevalecido, y heme aquí; me apresuré para que no se me tildara de rezagado. Mas ¿qué nueva desgracia es la que agobia á los persas?

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Temo mirarte, temo hablarte, lleno de la antigua veneración que te tuve.

EL ESPECTRO DE DARÍO

Puesto que vine del Hades, llamado por tus lamentos, no hables detenidamente, sino con brevedad. Di, y olvida el respeto que me debes.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Temo obedecerte, temo hablarte. Lo que te he de decir no debe decirse á quien se ama.

EL ESPECTRO DE DARÍO

Puesto que vuestro antiguo respeto por mí os turba la mente, tú, venerable compañera de mi lecho, noble mujer, cesa en tus lloros y lamentos, y háblame con claridad. Sufrir es el destino del hombre, y males sin número brotan para él del mar y de la tierra cuando ha vivido mucho.

ATOSA

¡Oh tú, que sobrepujaste en dichosa fortuna la felicidad de los hombres todos! ¡Mientras viste la luz de Helios, envidiado por los persas, viviste próspero y semejante á un Dios! ¡Y ahora feliz eres, pues moriste sin ver este abismo de males! ¡Todo lo sabrás en pocas palabras, ¡oh Darío! Destruído está el poder de los persas. He dicho.

EL ESPECTRO DE DARÍO

¿De qué modo? ¿Han caído sobre el Reino la peste ó la guerra intestina?

ATOSA

No. Todo el ejército destruído fué junto á Atenas.

EL ESPECTRO DE DARÍO

¿Cuál de mis hijos mandaba el ejército? Habla.

ATOSA

El violento Jerjes. Ha despoblado todo el vasto continente de Asia.

EL ESPECTRO DE DARÍO

¿Intentó el desdichado esa muy insensata expedición con ejército de tierra ó de mar?

ATOSA

Con ambos. Doble faz tenía el ejército.

EL ESPECTRO DE DARÍO

¿Y cómo pasó el mar un numeroso ejército de tierra?

ATOSA

Un puente ha unido ambas orillas del estrecho de Heles para darle paso.

EL ESPECTRO DE DARÍO

¿Tal hizo? ¿Ha cerrado el gran Bósforo?

ATOSA

Ciertamente. Pero un Dios le ha ayudado, sin duda.

EL ESPECTRO DE DARÍO

¡Ay! ¡algún poderoso Demonio le ha vuelto insensato!

ATOSA

¡Ahora puede verse la ruina que le preparaba!

EL ESPECTRO DE DARÍO

¿Con qué calamidad fueron castigados para que así gimáis?

ATOSA

Vencido el ejército naval, el ejército de tierra ha perecido.

EL ESPECTRO DE DARÍO

Así, ¿todo el ejército destruído quedó al combatir?

ATOSA

Ciertamente, la ciudad entera de Susa gime al verse despoblada de hombres.

EL ESPECTRO DE DARÍO

¡Ay! ¡tan grande ejército! ¡vanos socorros!

ATOSA

¡Toda la raza de los bactrianos ha perecido, y ni un viejo había en ella!

EL ESPECTRO DE DARÍO

¡Oh desdichado, que tanta mocedad perdiste!

ATOSA

Dicen que Jerjes, solo, abandonado por los suyos y casi sin compañeros...

EL ESPECTRO DE DARÍO

¡Cómo! ¿En dónde ha perecido? ¿Se ha salvado?

ATOSA

...Ha podido llegar al puente del uno al otro continente tendido.

EL ESPECTRO DE DARÍO

¿Ha vuelto sano y salvo á esta tierra? ¿Es cierto?

ATOSA

Sí, cierto es; no hay duda en ello.

EL ESPECTRO DE DARÍO

¡Ay! ¡Presto ha seguido el acontecimiento á los oráculos, y Zeús, en mi hijo, acaba de dar cumplimiento á las adivinaciones! Ciertamente, esperaba yo que los Dioses retrasarían aún por mucho tiempo el cumplirlas; ¡mas un Dios mueve al que ayuda á los oráculos! Ahora, la fuente de los males brota para los que yo amo. ¡Hijo mío es el que todo lo hizo con su juventud audaz, el que, cargando de cadenas al sacro Helesponto como á un esclavo, esperaba contener al divino río Bósforo, cambiar la faz del estrecho, y valiéndose de ligaduras forjadas por el martillo, abrir inmenso camino á un ejército inmenso! ¡él, que, con ser mortal, esperaba prevalecer sobre todos los Dioses y sobre Poseidón!... ¿Cómo ha podido caer tal demencia sobre mi hijo? Temo que las grandes y abundosas riquezas que junté vengan á ser presa del primero que quiera apoderarse de ellas.

ATOSA

Eso hizo el violento Jerjes, aconsejado por hombres malvados. Dijéronle que con la espada conquistaste grandes riquezas para tus hijos, en tanto que él, por cobardía, no peleaba sino en sus moradas, sin que añadiese nada al poderío paterno. Como recibiese á menudo semejantes reconvenciones de aquellos hombres malvados, lanzóse á esa expedición contra Hélade.

EL ESPECTRO DE DARÍO

¡Así, pues, por ellos se ha cumplido el supremo desastre, memorable por siempre jamás! ¡La ciudad de Susa no se ha quedado despoblada por semejante calamidad desde que Zeus

le hizo el honor de querer que un hombre solo reuniese en un cetro real á todos los pueblos del Asia fecunda! En verdad, Medo, antes que todos, mandó el ejército. Otro, hijo de aquél, acabó su obra, porque la sabiduría guió su mente. Ciro fué el tercero, varón dichoso, que trajo paz á todos los suyos. Juntó al reino el pueblo de los lidios y el de los frigios, y domó la Jonia entera. Y los Dioses no se irritaron contra él, porque lleno estaba de sabiduría. El cuarto que reinó en los pueblos fué el hijo de Ciro. Merdis el quinto fué, oprobio de la patria y del trono antiguo. El ilustre Artafernes, con ayuda de sus compañeros, le mató valiéndose de astucia en su morada. El sexto fué Marafis y el séptimo Artafernes. Y yo cumplo también el destino que deseaba, y guío numerosas expediciones con grandes ejércitos; mas nunca causé tantos males al Reino. Joven es Jerjes, mi hijo; pensamientos tiene de joven, y no se acuerda ya de mis consejos. Ciertamente, sabedlo bien, vosotros que sois iguales á mí en edad, todos cuantos tuvimos el poder Real, nunca dimos causa á tantos males.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Oh rey Darío! ¿adónde se dirigen tus palabras? ¿Cómo, después de estas desdichas, nosotros, pueblo pérsico, hemos de gozar fortuna mejor?

EL ESPECTRO DE DARÍO

La tendréis si nunca lleváis la guerra al país de los helenos, ni aun cuando los ejércitos medas sean más numerosos, porque la misma tierra les ayuda.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿Qué dices? ¿cómo les ha de ayudar?

EL ESPECTRO DE DARÍO

Matando por hambre á los innumerables ejércitos.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Mas enviaríamos un ejército excelente y bien provisto.

EL ESPECTRO DE DARÍO

¡Ahora, lo que se ha quedado en Hélade no ha de volver á la patria!

El coro de los Ancianos

¿Qué dices? ¿Todo el ejército de los bárbaros no ha vuelto de Europa cruzando el estrecho de Heles?

El espectro de Darío

Pocos, entre tantos guerreros, si se ha de juzgar por los oráculos de los Dioses y por lo que ha pasado, que al cumplimiento de un oráculo sigue el de otro. Cegado por vana esperanza, Jerjes ha dejado allí un ejército escogido. Se ha quedado en las llanuras que riegan las aguas corrientes de Asopo, dulce brebaje de la tierra beocia. Allí han de sufrir los persas el más terrible desastre, en pago de su insolencia y de sus propósitos impíos; pues, al invadir á Hélade, no temieron despojar el santuario de los Dioses ni incendiar los templos. Saqueados han sido santuarios y altares, y las imágenes de los Dioses arrancadas de su pedestal y rotas. Por tantas acciones impías han padecido ya grandes males, mas otros les amenazan y van á surgir, y aún no está agotado el manantial de las calamidades. Olas de sangre se cuajarán, al choque de la lanza dórica, en los campos de Platea; y cadáveres amontonados, hasta la tercera generación, aunque mudos, hablarán á los ojos de los hombres, diciéndoles que un mortal no ha de engreir mucho su mente. El florecer de la insolencia hace que germine la espiga de la ruina, y recoge lamentable cosecha. Vosotros, al ver tales expiaciones, acordaos de Atenas y de la Hélade, para que no menosprecie nadie lo que posea, y, en su anhelo de bienes extraños, no pierda su propia riqueza. Zeus vengador no se olvida de castigar el orgullo desmesurado, que es justiciero inexorable. Por eso debéis de amonestar á Jerjes con vuestros sabios consejos, para que aprenda á no ofender más á los Dioses con su insolencia audaz. Y tú, anciana y querida madre de Jerjes, al volver á tu casa, escógele vestiduras ricas y sal á recibir á tu hijo. En efecto, no lleva ya sobre su cuerpo sino jirones de las vestiduras multicolores que desgarrara en el dolor de sus males. Consuélale con dulces palabras. Sé que á ti sola te escuchará. Yo me volveré á las tinieblas subterráneas. Y á vosotros, ancianos, ¡salve! Aun en la desgracia, entregad todos los días el alma al júbilo, que inútiles son las riquezas para los muertos.

El coro de los Ancianos

Veo, con grande dolor mío, que los bárbaros, á más de los males presentes, han de pasar aún por otras calamidades.

ATOSA

¡Oh Demonio! ¡cuán innumerables y terribles dolores se precipitan sobre mí! Pero lo más amargo de todo es el saber que mi hijo va cubierto de vergonzosas vestiduras. Ciertamente, volveré á casa, y tomando en mis moradas ricas vestiduras, saldré á recibir á mi hijo. No abandonaré en la desgracia al que tanto quiero.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Estrofa I

Ciertamente, ¡oh Dioses! gozábamos de una vida grande y feliz y de sabio gobierno cuando el Rey igual á los Dioses, Darío, venerable, tierno, invencible, que á todo acudía, mandaba en el Reino.

Antistrofa I

Ante todo, éramos ilustres por nuestro glorioso ejército, y firmes leyes ordenábanlo todo. Luego, nuestras tropas, sin haber sido nunca vencidas, victoriosas siempre, volvían dichosamente á nuestras moradas.

Estrofa II

¡Cuántas ciudades tomó, sin atravesar siquiera el río Halys, sin salir de su casa! Así las ciudades del mar Estrimón, en las fronteras tracias;

Antistrofa II

Y las que, lejos del mar, aparecíanse amuralladas obedecían al Rey, y las ciudades altivas del amplio estrecho de Heles, y la sinuosa Propóntide, y las bocas del Ponto;

Estrofa III

Y, á lo largo del continente prolongado, las islas rodeadas por las olas, vecinas de las costas, Lesbos, Samos abundante en olivos, Chío, Paros, Naxos, Miconos y Andros, próxima á Tenos;

Antistrofa III

Y las islas de alta mar Lemnos, tierra de Icaro, Rodas, Cnido, y las ciudades ciprias Pafos, Solos y Salamina, cuya metrópoli es causa de nuestros gemidos.

Epodo

Y conquistó asimismo con su prudencia las ricas ciudades de los jonios, pobladas de helenos, pues tenía la fuerza invencible de aliados de todas las razas, y bien armados. Y he aquí que ahora, volviendo los Dioses contra nosotros los males de la guerra, nos han vencido cruelmente en el mar.

JERJES

¡Ay de mí, desgraciado! ¡cuánto me agobia esta calamidad lamentable é inesperada! ¡Oh! ¡cuán amargamente aflige la Fortuna á la raza de los persas! ¡Ay, desdichado! ¿qué hacer? ¡Me flaquea el vigor de las rodillas ante estos ancianos! ¡Oh Zeus! ¿por qué no estoy muerto con mis guerreros?

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Ay! ¡ay de mí, oh rey! ¡he aquí que un Dios ha segado aquel valeroso ejército, gloria de los hombres, honor de Persia! ¡Llora la tierra á tanta juventud muerta por Jerjes, que ha llenado de persas el Hades! ¡Cuántos guerreros muertos, arqueros temibles, flor de la patria! ¡Toda una raza innumerable de guerreros ha perecido!

JERJES

¡Ay! ¡ay, mi valeroso ejército!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Toda el Asia, oh Rey de esta tierra, cae miserablemente de rodillas!

JERJES

Estrofa I

¡Ay! ¡ay de mí! ¡Funesto, lamentable para mi raza, nací para ruina de la tierra patria!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Saludaré tu retorno con fúnebres gritos, con el himno lúgubre del cantador Mariandino, con gemidos y lágrimas!

JERJES

Antistrofa I

¡Lanzad gritos discordes, lúgubres, lamentables! ¡Un Dios se ha vuelto contra mí!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Ciertamente, lanzaré gritos lamentables, lloraré con amargura las terribles calamidades del pueblo, sufridas en el mar, y á la juventud del Reino, que gime! ¡Gritaré, lloraré, gemiré!

JERJES

Estrofa II

¡Ares nos arrebató la victoria; dió el triunfo á la flota de los jonios, segó el mar sombrío y la orilla fatal! ¡Ay! ¡ay de mí! ¡Gritad, volved á preguntarme por todo!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿En dónde dejaste á la muchedumbre de tus amigos, de los que se alzaban en pie junto á ti: á Farandaces, Suzas, Pelagón, Dotamas y Agdabatas, á Psammis, á Susiscanes, que salió de Ecbatana?

JERJES

Antistrofa II

Muertos los dejé, precipitados desde su nave Tiria, en las riberas de Salamina, en las ásperas costas.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Ay! ¡ay de mí! ¿En dónde están Farnucos y el valiente Ariomardo, y el príncipe Senalces, y el noble Lilayo, Menfis, Taribis, Masistres, Artembares é Hystaikmas? Dime en dónde están.

JERJES

Estrofa III

¡Ay! ¡ay de mí! Frente á la antigua y odiosa Atenas, todos ellos, ¡míseros! palpitantes fueron derribados en tierra.

El coro de los Ancianos

¿Y aquella mirada fiel que atraía hacia ti los persas innumerables, el hijo de Batanoco, hijo de Sesames, hijo de Migabates, Alpistes? ¿Y á Parto, y al grande Oibares, en dónde los has dejado? ¡Oh! ¡los enemigos! ¡Cuán funestos han sido los males que refieres para los valerosos persas!

Jerjes

Antistrofa III

Excitas el sentimiento amargo que tengo por mis valerosos amigos, lo renuevas al recordar tan terribles desgracias. ¡Mi corazón lanza gritos desde lo profundo de mi pecho!

El coro de los Ancianos

¿Y el mirontarca Jantes, jefe de los mardos, y el valiente Ancares, y Diaxis, y Arsaces, jefes de la caballería, y Cedadates, y Litimnes, y Tolmo, insaciable de combates? ¡Sepultos están, pero sin carros protegidos por toldos y sin cortejo!

Jerjes

Estrofa IV

¡Muertos están cuantos eran jefes del ejército!

El coro de los Ancianos

¡Muertos están y no recibieron honores, ¡ay! ¡Desgracia, desgracia! ¡Oh Demonios, nos abrumasteis con un mal inesperado y terrible, hecho para las miradas de Até!

Jerjes

Antistrofa IV

Tal golpe nos ha herido, que nunca recibiremos otro semejante en nuestra vida.

El coro de los Ancianos

¡Nos han herido, es cierto! ¡Calamidad inesperada, inaudita! ¡Hemos chocado por desventura nuestra con la flota de los jonios! ¡Funesta ha sido esta guerra para la raza de los persas!

JERJES

Estrofa V

¡Ciertamente! ¡Y vencido fuí yo con tal ejército!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Cómo! ¿destruído está, pues, el gran reino de los persas?

JERJES

¿No ves lo que me queda de mi poderío?

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Lo veo, lo veo!...

JERJES

Este carcaj...

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿Es cuanto pudiste salvar? Di.

JERJES

Sí; esta vaina de mis flechas.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Poco es, entre tantas pérdidas.

JERJES

¡Ya no tenemos defensores!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Ardiente en el combate es la raza de los jonios.

JERJES

Antistrofa V

Valerosísima es. Derrota inesperada he sufrido.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¿Y dices que nuestra flota se dió á la fuga?

JERJES

Por tal desgracia desgarré mis vestiduras.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Ay! ¡ay de mí!

JERJES

¡Más que ay de mí! ¡Gime más todavía!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Dobles y triples son nuestros males!

JERJES

Lamentables para nosotros, gozo dan á nuestros enemigos.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Rotas están nuestras fuerzas!

JERJES

¡Ya no me quedan compañeros!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Tragóse el mar á tus amigos!

JERJES

Estrofa VI

¡Llora! ¡llora mi derrota! Vuélvete á tu casa.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Ay! ¡ay la derrota!

JERJES

¡Grita! ¡Contesta á mis gritos!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Miserable consuelo de sus desdichas para los desdichados!

JERJES

Une al mío tu lúgubre canto.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Ay! ¡ay de mí! ¡Calamidad terrible! ¡Ay! Gimo amargamente.

JERJES

Antistrofa VI

¡Hiere, hiéreme! ¡Gime por mis males!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Lloro lamentablemente.

JERJES

¡Grita! ¡Contesta á mis gritos!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Así lo hago, señor!

JERJES

Lanza fuertes lamentos.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Ay! ¡ay de mí! Los negros cardenales multiplico.

JERJES

Estrofa VII

¡Golpéate el pecho! Canta el himno misio.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Dolor, dolor!

JERJES

Mésate los blancos cabellos de la barba.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡A manos llenas! ¡Lamentabilísimamente!

JERJES

Lanza fuertes clamores.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Así lo haré.

JERJES

Antistrofa VII

Desgarra con tus uñas los pliegues de tus vestiduras.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Dolor, dolor!

JERJES

¡Mésate los cabellos! ¡Llora por el ejército!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡A manos llenas! ¡Lamentabilísimamente!

JERJES

Bañen las lágrimas tus ojos.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

Bañado en ellas estoy.

JERJES

Epodo

¡Grita más! ¡Contesta á mis gritos!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay de mí!

JERJES

Vúelvete á tu morada lamentándote.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Ay! ¡ay! ¡Oh desdichada tierra pérsica!

JERJES

¡Ay! ¡por toda la ciudad!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Ciertamente, ay de mí! ¡siempre, siempre!

JERJES

Lamentaos, andando lentamente.

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Ay! ¡ay! ¡Oh desdichada tierra pérsica!

JERJES

¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Mis navíos de tres filas de remos! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Perdidas están mis naves!

EL CORO DE LOS ANCIANOS

¡Te sigo, lanzando lúgubres gemidos!

FIN DE LAS «TRAGEDIAS» DE ESQUILO



INDICE

Págs.

